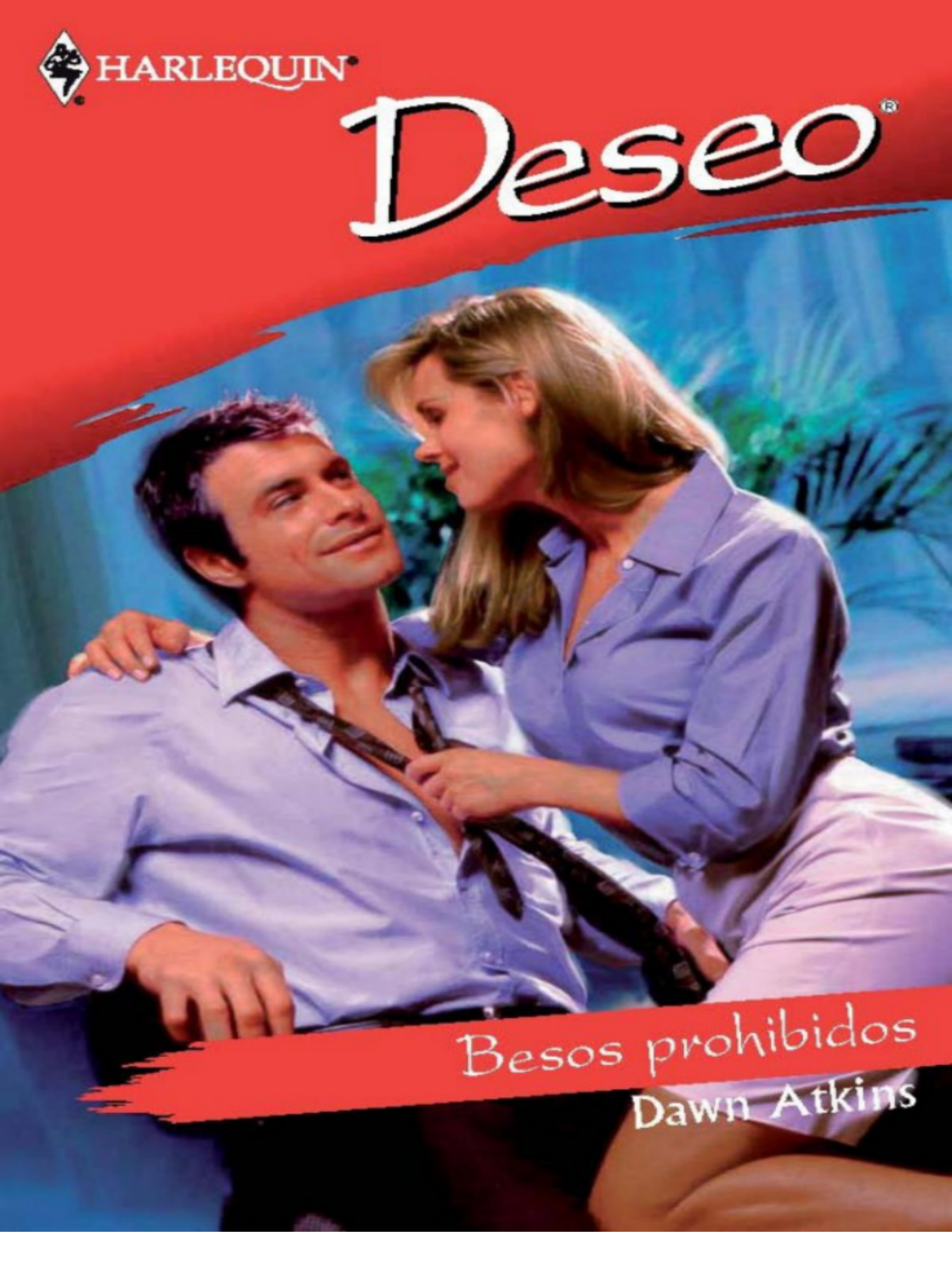

HARLEQUIN
Deseo
Besos prohibidos
Dawn Atkins

Deseo®

Besos prohibidos

Dawn Atkins



Editados por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

BESOS PROHIBIDOS, Nº 1382 - junio 2012
Título original: Wilde for You
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.
Publicada en español en 2005

I.S.B.N.: 978-84-687-0204-9
Editor responsable: Luis Pugni

Conversion ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Capítulo Uno

Si conseguía el trabajo, se olvidaría de las mujeres para siempre, juró Tucker Manning mientras se enjabonaba en la ducha. Se dedicaría en cuerpo y alma a su trabajo sin dejar que nada ni nadie, lo distrajera.

Necesitaba el trabajo, ayudante del director en el Instituto de Secundaria Copper Corners, para recuperar el que había perdido por culpa de un momento de locura con una mujer que le recordaba a otra. Lo malo fue que las chicas del equipo de voleibol los descubrieron, a él y a Melissa, en el cuarto del material deportivo, quitándose la ropa. ¿Quién iba a imaginarse que las chicas entrenaban hasta tan tarde?

Nada de mujeres, se repitió una vez más mientras dejaba que el agua le cayera por la espalda.

–Tuuuuuuuuuck-er, me siento sola –lo llamó Julie, la mujer con la que había estado saliendo durante el último mes.

De acuerdo, tal vez hubiera una mujer más en su vida. Pero ella vivía allí, en Phoenix, a dos horas del pueblo de Copper Corners, en la carretera de Tucson. Si conseguía lo que pretendía, no tendría tiempo para viajes ni para Julie.

Tenía que centrarse en su objetivo. Tendría que esperar dos o tres años a que quedara vacante el puesto en el Instituto Western Sun, cuando la persona que había conseguido la plaza se retirara. En ese tiempo tenía que demostrarle a Ben Alton, el director y su amigo, que él podía ser un buen subdirector con la cabeza en su sitio… y los pantalones también.

El rechazo aún le dolía. Tucker odiaba perder, y además, había dejado en mal lugar a Ben, la persona que le había ayudado cuando estaba en el instituto.

Tucker había vuelto a Western Sun con su título universitario bajo el brazo sólo para trabajar con Ben, su mentor, que entonces era director con la dura tarea a sus espaldas de enderezar la marcha del centro.

Durante los tres años que había pasado allí, Tucker había trabajado en varios proyectos voluntarios, como representante sindical y en el consejo escolar, y era querido por alumnos y profesores.

Pero, al final de la entrevista para el puesto de subdirector, Ben le había dicho que no: «a la gente le gustas, pero no creen que alguien como tú se tome el trabajo en serio. Eres joven».

Él había intentado justificarse, hasta que se dio cuenta de que no era la edad lo que hacía que lo rechazasen, sino el asunto con Melissa. Ben había confesado que eso no le había dado puntos precisamente, y que lo acusarían de favoritismo si le diese el puesto a él a pesar de todo.

–No me meto en un cuarto vacío con cada mujer que me cruzo en el pasillo, ella era especial –intentó explicarse él–. Melissa era especial... y, es cierto que fue una mala idea, pero fue después de clase y teníamos la ropa puesta.

Aunque, desde luego, había muchos botones y cremalleras que no estaban perfectamente ajustadas cuando las chicas los descubrieron.

Lo único bueno había sido que Melissa había parecido más divertida que avergonzada por el incidente del que él se había hecho único responsable.

Tuck comprendía la decisión de Ben a pesar del enfado, porque sabía que le sería muy difícil mantener la disciplina ante los alumnos como ayudante del director con una anécdota así a sus espaldas.

Ben le había recomendado a su amigo Harvey Winfield, director del instituto de Copper Corners. A él le había dicho que sería una buena experiencia trabajar en un centro pequeño donde el director y el subdirector compartían la mayoría de las tareas, a diferencia de Western High, donde Ben tenía dos ayudantes que se ocupaban de tareas muy diferentes.

Con unos años de experiencia en Copper Corners, Ben no tendría ningún problema en darle el puesto cuando la persona a la que había contratado en lugar de Tuck se jubilara, y eso era lo que Tucker quería. Volver.

Y el camino de vuelta pasaba por Copper Corners, Arizona.

Tucker se frotó la espalda mientras pensaba en la entrevista con Harvey. Le había recordado a su abuelo, tranquilo y chapado a la antigua, firme pero con un gran corazón.

–Si consigues el trabajo, compórtate –le había dicho Ben, como si fuera un chiquillo–. En una ciudad pequeña todo se sabe; si compras un paquete de preservativos, al día siguiente todo el mundo sabrá si eran lisos o de fantasía.

No era justo. Lo de Melissa no había sido normal, pero le recordaba a una chica que había conocido en la universidad.

Cricket. Ni siquiera recordaba su apellido. Sólo sabía que era la compañera de cuarto de Sylvia y, cuando Sylvia lo dejó plantado, compartió con ella unas cervezas y la sesión más erótica que había experimentado nunca.

Melissa tenía el mismo tipo de actitud y casi olía como Cricket. Cuando lo buscó después de una reunión de departamento, perdió la cabeza... y el puesto de subdirector.

Tenía que haberlo pensado dos veces, pero no había logrado reprimir la impulsividad de su juventud, a pesar de haber luchado contra ella muchos años. A pesar de todo, eso no quería decir que no pudiera hacer bien su trabajo. Lo peor era que tenía la impresión de que Ben estaba entre los que no lo creían capaces de ser un buen subdirector.

Estaban equivocados, pensó Tucker enjabonándose el pelo, veintiséis años eran más que suficientes para saber la importancia del trabajo.

Si conseguía el trabajo, tendría mucho cuidado, pero suponía que le sería fácil, porque las ciudades pequeñas ofrecen menos distracciones, lo que supondría evitar la tentación.

Se preguntaba si a Harvey Winfield le habría gustado tanto como había parecido. Había más candidatos para el puesto, pero difícilmente podrían desearlo tanto como Tucker.

–¡Tucker! –gritó Julie desde el cuarto.

–¡Salgo enseguida!

Julie acababa de entrar en el baño, desnuda, con el teléfono en la mano. Era preciosa. Después de atender aquella llamada, la arrastraría bajo la ducha con él...

–Es el director del instituto –susurró ella, pasándole el teléfono–. Le he dicho que estabas muy ilusionado con el trabajo.

–¿Harvey? –contestó él, enrollándose una toalla bajo la cintura.

–Hola, Tucker. Después de hablar con Julie me he decidido a seguir mi instinto. Te llamaba para hacerte un par de preguntas por si mi primer candidato fallaba, pero he decidido darte el puesto. Tengo la sensación de que todo irá bien contigo.

–Te lo agradezco mucho.

Julie levantó los pulgares y salió del baño.

Había conseguido el trabajo, gracias a Dios, pero no era el primer candidato. ¿Qué le habría dicho Julie?

–Me alegro de que estés contento. Tenía a otros dos buenos candidatos, con experiencia en ciudades pequeñas y buenas referencias, pero al saber que estás casado con una mujer que te apoya tanto, me he sentido con más confianza para seguir mi

instinto. Eres ambicioso, inteligente y serio.

–¿Que estoy...? –al oír a Julie responder al teléfono a las siete y media de la mañana, Harvey había supuesto que era su mujer–. Pero Julie no...

–Mi último ayudante –lo interrumpió Harvey–, estaba más preocupado por la vida nocturna de Tucson que por su trabajo, así que las cosas no fueron bien.

–Lo entiendo, pero yo no... –no le salían las palabras. Sabía que Harvey tenía otros dos candidatos con más experiencia y si le había dado el trabajo había sido por estar casado–. No sé si será fácil encontrar casa...

–Hay montones de casas en alquiler. Tráete a Julie este fin de semana para echar un vistazo. Ya sé que quieres volver a Phoenix, pero nuestro pueblecito es bastante especial, un lugar perfecto para formar una familia –a cada segundo que pasaba, Tucker se daba cuenta de que le sería más difícil rectificar la situación–. Ahora tengo que dejarte. Espero que traigas a Julie a la fiesta de principio de curso.

–Gracias, Harvey, pero...

–Bienvenido a bordo, Tucker –dijo, y colgó.

Tucker apagó el teléfono y se quedó como hipnotizado. ¿Y ahora qué?

–¿Le dijiste al director que estabas casado? –dijo Anna, su cuñada.

–No. Cuando Julie respondió al teléfono, él pensó que sería mi mujer.

Había intentado llamar una y otra vez a Harvey, pero tenía conectado el contestador y no iba a dejarle un mensaje diciendo «¡Era una broma! ¡No estoy casado!»

Había sentido la necesidad de contárselo a su hermano y a su cuñada; además, sus sobrinos de tres años siempre conseguían levantarle el ánimo. Los niños acababan de salir del baño y en unos minutos él les estaría leyendo un cuento en la cama.

–¡Forest, atrapa a ese fugitivo! –gritó Anna.

Forest, el hermano de Tucker, echó a correr tras Steven, el duendecillo con albornoz rosa que trataba de huir del baño, diez minutos mayor que su hermano, Stewart.

Con Stewart bajo el brazo, Anna se sentó en el sofá al lado de Tucker.

–¿Por qué no se lo aclaraste?

–Lo intenté, pero no dejaba de interrumpirme. Además, me estaba dando el trabajo porque estaba casado.

–Vuelve a llamarle –dijo Anna, esforzándose por ponerle al niño el pijama.

–Lo intenté, pero saltaba el contestador. Además, no sabía qué decirle.

–Dile que tenías amnesia transistoria, pero ahora recuerdas que eres un conquistador.

–¡No soy eso! Además, teme que un soltero se aburra en Copper Corners. Winfield quiere a alguien que se concentre en su trabajo.

–¿Y si tiene las dos cosas? Tu especialidad es tener aventuras amorosas, en el trabajo. Mucho más eficiente.

Tucker gruñó. Ahora lamentaba haberles contado lo de Melissa, porque Anna siempre se lo recordaba. Quería mucho a su cuñada, pero a veces no sabía tener la boca cerrada. De todos modos, su hermano la adoraba y eso era lo más importante.

–Le propuse a Julie un viaje rápido a Las Vegas, con una visita a una de esas capillas...

–¿Qué? –exclamó Anna, con los ojos abiertos como platos–. ¿En serio?

–No. Pero Julie se asustó y ahora creo que lo nuestro se ha acabado.

–Lo sabía, nunca te asentarás –suspiró Anna.

–Claro que sí. Cuando esté preparado.

–Cuando las vacas vuelen y mi tía se haga trapecista.

–Cuando encuentre a la mujer adecuada.

Forest dejó su carga al lado de Anna para que le pusiera el pijama.

–No seas dura con él. Las mujeres fabulosas como tú no crecen en los árboles –dijo Forest dándole un beso a su mujer.

Se habían casado con diecinueve años y Tucker había temido que su hermano estuviera buscando estabilidad tras el divorcio de sus padres, pero no fue así. Anna era perfecta para él y Tucker deseaba encontrar una relación así con otra persona: respeto mutuo, risas y amor. Cuando volviera a Phoenix con su vida solucionada, buscaría a alguien.

–¿Qué vas a hacer? ¿Decirle al director que te has divorciado?

–Necesitas una esposa sustituta –dijo Forest.

–Claro, buscaré una de alquiler. O diré que está cuidando de un pariente en Australia.

–Qué tonterías decís. Pero ella podría viajar mucho... para una compañía aérea.

–Una azafata... muy sexy –dijo Forest, divertido.

–Machista. Quedaría mejor una piloto –repuso Anna.

–Eso podría funcionar, fingir que tienes una mujer... puedo dejarte mi alianza vieja.

–¿Cómo?

–Sí, creía que había perdido la primera y me hice otra, pero luego la encontré detrás del armario del baño.

–¡Un cuento, tío Tuck! ¡Un cuento, tío Tuck! –gritaron los dos niños a coro.

–Id a jugar un ratito, chicos. Papá y mamá tienen que hablar con el tío Tuck.

–¿Has sido malo, tío Tuck? –dijo Steven

–Un poco.

–Tienes que portarte bien –repuso Stewart, antes de alejarse a la carrera con su hermano.

–Lo malo es que tengo que asistir con ella a la fiesta de principio de curso.

–Necesitas a alguien que finja ser tu mujer en la fiesta –dijo Forest, mirando una foto de Tucker y Anna en las vacaciones del año anterior–. Anna sería perfecta.

–Eso sería una locura –dijo Tucker.

–En realidad, no –dijo Anna–. Podría ir a la fiesta e impresionarlos a todos.

–Es pedirte demasiado, y además, seguro que habrá más actos sociales como éste.

–Pero yo estaré de viaje por trabajo. ¿No quieres dar una primera buena impresión?

–Claro que sí.

–Pues no lo conseguirás si dices la verdad. Y puedes compensarme quedándote algún fin de semana con los niños mientras Forest y yo nos vamos de viaje.

–Gracias por el ofrecimiento, Anna, pero es demasiado complicado.

–Fingir estar casado te vendrá bien –dijo Forest poniéndose en su papel de hermano mayor–. Evitará que las mujeres se abalancen sobre ti en los cuartos de material deportivo.

–Entonces está decidido. Iré contigo a Copper Corners y tal vez vaya también a alguna fiesta de Navidad. Forest, tú tendrás que quedarte con los niños.

–No hay problema con eso, si es por ayudar a Tucker.

–No funcionará, Anna.

–Llámame Julie. Y claro que funcionará. Les demostrarás que

eres serio y trabajador. Me encanta esta idea.

–Iré a buscar mi otra alianza.

–Y yo el negativo de esa foto… así podemos hacer una para que la lleves en la cartera.

¿Cómo se había metido en aquel follón? No conseguiría ganarse la confianza de un hombre con una mentira y era como entrar con el pie izquierdo en su nuevo trabajo. Antes de poder negarse, Forest llegó con el anillo y lo dejó caer sobre su mano. El símbolo de amor eterno.

Pero era cierto que así se vería obligado a alejarse de las mujeres y a mantenerse en el buen camino. Además, haría tan bien su trabajo que al final aquella farsa no tendría ninguna importancia.

¿Pero, bastarían una foto y un anillo para fingir un matrimonio? Tendría que pensar sobre ello.

Capítulo Dos

Nada más llegar al instituto, girando el anillo en el bolsillo, Tucker se dirigió al despacho del director para aclarar las cosas. No se sentía a gusto con aquella farsa, por mucho que le divirtiera a Anna, que pensaba llegar al día siguiente para organizar la casa que él había alquilado.

Harvey estaba en el mostrador de recepción. Bien. Así podría dejar las cosas claras. Y quedar como un idiota.

–Me alegro de verte, Tuck –dijo afectuosamente Harvey.

–Tengo que hablar contigo, Harvey –«hazlo cuanto antes», pensaba para sí.

–Me acaba de llamar tu esposa. Una mujer encantadora. Me ha dicho que te dijera que no te preocupases si tenías que quedarte hasta tarde porque ella tiene mucho que hacer en casa –Anna habría llegado pronto y había llamado a Harvey para impresionarlo; qué buena idea–. También quería saber qué traer a la fiesta. Me alegro de que pueda venir. Parece que está muy ocupada.

–Ya lo creo –su falsa mujer había sellado su destino. Ya no podría decirle nada a Harvey.

Se puso el anillo y sintió que le pesaba, como la mentira en el pecho.

–Vamos a empezar contigo –dijo Harvey–. Primero tienes que firmar unos papeles y después quiero que sepas que tienes carta blanca. Me acusaron de estar demasiado encima de mis empleados, pero he decidido cambiar. Sólo quiero que me des cuenta de tus actividades y será suficiente. Sé que no me fallarás.

No lo haría. Iba a hacer todo lo posible para justificar la confianza de Harvey.

Dos semanas más tarde, Tucker introdujo los últimos cambios del horario en el ordenador y se levantó. Quería ir a saludar a los profesores, que estaban preparando sus clases, y ofrecerles su ayuda. Sólo faltaba una semana para el comienzo de las clases.

Echó un vistazo a su oficina, la primera como subdirector. Le encantaba, a pesar de ser pequeña, con un mobiliario algo viejo y un ordenador antiguo, pero había llenado las estanterías con sus

libros y lo había decorado para hacerlo parecer un hogar en miniatura.

Había llamado a Ben para comunicarle que había conseguido el puesto, y éste le había expresado su confianza en que él lo hiciera bien allí, y cuando volviera a Western Sun. Parecía que todo empezaba a marchar sobre ruedas.

Cada día Tuck se sentía más a gusto en su trabajo. Ya había hecho algunas mejoras en el programa informático que elaboraba los horarios y pretendía incluir alguna otra actividad extraescolar más.

Todo iba según lo planeado. Entonces su mirada se detuvo sobre la foto de él y Anna. No, Julie, su esposa. Bueno, todo menos eso. Apartó un poco la foto. Ella acudiría a la fiesta de inauguración con él y después de eso seguiría volando por todo el mundo.

Tucker tomó una carpeta y salió de su despacho para ir a ver a los profesores.

El sol apretaba sin piedad a finales del mes de agosto en el sur de Arizona. Todo parecía polvoriento y cansado del largo verano. Pero el calor tenía un efecto vigorizante sobre Tucker y se sentía responsable de «su» instituto. Ya conocía todo el recinto, puesto que había pasado una semana con Dwayne, el conserje, moviendo mesas y sillas, pero además ya sentía el espíritu del lugar. Cuando se marchara de allí, dejaría todo mejor de lo que lo había encontrado, desde las notas de los alumnos, hasta su motivación y la satisfacción de los profesores.

Primero se encontró con un profesor de Inglés, luego con una profesora de Historia de las más veteranas, que le indicó que la nueva profesora de Ciencias estaba en su clase, en el edificio D.

Mientras se dirigía hacia allí, acariciaba el anillo de Forest. Nunca se olvidaba de él, pero le hacía sentirse seguro, puesto que había decidido no dejar entrar a las mujeres en su vida. De todos modos, como había decidido casarse algún día, aquello sería como una prueba, aunque sin mujer, ni amor. Ni sexo.

Lo cual hacía que fuera una prueba muy pobre, pero él había decidido concentrar todas sus energías en el trabajo, lo cual sería mucho mejor.

Al abrir la puerta del edificio D, donde estaban las clases de Matemáticas, Ciencias, Informática y Arte, le recibió una oleada de música hip–hop a todo volumen. Parecía proceder de una clase con la puerta abierta; su destino, sin duda.

Dentro de la clase, el volumen era insoportable. Allí vio a una profesora subida a una escalera clavando algo al techo. Era una

liana de tela, y no era la única de la clase. También había árboles de papel decorando las paredes. Al fondo había una fila de terrarios donde pudo reconocer algunas serpientes y un lagarto enorme. En los paneles de corcho había mapas de Sudamérica y fotos de criaturas increíbles. El efecto era el de una selva tropical, llena de color. Pero violaba el código antiincendios.

Al mirar a la profesora se quedó sin aliento por unos segundos. Ella llevaba unos pantalones cortos blancos que se ajustaban a las curvas de su trasero por lo comprometido de la postura. Tenía unas piernas magníficas, largas y bien torneadas. Y unos bonitos pies, también; estaba descalza y tenía las unas pintadas de rojo brillante.

Ella no lo había oído entrar, pero él estaba tan cerca que podía sentir su olor… como el de Melissa. Entonces recordó a qué había ido y dijo, por encima de la música:

–¿Hola?

–¿Qué? –ella se volvió sorprendida y eso hizo que la escalera se tambalease.

Tuck dio un paso adelante y la sujetó por el muslo, tan firme al tacto como lo parecía a la vista, para evitar que se cayera. Al mirarla a la cara, se quedó boquiabierto. Dios.

Era Cricket, la chica que le había hecho perder la cabeza en la universidad, con sus grandes ojos verdes y la melena rubia.

–¡Tucker! ¡No puedo creerlo! –su cara se iluminó. Después se miró a la pierna, donde él tenía aún la mano.

Él retiró la mano todo lo rápido que pudo y ella casi saltó de la escalera para bajar el volumen del aparato de música.

–¡El mundo es un pañuelo!

–Sí –se sentía como Rick en *Casablanca*. De todos los institutos de Arizona, tenía que acabar en aquél.

–¿Eres profesor aquí?

–Soy el nuevo subdirector.

–Yo también soy nueva. No soy profesora de Ciencias, pero yo había estudiado muchas asignaturas de Ciencias y colaboraba en el zoo y en el Club Sierra, así que me contrataron. Pero bueno, ¿cómo has acabado aquí?

–Es una larga historia –no quería darle los detalles de su estrepitosa caída. Estaba tan guapa como recordaba, pequeña, delgada y con cara divertida. Parecía una chica dulce, pero él sabía que tenía una risa lujuriosa e irreverente y unos ojos que siempre brillaban traviesos.

No llevaba ropa provocativa, pero en ella, incluso la camiseta ajustada roja quedaba tan sexy que debía de estar violando un

montón de normas sobre vestimenta. No pudo evitar mirarle los dedos para ver si llevaba anillo de casada, pero sólo vio un anillo de plata con el símbolo de la paz.

–¿Cuánto tiempo ha pasado? –preguntó ella.

–Seis o siete años –dijo él, con fingida frialdad, aunque podía recordar que había sido dos días antes de Navidad, después de un par de cervezas, una conversación que se tornó personal y una rama de muérdago...

–Sí. Era época de exámenes... por Navidad.

–Sí.

–¿Qué pasó entre Sylvia y tú? Me cambié de cuarto después de que tú y yo... de aquella noche.

–Nada –dijo él–. Creo que se casó con un ingeniero –el chico por el que lo plantó aquella noche, lo cual hizo que se sintiera menos culpable por haber besado a Cricket.

–Le perdí la pista cuando me cambié a otro apartamento. La tentación de las fiestas era demasiado grande y tenía que estudiar. Lo odiaba.

–Lo recuerdo –recordaba haber hablado de aquello con ella en el sofá mientras esperaba a Sylvia, antes de cambiar de conversación hacia sus creencias sobre asuntos sociales: la pobreza, la ecología y el papel del gobierno.

La conversación había sido muy natural, como si se conociesen de toda la vida. No estaban de acuerdo en algunas cosas, pues Cricket era más extremista que él en sus convicciones, pero habían conectado, intelectual, emocional y... sexualmente.

En un momento dado ella le había dicho que pensaba que era guapo, y él le dijo que pensaba lo mismo de ella, después Cricket dijo algo del muérdago, le tomó la cara entre las manos y lo besó con pasión, como si fuera una fruta exótica a la que quisiera exprimirle todo el jugo.

Él la correspondió, dejándose llevar por la oleada de pasión que lo invadía. Ella sabía a cerveza y a menta y olía a canela y vainilla. Después, ella se deslizó sobre su regazo y él la abrazó. Parecía delicada, pero fuerte y apasionada a la vez.

Hubo algo muy extraño en aquel encuentro, tan especial como una nevada en medio del desierto. Pensándolo bien, no había ninguna rama de muérdago colgada cerca de ellos.

–Yo también –dijo ella acercándose. Era como si el aula estuviera llena de electricidad–. Fue una charla muy interesante y... también lo fue el resto...

Ella lo estaba mirando con la cabeza ladeada, como lo había

hecho aquella noche antes de besarlo. Después bajó la mirada y lo vio.

Su mano izquierda. La alianza brillaba bajo la luz de los fluorescentes.

–¿Estás casado? –preguntó ella. ¿Parecía decepcionada? ¿Y por qué esperaba él que fuera así?

–Hum, sí, desde luego –se giró el anillo en el dedo.

–¿Desde cuándo?

–Hace dos años –Forest y Anna habían pensado que sería suficiente como para tener un matrimonio sólido sin que diera lugar a que le gastasen bromas de recién casados.

–¿Tienes niños?

–No.

–¿Piensas tenerlos pronto?

–Cuando llegue el momento –eso era cierto. Quería niños y una mujer real, por supuesto–. ¿Tú no estás casada?

–¿Estás de broma? Aún estoy intentando decidir qué quiero ser cuando sea mayor. Cuando solucione ese problema tal vez busque a alguien. Cuando esté lista para hibernar –se encogió de hombros como si eso fuera altamente improbable–. ¿Está bien? Lo del matrimonio, quiero decir.

–Claro –dijo él, sintiendo una punzada al mentir, pero estaba seguro de que tenía que estar bien.

Ella se dio cuenta de su incomodidad e insistió.

–¿De verdad?

–Tiene sus subidas y bajadas –dijo, para justificar su momento de duda.

–Sí, pasa lo mismo con todo y lo odio –ella se mordió el labio inferior y pareció animarse–. En cualquier caso, me alegro por ti, Tucker. De verdad –su expresión se tornó cálida e íntima, como años atrás–. Ella es una mujer con suerte.

–No sé yo...

–Oh, sí. Besas muy bien –dijo, dándole suavemente con el codo en el costado, juguetona

–Yo diría que tú lo hiciste todo.

–Trabajo de equipo –ella suspiró–. Aquella noche fue especial, ¿verdad?

–Sí. Desde luego.

–Estuvimos horas hablando, ¿no?

–Sí, ya lo creo.

Se quedaron callados un momento. Tucker podía sentir la atracción entre los dos.

Cuando rompió con Sylvia pensó en buscarla, pero estaba a punto de acabar sus estudios y le había preocupado el modo en que Cricket le había hecho perder la cabeza. Se sentía tan fuera de control como en su adolescencia. Además, él era un angelito comparado con ella, estaba seguro.

Se dio cuenta de que llevaba demasiado tiempo mirándola a los ojos para ser un hombre casado, incluso si su matrimonio tenía altibajos.

–Bueno, eso fue hace mucho –dijo él.

–Así que ahora eres subdirector. Te hubiera imaginado como fiscal o en algún puesto similar.

–Pensé en hacer Derecho, pero la educación es importante. Es la forma de influir en la siguiente generación.

–Vaya, eso suena muy antiguo. Yo no creo que seamos lo bastante mayores como para hacer eso.

–¿Cómo es que te decidiste por la enseñanza? –preguntó él, incómodo por el comentario de ella, que le había hecho sentirse un anciano–. ¿No estabas estudiando enfermería?

–Parece ser que me desmayo cuando veo sangre. Es como un reflejo –se encogió de hombros–. Es un obstáculo difícil de superar.

–Las reacciones involuntarias no se pueden controlar –dijo él.

–Eso suena mejor que ser una debilucha –sonrió ella–. Después de eso, probé con el trabajo social.

–¿No te gustó? –dijo él, al ver su gesto arrugado.

–Demasiada burocracia. El verano pasado fui a un campamento para niños con escasos recursos como consejera y me encantó. Pensé que podía gustarme la enseñanza. Las Ciencias están bien, sobre todo la Biología. La Química me da un poco de miedo, pero ya me las arreglaré –ella echó un vistazo al aula–. ¿Qué te parece mi selva tropical?

–Impresionante –tenía que decirle algo sobre el código antiincendios antes de que pusiera más lianas.

–Éste será el entorno ideal para las clases de Biología –dijo ella–. Todo estará relacionado con esto: los ecosistemas, la importancia de la conservación, las identificación de las especies... Además, haremos trabajos y proyectos sobre estos temas.

–Un currículum integrado con base temática.

–Vaya, así es como te ganas el sueldo: poniéndoles nombres raros a las cosas divertidas.

–Algo así. Es una buena idea, Cricket –y un riesgo que no podía correr–. Lo único malo es que no podemos dejar que haya materiales inflamables a menos de diez centímetros del techo.

–¿Cómo? Ya, seguro.

–En serio. Es el código antiincendios. Y también tendrás que podar esos árboles. Están bloqueando la salida de emergencia.

–He tardado horas en poner todo esto.

–Te ayudaré a moverlo.

–¿Y si me arriesgo con el jefe de bomberos?

–Creo que no podré permitirlo, pero aún te quedan las fotos y los mapas.

–Vamos, Tucker. Tú no eres una de esas personas estrictas con las normas. En la universidad ibas a las manifestaciones.

–Pero teníamos permiso para manifestarnos. Además, conseguíamos lo que pedíamos gracias a las reuniones y negociaciones con el rector, no por las manifestaciones.

–Eso no es cierto.

–Más o menos, pero el caso es que no puedes pedir que se cumplan las normas importantes si no cumples las que no lo son tanto. En este caso, la seguridad es importante.

–Me ocuparé de que los chicos no enciendan cerillas en clase.

–Iré a buscar una escalera para ayudarte.

–Puedo hacerlo sola –dijo ella, testaruda, con los ojos ardiendo de irritación.

–De acuerdo. ¿Necesitas algo de material, libros, muebles...?

–Lo que necesito es que te olvides de ese estúpido código.

–Imposible.

Se quedaron mirando el uno al otro como en *Solo ante el peligro.* Algo le decía a Tucker que aquél no sería su último enfrentamiento con Cricket.

Cerró los ojos un segundo.

–En cualquier caso, sé que las primeras semanas de clase pueden ser muy duras, pero Harvey y yo estamos aquí para hacer que las cosas sean más fáciles.

Ella miró hacia arriba y sacudió la cabeza.

–A la larga, me lo agradecerás.

–Pareces un viejo, Tuck –dijo ella, dándole unas palmadas en la espalda.

Sintió una punzada en el corazón al oírle decir eso, pero también pensó que sería mejor que le viera como un «viejo subdirector casado». Si estuvieran en otro lugar, en otro momento, él no dejaría pasar un segundo para ir tras ella, ansioso de comprobar si el tiempo había cambiado la pasión que había entre los dos. Se frotó el anillo, agradecido de llevarlo. Melissa era sólo una sombra de lo que era Cricket, y sin él, quién sabe qué

indiscreción letal para su carrera hubiera estado tentado a hacer tras las ramas de los árboles de papel y bajo la mirada de los habitantes de los terrarios. El consejo escolar nunca hubiera aceptado como defensa la «fiebre Cricket». A no ser, por supuesto, que conocieran a Cricket.

¿Qué demonios le había pasado a Tucker Manning? Cricket no podía creer que un hombre que besaba como un actor de cine porno le hubiera hablado como un viejo amargado para decirle que arrasara su jungla. ¿Que a la larga se lo agradecería? ¡Por Dios!

Y además, estaba casado. Tenía que admitir que eso le molestaba más que el hecho de tener que deforestar su selva.

Tucker Manning estaba casado. No disponible. Era de otra.

Tampoco tenía que importarle. Hacía años que no lo veía, aunque algunas noches se acordaba de él. Aquella noche habían conectado de un modo tan cálido y sincero... ella se sintió comprendida, respetada y casi acuciada para decir todo lo que sintiera o se le pasara por la cabeza. Él había sido el protagonista en alguno de sus sueños eróticos, tal vez porque le había sorprendido lo rápido y cuánto lo había deseado. Una lujuria imparable había hecho presa en ella.

Por supuesto, él era muy atractivo, con una mirada suave, como la de George Clooney, y una apariencia magnífica, sincera e inteligente. El chico de al lado, con una Harley aparcada en la puerta, fiable, travieso y brillante. Una combinación fatal.

Además, estaba su tono de voz: seguro de sí mismo, con una sensualidad que la atrapaba. También tenía una boca tremenda: unos labios bien esculpidos, llenos y... tan cerca. Tenía que probarlos... y, vaya... Pero Tucker había recuperado la razón y se había sentido terriblemente culpable. Ella podía haberle dicho lo de Sylvia y el profesor, pero no le parecía bien y además estaba muy sorprendida por la reacción que había tenido con él.

Ella seguía pensando en él de una forma lujuriosa, tal vez porque representara lo prohibido o porque después de aquella noche, desapareció por completo. O tal vez fue ella la que desapareció. Daba igual. ¿La ausencia aumentaba el deseo? ¿O la curiosidad? ¿Qué era aquello?

Allí estaba de nuevo, igual de sexy, con la misma boca y los mismos rasgos, su pelo oscuro... pero era de otra. Estaba casado. Esperaba que su esposa supiera lo que tenía.

Por otro lado, él se había convertido en un gestor, y no

precisamente en uno amistoso y progresista, sino en uno de los que se basan en las normas. Probablemente también esperara que ella le llevara su plan de clases para la semana siguiente cada viernes.

Lo observó marcharse a través de la ventana. Qué magnífico trasero tenía, pero era como mirar escaparates: estaba casado.

Él había parecido nervioso al mencionar su matrimonio; jugueteaba con su alianza como si quisiese arrancársela. Ella esperaba que no fuera infeliz.

Pero ya estaba bien de pensar en él. Tenía un nuevo trabajo que explorar y no tendría tiempo para preocuparse por hombres de labios apetitosos y matrimonios con subidas y bajadas. Las ciudades pequeñas no eran un buen sitio para encontrar distracciones, pero no le importaba. Su objetivo era ser lo mejor profesora posible y probar otra profesión. Haber descartado dos ocupaciones, la enfermería y el trabajo social, aunque una fuera por un reflejo involuntario como había dicho Tucker, le hacía sentirse... extraña.

Era hora de hacer las cosas en serio y estaba segura de que con la enseñanza lo conseguiría. Le había encantado el trato con los niños en el campamento, enseñarlos cosas, ayudarlos a superar problemas y conflictos, y había sentido que había marcado una diferencia en sus vidas. Eso era lo que quería hacer con su vida.

A finales de verano recordó que el padre de una amiga suya era director de un instituto. En poco tiempo, Cricket se entrevistó con Harvey Winfield, el padre de Nikki, un hombre serio y formal completamente enamorado de su escuela. Sus estudios de Ciencias y su entusiasmo, así como el hecho de no tener ningún otro candidato para el puesto, hicieron que le diera el trabajo.

Tendría una clase para ella sola y quería que sus alumnos estuviesen motivados para aprender. La habían asaltado las dudas, no sabía si tendría coraje para seguir adelante en los momentos duros, si se sentiría tan frustrada como con el trabajo social. Tal vez fuera demasiado idealista, pero el día a día acababa con sus sueños. Al menos, eso le había pasado hasta entonces.

Aquella vez sería diferente. Sentía que estaba lista y se había lanzado al trabajo. Echó una mirada a su alrededor: su jungla había quedado genial y seguro que resultaría muy atractiva para los alumnos, pero ahora según Tucker Manning, el agente de la ley, tendría que cortar sus lianas y podar los árboles. Testaruda, decidió no claudicar en la deforestación de su selva, sin importarle lo que dijera el Capitán Seguridad.

No podía haber nada a diez centímetros del techo... de acuerdo: colgaría las lianas de las ramas de los árboles con alambre. Sonrió.

Necesitaría ayuda, así que cuando vio por la ventana a tres chicos jugando con sus monopatines, decidió llamarlos, conocerlos, conseguir que la ayudaran y molestar al Señor de las Normas Manning al mismo tiempo. Todo en uno.

Salió corriendo de la clase llamando a los chicos.

Cuando Cricket y los tres chicos acabaron de renovar la selva, ella les invitó a tomar algo en la pizzería de la ciudad. El lugar estaba considerablemente lleno de gente y de ruido de charlas y de las máquinas de videojuegos para ser miércoles.

Acababan de atacar una enorme pizza de jamón y sus refrescos cuando Cricket vio a Tucker buscando un sitio libre con una botella de cerveza en una mano.

–Hey, Tuck –dijo ella, atrayendo su atención–. Vente con nosotros.

–Cricket –dijo él con una cálida sonrisa que a ella no le pasó desapercibida–. No quiero molestar –añadió al ver a los chicos, arqueando las cejas.

–Tucker Manning, éstos son los tres mejores alumnos de segundo curso de Copper Corners: Jason, Jeff y John. Las tres «jotas», como les llaman sus amigos. Chicos, éste es el nuevo ayudante del director.

Tucker dejó su botella sobre la mesa y les estrechó la mano, mirándolos tan fijamente que hizo que los chicos se sintieran incómodos.

–Me han ayudado a arreglar mi selva. Siéntate –le indicó un sitio a su lado, ya que los tres chicos llenaban el banco de enfrente.

Tucker se sentó midiendo las distancias para no tocarla. Ella se dio cuenta.

Aunque los chicos continuaron comiendo, la presencia de Tucker había enfriado el ambiente. El hombre desprendía autoridad.

–¿Vuestros padres saben dónde estáis, chicos? –dijo él, empeorándolo todo. Su tono era relajado, pero los había llamado «chicos».

–Más o menos –dijo Jason.

–Tal vez debierais llamarlos –dijo Tucker, ofreciéndoles su móvil.

–No pasa nada –dijo Jason–. Tenemos que irnos, Cricket.

Jeff acabó con su porción de un bocado y John tomó otra para el camino, dejando tres en la bandeja. Cricket sabía que si Tucker no hubiera aparecido, hubieran acabado con todo.

–Esperad un poco –dijo ella–. Podemos hablar con el señor Manning sobre el club de ecología que pretendemos formar.

–Otro día –se disculpó Jason–. Gracias, Cricket –y los tres salieron de allí.

–Vaya un aguafiestas –bromeó ella con Tucker. A pesar de la distancia, podía oler su colonia, ligeramente picante y tan sensual como su sonrisa.

Tucker debió de notar lo cerca que estaban, porque se deslizó al banco que habían dejado libre los chicos.

–¿He dicho algo malo? –preguntó ella.

–Así estamos mejor –dijo él con firmeza–. Y estar sola con los alumnos por la noche no es una buena idea.

–Han trabajado un montón en mi clase y lo menos que podía hacer era invitarlos a cenar.

–Eres joven, soltera y muy guapa, Cricket.

–Gracias, pero esos chicos no han venido aquí por mí, sino por la pizza.

–Pero esto no hace buen efecto.

–Además, tengo veintisiete años. Eso es ser una vieja para chicos de quince años.

–También te aconsejo que no te presentes a los alumnos por tu nombre de pila, sino por tu apellido. Tienes que hacer que te respeten.

–El respeto se gana, no se impone.

–Los chicos necesitan un profesor, no un colega. Si eres demasiado blanda, se aprovecharán de ello, te responderán y se negarán a atender. Y al final tendrás un enfrentamiento abierto.

Cricket miró a Tucker. Parecía un viejo veterano de guerra aconsejando al soldado novato para salir ileso de la batalla.

–Quiero tener un trato humano con mis alumnos, Tucker, no ser su carcelero.

–Pero si te tomas demasiada familiaridad, será un error. Si mantienes las distancias podrás darles todo lo que necesitan de ti: conocimientos, técnicas de estudio y disciplina, que será importante en su vida.

–¿Qué te ha pasado, Tucker? –dijo, alargando el brazo por encima de la mesa para sacudirle un hombro–. ¿Te han lavado el cerebro en la escuela de subdirectores? Antes no tenías el corazón tan frío.

Aquella noche había sido tierno y apasionado, ni frío ni reservado, y ella se había sentido cómoda en sus brazos. Ella apartó el pensamiento de su cabeza y tomó un trago de la botella de

cerveza de Tucker.

–¡Eh!

–Lo siento. Me apetecía mucho –aquella noche le había dicho lo mismo para tomar un trago de su botella.

Tucker se quedó sin expresión. Ella estaba segura de que se acordaba también de aquello. Sus miradas se cruzaron y ella sintió una oleada de calor.

Tucker tomó aliento y empezó a juguetear con su alianza. Otra vez.

Se dispararon las alarmas: «Emergencia, emergencia. Alerta sexual. Que traigan agua helada».

–Cricket, no creo que debamos dejar que pase nada entre nosotros –dijo Tucker por fin.

–¿A qué te refieres? –preguntó ella, bromeando.

–Ya lo sabes –dijo con voz grave y sexy. Le brillaban los ojos y en su boca se dibujó una sonrisa muy sensual. A pesar del ambiente bullicioso de la pizzería, el aire estaba cargado de romanticismo.

–Sí –dijo ella con un suspiro–. Los dos lo sabemos.

–Estoy casado y soy, más o menos, tu jefe. Estar aquí juntos tomando una cerveza o pasando el rato inocentemente, no es una buena idea.

–Odio cuando tienes razón –dijo ella, apoyando la barbilla sobre la mano–. Espero que tu mujer sepa lo que tiene.

–No me cabe duda –dijo él, pero apartó la mirada–. ¿Qué tiene eso que ver?

–¿Cómo se llama? ¿Y dónde os conocisteis?

–Se llama Julie y, hum, nos presentó mi hermano.

–¿Dónde está? ¿Cómo es que estás aquí solo?

–Está fuera de la ciudad. Por trabajo. Es piloto de una compañía aérea.

–¿En serio? Es genial.

–A ella le gusta.

–¿Y trabaja mucho?

¿Por qué parecía sentirse culpable? No podía imaginarse a Tucker engañando a su mujer. Siempre le había parecido honesto y fiel, y se había sentido muy mal por aquella noche con ella mientras estaba aún con Sylvia. Ahora Cricket necesitaba saber más.

–¿Cómo es Julie?

–Lista... y guapa, supongo.

–¿Lo supones? ¿Tienes una foto suya?

–No, aquí no.

El que no llevara una foto suya en la cartera no era una buena

señal. Ella siempre se había imaginado a Tucker como un chico sentimental a juzgar por el modo en que había hablado de sus amigos aquella noche.

–Entonces, descríbemela.

–Veamos... mediana estatura, pelo oscuro hasta los hombros y un poco más baja que yo –parecía estar estrujándose el cerebro para recordarla.

–¿Eso es todo? ¿Y sus ojos?

–¿Sus ojos? –parecía aterrado–. Verdes... y también marrones. Color avellana, supongo.

–No eres muy observador, Tucker.

–Sé las cosas importantes.

–Las cosas pequeñas también son importantes. ¿Y su comida favorita? ¿Y helado preferido? ¿Qué música le gusta? ¿Qué le pone frenética?

–Lo importante es que somos felices juntos.

–¿En serio te hace feliz? –no pretendía hablar con un tono tan serio, pero estaba algo preocupada por él.

–Claro que sí –dijo él, pero parecía nervioso, aferrándose a la alianza–. ¿Podemos dejar de hablar de mi matrimonio?

–Si lo prefieres –tal vez Julie no fuera suficientemente buena para él. Tal vez se hubiera aprovechado de su buen corazón...

–De acuerdo. Lo que tú quieras –dijo él, con dureza, tomándose sus palabras como un reto–. Su comida preferida es el pollo con queso parmesano y su helado, el de cereza. Le encanta Bon Jovi y no puede soportar a la gente que se pone a charlar con el empleado de correos cuando hay detrás una cola de gente esperando. Tiene la talla treinta y ocho, y su color favorito es el aguamarina.

–¿Aguamarina? Impresionante. Yo creía que los hombres no sabían que el aguamarina era un color. También podías habértelo inventado... –bromeó ella–. Comprobaré tus respuestas en la fiesta del instituto. ¿Julie vendrá, verdad?

–Sí, claro –pero no parecía muy feliz de que fuera.

Entonces ella creyó haber encontrado la explicación de su actitud.

–No tienes que preocuparte, Tuck. Guardaré el secreto de tu sórdido pasado –le guiñó un ojo y tomó otro trago de su cerveza, sabiendo que lo molestaría.

–¿Quieres una? –preguntó él.

–Sabe mejor si es de otro –ella se sentía aliviada de haber aligerado la conversación–. Tengo muchas ganas de conocerla.

–Y yo estoy seguro de que ella querrá conocerte a ti –dijo él,

brindando con su cerveza contra el refresco de ella.

Tal vez cuando la conociera, ella se sentiría mejor, al verlo feliz. No le gustaba imaginarlo infeliz en su matrimonio. Y no quería desear a un hombre casado. Al menos, más de lo que lo deseaba entonces.

Capítulo Tres

–¡Qué ambiente! –dijo Anna, con la ensalada asiática que había hecho para contribuir a la fiesta en las manos.

–¡Procura no sobreactuar! –dijo Tucker por quinta vez, abriéndole la puerta del gimnasio.

Anna estaba muy en su papel. Le había preguntado por todo el mundo y había investigado sobre las mujeres en la aviación.

–Tranquilo, Tucker. Estoy aquí para ayudarte –dijo, tomándole del brazo.

–Ya lo sé –«Dios me ayude». El plan era hablar un poco con la gente, comer algo y marcharse temprano. Tucker, a cambio, cuidaría de los gemelos un fin de semana, lo cual haría con placer. Después, todo volvería a la normalidad.

Tras una breve plegaria al santo patrón de los falsos matrimonios, Tucker condujo a Anna hacia las mesas donde habían colocado la comida.

El gimnasio, presidido por el puma, emblema de la escuela, y los letreros de bienvenida, olía a pollo y a comida casera.

Tucker localizó a Harvey Winfield con una mujer, que sería su esposa, Nadine, y decidió pasar la prueba más dura primero.

–El director a las doce en punto –murmuró a Anna, y se dirigió hacia ellos.

–Encantado de veros –dijo Harvey cuando se hubieron hecho las presentaciones–. Tucker es mi mano derecha –dijo a Anna.

–Me alegra oírlo –dijo ella–, porque Tuck vive para su trabajo.

–Eso es una pena, querida –dijo Nadine, comprensiva.

–Oh, en absoluto, porque yo también vivo para mi trabajo, así que es perfecto.

«No te pases», intentó decirle él con la mirada.

–¿Así que eres piloto de aviones? –preguntó Nadine.

–Sí. Y me encanta volar y volar todo el tiempo. Es mi vida, y como mujer, sé que estoy abriendo camino para muchas como yo en un mundo de hombres. ¿Sabías que sólo hay un cinco por ciento de mujeres en puestos de piloto comercial? Es una pena. Ha habido mujeres que han sido heroínas de la aviación, como Lillian Todd, que diseñaba y construía aviones en 1906, pero nadie la conoce. La primera mujer en convertirse en piloto comercial fue Helen Richey,

en 1934.

–No lo sabía –dijo Nadine.

–De hecho, según la Asociación Internacional de Aviadoras, ahora las mujeres están presentes en todos los campos de la aviación.

–Eso es fascinante.

–Pero me parece que ya está bien de datos por hoy, Julie –interrumpió Tucker amablemente–. No queremos monopolizar a Harvey y a Nadine, y en el buffet echan de menos tu ensalada.

–Oh, claro. Mi ensalada. Me encanta aportar algo, siempre que puedo, aunque pase tanto tiempo fuera de casa. Tuck y yo somos un buen equipo, a pesar de las distancias.

–Eso es maravilloso –dijo Nadine.

–Estoy muy contenta de que Tucker haya venido a Copper Corners –dijo Anna–. Y de que estéis contentos con él.

–Muy contentos –añadió Harvey, y Nadine sonrió.

–Todos estamos felices, Julie –dijo Tucker, intentando llevársela de allí–. Gracias, Harvey. Nadine...

Tucker se llevó a Anna a un rincón tranquilo para poder hablar con ella en privado.

–¿Dónde vas? La comida está en la otra dirección.

–Ve un poco más despacio, por favor. Te has pasado con lo de que somos un equipo perfecto y todo eso. Intenta hablar menos y escuchar más. Ya estoy sudando a chorros.

–Relájate. Les he caído muy bien, y tú les caerás bien también gracias a mí. Déjame que haga mi trabajo.

–Anna, se trata de mi trabajo, no de un paseo triunfal por la alfombra roja de Hollywood. Deja que hable yo.

–¿Se supone que tengo que ser una compañera sufridora? ¿Compartir recetas y consejos para quitar manchas? Yo no soy así, cariño.

–Anna, por favor.

–Y tú tampoco te casarías con una persona así. A ti te gustan las mujeres con personalidad, que te reten, que expresen sus ideas, que te hagan sufrir un poco.

En ese momento, él vio a Cricket Wilde. Llevaba un vaso en la mano y se dirigía sonriente directamente hacia ellos. Hablando de una mujer que le hiciera sufrir...

A pesar de que temía el encuentro, se alegró de verla y deseó devolverle la sonrisa, pero en su lugar intentó poner una expresión neutra.

–¿Te acuerdas de esa compañera de universidad de la que te

hablé? Viene hacia aquí.

–¿La que te hizo preguntas sobre mí?

–Sí. No hables demasiado. Ella ya sospecha algo.

Había hablado con Anna para que no le descubriera en lo de sus cosas favoritas, pero no le había contado toda la historia que había habido entre ellos dos.

–Confía en mí, Tuck –Anna se volvió hacia Cricket, la joven estaba ya muy cerca de ellos–. Oh, es muy guapa. Eso no me lo habías dicho –lo miró–. Muy interesante.

–Ni lo pienses –dijo él.

–Tú debes de ser Julie –dijo Cricket extendiéndole la mano–. Encantada de conocerte, por fin.

Tucker la vio examinar a Anna con los rayos láser verdes que tenía por ojos. Esperaba que Cricket no dijera nada acerca de aquel beso, ya que era lo último que necesitaba saber Anna.

–Avellana –declaró por fin–. Tenías razón, Tuck.

–Tucker me habló del examen que le hiciste –dijo Anna–. Lo hizo bastante bien, excepto en que lo que más me molesta realmente es la gente alta que se sienta delante de ti en el cine.

–Oh, es verdad. Yo también lo odio. Y cuando mastican las palomitas cuando todo está en silencio –dijo Cricket.

–¡Es cierto! –exclamó Anna, y las dos se sonrieron con complicidad.

Tucker no se extrañó. En realidad, las dos eran muy parecidas.

–Entonces, os conocisteis en la universidad, ¿verdad? –preguntó Anna.

–Sí –dijo Cricket–. Por mi compañera de cuarto y las actividades del campus. Éramos conocidos, solamente. ¿Qué hacéis aquí escondidos? ¿Buscando violaciones del código antiincendios? A lo mejor hay demasiados aparatos enchufados a la misma toma de corriente –aunque fuera para meterse con él, al menos había cambiado de tema–. ¿Te ha contado Tucker cómo estropeó mi selva?

–¿Le estropeaste su selva?

–No exactamente.

–Exactamente eso. Tenía unas lianas y unos árboles fabulosos, y me ha hecho quitarlo todo.

–¿No me digas? –dijo Anna.

–Sí. En teoría, el código antiincendios no lo permitía.

–Era importante para la seguridad y me ofrecí a ayudar. Y, créeme, si hubiera un fuego, me…

–Sí, ya lo sé. Te lo agradecería.

–Y esto le molesta más a él de lo que te molesta a ti –añadió Anna.

–Exacto –dijo Cricket, sonriendo a Anna–. Antes no era así. ¿Qué le ha pasado?

–Creo que quiere hacer las cosas bien, ya sabes: ser cauteloso y responsable –dijo Anna mirándolo, pero después se inclinó hacia Cricket–. Pero lleva un rebelde dentro. Si alguien lo liberara… –le guiñó un ojo.

Señor. ¿Sería pronto para marcharse?

–Tenías que haberle visto en la primera reunión de profesores.

–¿Qué hice? –preguntó Tucker.

–Te pusiste un poco estricto con eso de «la importancia de la disciplina en el aprendizaje de los alumnos». Deberías escuchar más y dar menos sermones, Tucker. Especialmente si eres nuevo y en una ciudad pequeña.

–¿Tú eres experta en eso?

–Crecí en una ciudad pequeña. Y conozco a las personas.

–¿Y yo no?

–Te lo explicaré de otro modo. Si yo fuera director y tuviera un profesor muy motivado, no aplastaría todas sus ilusiones con el libro de normas a la primera de cambio. Alguien menos generoso que yo podría pensar que estás siendo un imbécil.

–Si no te lo hubiera dicho entonces, no hubieras tenido tiempo de arreglarlo antes de que empezaran las clases.

–Podrías haberme dado un poco de margen.

–Y tu podrías ser más cuidadosa.

–Chicos, siento interrumpir –dijo Anna, sonriente, pero con una mirada peligrosa–. ¿Puedes llevar esto a la mesa, Tuck? Y si me trajeras un plato con algo para comer, serías un cielo.

«No es buena idea dejar a estas dos solas», –pensó Tucker.

–¿Por qué no vamos todos hacia la mesa? –probó.

–Me fío de ti, cariño. Voy a darle unos cuantos consejos a Cricket para tratar con un subdirector. Tráeme un poco de pollo, unas patatas, maíz y también un té helado con sacarina, por favor.

No podía alejar a Anna de Cricket sin más. Eso parecería un gesto machista y mostraría desconfianza. En aquel momento casi deseaba haberle dicho a Harvey que Forest era su pareja gay. Aquello le parecía más seguro en aquel momento que tener a Anna como falsa mujer.

–A mí puedes traerme lo mismo que a ella, pero prefiero azúcar para el té.

Tucker le lanzó una dura mirada a Anna y después se dirigió a la

mesa decidido a volver cuanto antes. Estaba seguro de que las dos planearían su caída, aunque no estaba seguro desde qué altura acabaría precipitándose.

A Cricket le gustó mucho Julie. Parecía querer a Tucker, aunque no le dejaba que se impusiera. Por otro lado, Tucker estaba terriblemente nervioso. Tal vez fuera por su secreto de la universidad. Al menos Julie no lo sabía. Sonrió y tomó un sorbo de limonada.

–Entonces, ¿te acostaste con Tucker? –preguntó Julie.

Cricket se atragantó y Julie tuvo que darle unos golpecitos en la espalda.

–¿Estás bien?

Ella asintió a la vez que intentaba respirar... y pensar.

–¿Lo hicisteis? –dijo Julie, que parecía más curiosa que molesta o celosa.

–No, yo no... quiero decir que nosotros no...

–¿Pero lo deseasteis, verdad? ¿Pensaste en ello? ¿Qué se suponía que tenía que decir?

–Bueno, creo que nos sentíamos atraídos el uno por el otro –Julie no dejaba de mirarla, ansiosa por saber, pero en absoluto molesta. No podía mentirle, la verdad era siempre lo mejor–. Nos besamos una vez, pero eso fue todo. Y fue hace mucho –se le escapó una risa nerviosa.

–Lo sabía. Hay una tensión evidente entre vosotros dos –Julie casi parecía complacida.

Cricket sentía que empezaba a sudar de nerviosismo.

–Bueno, estoy segura de que Tucker no te dijo nada porque es algo muy antiguo. Me dijo que vosotros estáis muy bien juntos.

–Pero vosotros dos aún os atraéis –insistió Julie.

–¿Qué? –se puso roja–. No, es decir...

–No te preocupes. No me importa –dijo Julie, estudiando la cara de Cricket, como si tuviera un secreto que se moría por compartir.

Tucker, por otro lado, cargaba dos platos de comida sin contemplaciones y sin dejar de mirarlas, intentando leerles los labios. Temía que ella le contara a Julie lo que le acababa de contar.

–A veces Tucker no se da cuenta de lo que le conviene –dijo Julie–, así que la gente que le quiere tiene que actuar por él. ¿Sabes a qué me refiero?

–Supongo... –dijo Cricket, sin saber adónde quería llegar Julie y

sin ganas de continuar aquella conversación.

–Te voy a decir algo muy importante, pero tienes que prometer que no le dirás a Tucker que te lo he dicho.

–Tal vez no debieras decírmelo. Soy malísima guardando secretos y...

–Tucker y yo nos vamos a divorciar.

–¿Qué? Oh, lo siento mucho.

–No lo sientas. No tenemos ningún problema con ello. De hecho, ése es el problema. Lo que sentimos el uno hacia el otro es... un sentimiento fraternal. Justo eso.

–¿En serio? –Cricket sintió pena por Tucker y a la vez un cierto interés por aquella noticia.

–Oh, sí. Pero a Tucker le gusta la idea de estar casado. Ahora somos poco más que compañeros de habitación, pero él odia los cambios. Espero realmente que algo le dé fuerzas para que nuestra situación avance –y le dirigió a Cricket una mirada–. O alguien.

–¿Quieres decir...? –¿acaso le estaba sugiriendo que Cricket tuviese algo con su marido?

–No quiero decir nada, Cricket, pero tal vez tú pudieras escuchar los problemas de Tucker. Necesita alguien en quien confiar, y está claro que tú le gustas. No le dejes ver que sabes algo, porque si cree que sientes lástima por él, se alejará. Sólo tienes que ser su amiga: escúchale, dale consejo... lo que sea.

–No sé qué decir, Julie –ella quería el divorcio y Tucker no, por eso jugueteaba todo el tiempo con su alianza.

En aquel momento él se dirigía hacia ellas con los platos en las manos. Probablemente no le gustara que compartieran con la otra los secretos que tenían, pero ya era tarde para eso.

Tucker les pasó los platos, que contenían la mitad de las cosas que ellas le habían pedido. Se había olvidado de los cubiertos y las servilletas habían caído al suelo.

–¿De qué estabais hablando? –dijo, mirándolas a las dos.

–Le estaba diciendo a Cricket que no debe dejarse impresionar por tus arrebatos de sargento.

–¿Eso es todo? ¿Sólo le has dicho eso?

–También le he dicho cosas buenas –dijo Julie, dándole golpecitos en el brazo, como una hermana, notó Cricket–. Ambas estamos de acuerdo en que lo haces con buena intención y que si te dejaras llevar por lo que sientes en lugar de por lo que piensas, todo iría mejor.

–Si tuviera psiquiatra, te daría las gracias por esas palabras –dijo él.

–¿No había nada más para comer? –dijo Julie mirando su escaso plato–. Ni siquiera has puesto un poco de mi ensalada.

Él se encogió de hombros.

–Lo siento.

–Ven, Cricket. Vamos a enseñarle a este hombre cómo manejar un buffet. Tal vez entre las dos podamos enderezarlo. Yo me ocuparé de él en casa, y tú en la escuela. ¿Trato hecho? –le guiñó un ojo.

–Supongo... –¿qué significaba aquello? ¿Que escuchara sus penas acerca de su matrimonio roto? ¿Que llegara más allá? No podía ser eso.

Sin saber qué pensar, Cricket dejó que Julie la arrastrara hasta el buffet, le llenara el plato y le diera la receta de su ensalada asiática que, aparentemente, era la favorita de Tucker. Aquello era demasiado extraño.

Capítulo Cuatro

–¡Buen trabajo! –dijo Cricket a Jenna Garson, de segundo curso, cuando acabó su trabajo sobre la ciencia en los medios de comunicación.

Cricket estaba emocionada puesto que la chica, vestida con estilo gótico, había mostrado un interés especial al leer su trabajo. Un cambio radical del silencio que había mantenido desde principio de curso.

Había hablado sobre una especie amenazada del sur de Arizona, el mochuelo caburé, que anidaba en los cactus del desierto y cuyo hábitat se veía amenazado por el desarrollo inmobiliario de las afueras de la ciudad.

–Este valiente animal –había acabado Jenna, con las mejillas sonrosadas de emoción–, va a ser erradicado de la tierra por un único y terrible motivo: la insaciable codicia del ser humano.

El resto de los alumnos se contagiaron de su entusiasmo. Cricket se dio cuenta por las preguntas que le hicieron a su compañera, y la chica, normalmente apartada de los demás, se convirtió de repente en una experta en algo que interesaba mucho al resto.

Eso era lo que Cricket quería, llegar a chicos como Jenna, que se perdían porque eran diferentes, tímidos o porque no encajaban en el grupo. Eso y que los estudiantes se interesaran por lo que les rodeaba. Por eso formó el Club de Ecología en la primera semana de clases. El tema del mochuelo que Jenna había sacado a la luz, sería un interesante principio para el grupo, y ella estaba impaciente por ponerse manos a la obra. No podía estar más orgullosa.

Ni más cansada.

Cuando sonó la campana y los chicos hubieron salido de clase, ella se dejó caer sobre su mesa, agotada, con la garganta dolorida y los pies hinchados. Menos mal que era su última clase del día. Tenía media hora para descansar antes de que llegaran los alumnos para la clase de dudas.

Se tumbó de espaldas sobre la mesa, con la cabeza apoyada en el libro del profesor, que apenas había tocado, con las piernas colgando, y cerró los ojos. No le sorprendía que los sindicatos de profesores trabajasen por descansos más largos entre clases y horas dedicadas a la preparación de clases.

–La camilla de la enfermería sería más cómoda –dijo la voz de Tucker, cálida y suave como un sirope.

Ella abrió los ojos. Él le sonrió. Ella le devolvió la sonrisa. «Su matrimonio hace aguas», recordó ella con cierta lástima por él.

Apenas lo había visto desde la fiesta. Ambos habían estado ocupados con los preparativos de principio de curso, pero ella sospechaba que se estaban evitando el uno al otro. Ella no quería pensar en lo que Julie le había sugerido veladamente, y Tucker parecía nervioso siempre que se cruzaban en la sala de profesores o en los pasillos.

–Estaba descansando un poco antes de que llegaran los alumnos de la clase de dudas –dijo, incorporándose.

–¿Qué tal te va? –preguntó él, con cierto tono de preocupación.

–Bien, supongo. Estoy un poco cansada –y mareada, por levantarse demasiado rápido y estar tan cerca de Tucker. No podía dejar de ver las mechas más claras en su pelo castaño, el brillo de sus ojos y esa sonrisa torcida que tanto le gustaba. Por suerte, aquella camisa tan formal y la corbata le quitaban encanto.

–Las clases son agotadoras –dijo él–. Sobre todo al principio. Vi tu coche ayer aquí después de las ocho. Te quedaste hasta muy tarde.

–Hay mucho que hacer –su vida entera la llenaba preparando clases o pensando en ellas, así como en las reuniones del club y corregir ejercicios. Comía, se duchaba y dormía cuando se acordaba.

Miró a Tucker, que estaba echando un vistazo a su alrededor, a los árboles y las lianas. Él se echó a reír y después la miró.

–Déjame adivinar: ¿mediste con regla la distancia hasta el techo?

–Me has pillado –sonrió ella, deseando entrar en la discusión.

–¿Les gustó a los chicos? –preguntó él, sin ánimo de continuar las hostilidades.

–Sí –les gustaba hacer el travieso más de la cuenta en su jungla, pero eso no se lo diría a Tucker.

–Entonces todo el trabajo mereció la pena.

–Sí –aquello no era divertido. Ni siquiera se había metido un poco con ella. En su lugar, se mostraba comprensivo y preocupado.

–Trata de no agobiarte demasiado –dijo él.

–No soy yo, sino el trabajo. Hay que hacer un seguimiento de cada niño, implicar a los que no se interesan por nada, atraer la atención de los despistados y dejar que los más listos se desarrollen, pero sin arrollar al resto. Es un poco complicado.

–Y además, Ciencias no es una asignatura fácil.

–Justo –dijo ella.

–Pronto te acostumbrarás. Sólo se necesita un poco de tiempo. Lo que puedo hacer es ocuparme de alguna de tus clases para que tú puedas ir a ver cómo lo hacen otros profesores.

–¿Puedes hacer eso? Me encantaría –era justo lo que necesitaba–. ¿Pero, tienes tiempo?

–Haré un hueco. Es importante ayudar a un profesor en sus comienzos.

–Es cierto –dijo ella, sonriendo–. Mucho más importante que perseguirnos con el código de normas.

–Hay una parte de nuestro trabajo que no es nada divertida. Espera a que tengas que poner notas.

–Mis chicos se van a evaluar ellos solos –dijo ella, que había tomado la idea de un libro de pedagogía.

–No te lo recomiendo para nada, sobre todo hasta que tú no conozcas su nivel real. A los padres tampoco les gustará –Tuck tenía otra vez ese gesto serio que no le gustaba nada.

–No seas tan tradicional, Tucker. Irá bien y te sorprenderé.

–Ya me sorprendes, Cricket –dijo él, con una sinceridad sorprendente. Su mirada era como una caricia–. Intenta no quemarte. Se pierden muchos buenos profesores porque se agotan al principio y lo dejan.

–No te preocupes –dijo ella. Le gustaba su gesto de ternura–. ¿Por eso dejaste tú de dar clases? ¿Te quemaste?

–No, estaba preparado para pasar a otra cosa. Quería hacer más por los alumnos y por los profesores, facilitar la enseñanza y que los profesores y los alumnos den lo mejor de sí mismos.

–Si hubieras dicho eso en la reunión, nos tendrías a todos a tus pies.

–Lo hice, Cricket, pero estabas demasiado ocupada quejándote por otras cosas.

–Tal vez.

–Entonces, aparte de dejarte libre algunas horas para que vayas a ver cómo lo hacen los demás, ¿qué puedo hacer por ti?

«Puedes besarme». Un mal pensamiento.

–Creo que no necesito nada más.

–De acuerdo. Tengo que irme ya –dijo él, pero no se movió de donde estaba, sin dejar de mirarla, como si quisiera decir algo más y no le saliera.

Ella podía escuchar sus problemas. Su corazón empezó a latir con fuerza.

–¿Hay algo más de lo que quieras hablar, Tucker?
–Tal vez –se detuvo–. Escucha, sobre la otra noche...
–¿Sí? –su corazón se aceleró aún más.
–Anna me dijo que te había comentado algo de nuestros altibajos.
–¿Anna?
Él se quedó pálido.
–Quiero decir, Julie. Su nombre completo es Juliana y yo la llamo Anna a veces –carraspeó.
–De acuerdo –parecía muy nervioso, debía de ser la crisis matrimonial–. Sí, me dijo algo.
–Quiero que sepas que estamos intentando superarlo. El matrimonio es algo complicado –sus ojos parecían confusos a pesar de su tono de confidencia.
–¿Qué piensa Julie de todo eso?
–¿Julie? –sacudió la cabeza–. Ella es así. Ya lo arreglaremos.
Pero Julie parecía muy seria en cuanto a lo del divorcio, muy serena y casi alegre. ¿Se engañaba Tucker a sí mismo?
–Por eso me gustaría que te olvidases de esa conversación. Fue un error –acabó.
–Claro –dijo sonriendo, intentando no aparentar que le daba lástima–. Completamente borrado.
–Bien. No trabajes hasta muy tarde hoy. Por cierto, he visto que te has apuntado al Comité del Entorno Escolar.
–Me pareció divertido –o no, pero Tucker había dicho que pretendía fomentar la comunicación entre padres, alumnos y profesores. A nadie le gustaba, pero ella no soportó ver que lo dejaban solo y se apuntó.
–Te agradezco el interés, pero ahora deberías centrarte en las clases.
–Veré cómo estoy mañana antes de la reunión, cuando acabe las clases –pero no podía soportar la idea de imaginarlo solo en una sala vacía, y menos cuando la idea era buena y estaba luchando por salvar su matrimonio.
Se quedaron mirando el uno al otro, respirando a la vez, cuando, en ese momento, entraron tres alumnos de primero en la clase.
Tucker necesitó un momento para recomponerse y después dijo:
–No entretengáis demasiado a la señorita Wilde –la miró y le sonrió–. Ha tenido un día muy duro.

A las tres y media de la tarde, Tucker se dirigía a la primera

reunión del Comité del Entorno Escolar. Serían él y Cricket. Había conseguido convencer al bibliotecario y a un consejero para que se uniesen a ellos, pero esa tarde tenían cosas que hacer. Desesperado, había invitado a Harvey, que había declinado amablemente por «no comprender su visión sobre ese asunto», pero le había dado todo su apoyo.

No pasaría nada. Estaría a solas con Cricket después de clase. No podía dejar de pensar en Melissa. Por lo menos, había solucionado el problema que le había creado Anna; desde luego le gustaba más como cuñada que como falsa esposa.

Cuando Tucker dobló una esquina se encontró con Cricket inclinada sobre una fuente, bebiendo y mostrándole una perspectiva envidiable de su escote y unos labios suaves y húmedos.

Con todos los sentidos en alerta, Cricket siempre le producía esa reacción, Tucker se metió en la sala de trabajo y empezó a pensar en atascos de tuberías para intentar controlar su erección.

–¿Tuck? –dijo Cricket. Allí pegado contra la pared parecía estar escondiéndose de alguien, lo cual era cierto–. ¿Estás bien?

–Sí, ¿y tú? –dijo, como si no pasara nada.

–Estoy bien. ¿Dónde es la reunión?

–Había pensado dar una vuelta por el recinto primero para pensar dónde poner carteles de bienvenida y esas cosas. ¿Vamos? –dijo, mostrando la salida.

–¿No esperamos a los demás?

–Hoy no vendrá nadie más –dijo él, con un carraspeo.

–¿Sólo nosotros dos?

Él asintió y se quedaron mirándose el uno al otro durante cinco segundos, intentando asimilar la noticia.

–De acuerdo –dijo ella, girándose hacia la puerta, moviendo las caderas y dejando tras de sí un aroma dulce y especiado que le recordaba a tartas de manzana y orgías...

Si no supiera cómo eran sus besos, pero lo sabía: eran eléctricos, suaves, dulces y apasionados. Pensando en atascos de tuberías, la siguió al exterior.

A Cricket le encantó caminar junto a Tucker al sol. Ya no hacía tanto calor e incluso el canto de las cigarras parecía más tranquilo. No había nadie en el aparcamiento del recinto escolar, excepto el coche de Dwayne, el conserje, así que estaban solos y eso hizo que Cricket se sintiera algo excitada.

Tucker le había dicho que estaba intentando salvar su

matrimonio, pero miraba a Cricket de reojo y perdía el hilo de la conversación mientras paseaban. El calor entre ellos no dejaba de aumentar.

Llegaron al recibidor del edificio D, donde Tucker quería poner un mural hecho por los estudiantes. El único sonido que llenaba los pasillos eran sus pasos y sus voces.

Cricket se imaginaba vagamente arrastrando a Tuck a una clase, arrancándole la estúpida corbata, y todo lo demás, y entrando en materia. Estaba loca. Ella no era una rompe hogares. ¿Qué tenía él que hacía que ella tuviera esas ideas? El modo en que la miraba, probablemente, como si quisiera meterla en una clase, quitándose la corbata por el camino.

–Creo que aquí es donde tenemos que ponernos a ello –dijo él.

–¿Qué? –dijo ella, poniéndose roja, hasta que se dio cuenta de que hablaba de la decoración.

–El mural debe ir sobre esta pared.

–Sería perfecto –dijo ella, intentando recomponerse.

–Me gustaría que el tema fuese la unidad y la fraternidad.

–Con un cierto toque de diversidad, diría yo. Los chicos latinos y los blancos parecen separados en grupos.

–Tienes razón –dijo él, mirándola–. Las divisiones raciales siempre suponen un problema. Hablaré con la profesora de Arte para que trabaje en el proyecto con chicos de todos los cursos. El trabajar en un proyecto común ayuda a romper barreras, si se hace bien.

–Me encantaría ayudar, si me necesitas.

«Si me necesitas». Sus miradas se encontraron y luego las desviaron hacia la pared vacía.

–Lo que quiero es que los chicos se sientan parte de algo –dijo Tucker–. No quiero que les pase como a mí, que se sientan invisibles en medio de la multitud a no ser que hicieran algo malo.

–¿Tú te metías en líos?

–Pues sí, a veces. Y también sacaba malas notas.

–No me lo podía ni imaginar.

–Eso fue hace mucho tiempo.

–Creo que me hubieras gustado entonces.

–Si te gustaban los chicos problemáticos...

–Oh, claro que sí.

–Ya no soy así.

–Ya lo sé –dio un suspiro fingiendo estar desilusionada, y después se puso seria–. El nuevo «tú» no está tan mal, cuando no juegas a ser guardián o auditor.

–Me alegro de que entiendas lo que intento hacer aquí, Cricket –sus miradas volvieron a encontrarse.

–Sí, te entiendo.

Tucker recorrió su cara con la mirada, intentando contener la emoción. Después miró a su alrededor y pretendió darse cuenta de lo solos que estaban.

–Volvamos. Quiero que veas la sala que me gustaría utilizar para solucionar los conflictos internos con los chicos, entre ellos y sus padres, con los profesores. Ahora se utiliza como almacén, pero he pensado que podríamos vaciarla.

Cruzaron el patio a paso rápido, discutiendo cómo identificar a los alumnos que podrían hacer de mediadores entre sus compañeros.

De vuelta a la oficina, Tucker abrió la puerta de una sala donde se almacenaban una máquina de refrescos, una nevera y una fotocopiadora.

–Creo que podemos llevar todo esto a la sala de profesores y traer aquí una mesa y sillas.

–Es muy acogedora –dijo ella, entrando, y lo fue aún más cuando Tucker pasó con ella y la puerta se cerró sola tras ellos. Cricket vio que el aliento de Tuck se aceleraba a la vez que el de ella–. ¿Qué te pasó para que te hicieras un rebelde en el instituto? –preguntó, para no dejar decaer la conversación.

–Supongo que fue la ruptura de mis padres. Empezaron a pelearse poco antes de que yo empezara en el instituto y se divorciaron ese mismo verano. Estaban tan enfadados que no tenían tiempo para mí y para Forest, que estaba en su último año y con un pie fuera de casa. En aquel momento no tenía ni idea de lo que era una familia ni de lo que era realmente importante.

–Debió de ser muy duro.

–Mi instituto era enorme y había muchos alumnos, así que nadie me prestó atención cuando dejé de esforzarme. Me saltaba las clases y cuando iba, me dedicaba a meterme en líos y a buscar problemas. Me expulsaron unas cuantas veces. Era por pura inmadurez. Después, un profesor de Inglés, Ben Alton, me buscó para hablar sobre una redacción que, según decía, demostraba que yo prometía. Al principio me mostré beligerante, pero él no me dejó y yo empecé a escribir y a leer cada vez más y al final las cosas se arreglaron. Gracias a él. Fue mi mentor.

–Él vio tu potencial. ¿Aún estáis en contacto?

–De hecho, me licencié en Filología Inglesa y empecé a trabajar como profesor en mi antiguo instituto, donde él es ahora director.

–Seguro que se siente orgulloso.

–No lo tengo muy claro –Tucker apartó la mirada. Había algo más en la historia que no le había contado.

–Seguro que sí. Te dedicaste a la enseñanza y seguro que eres buen profesor.

–Lo intento y me preocupo, y los chicos lo sabían.

–¿Y por qué no has tomado un puesto de dirección en tu antiguo instituto?

Él carraspeó.

–En algún momento volveré, ése es mi plan. Pero necesito adquirir experiencia. Y quiero hacer un buen trabajo aquí –su cara mostraba decisión–. Creo que puedo innovar un poco aquí. Una escuela pequeña no tiene por qué estar limitada –se detuvo y sonrió–. Siento el discurso.

–Oh, no. Me gusta que me cuentes lo que estás pensando. Siempre me ha gustado –aquel recordatorio del pasado cambió la energía que fluía entre ellos, la calentó y la hizo más íntima. Estaban muy juntos en aquel pequeño cuarto. Era el momento de ofrecerse como amiga–. Y si alguna vez necesitas hablar de otras cosas...

–¿Qué otras cosas? –se detuvo y tomó aliento–. ¿Te refieres a mi matrimonio? –se echó a reír–. Ojalá pudiera, Cricket –levantó una mano y, como si no pudiera evitarlo, le acarició la mejilla con el dorso de los dedos–. Si estuviéramos en otro momento y en otro lugar...

Él se acercó y luego se alejó, como si quisiera besarla, pero hubiera conseguido dominar el impulso.

Ella podía sentir el calor de su cuerpo, su olor. Deseaba tocarlo, sentirlo. Empezó a temblar de deseo; deseaba su boca, sus dientes, el roce de su piel.

–Esto me está matando, Cricket –susurró él, y le puso la otra mano en la otra mejilla.

–¿Quieres decir...?

–Sí –dijo él, inclinando la cabeza–. No podemos hacerlo –se acercó.

–No, no podemos –dijo ella, poniéndose de puntillas y levantando la cara. Era como si una fuerza oculta les atrajera el uno hacia el otro.

–Estaría mal.

–Lo sé –dijo ella, dando un paso adelante–. Muy mal –por muy desesperada que estuviera por su boca, esa vez no sería ella la primera en besarlo. Él estaba casado. No eran felices, según su

mujer, pero eso daba igual. Tenía que ser él quien diera el primer paso.

Pero ella vio que él no lo haría.

«Al diablo». Ella le tomó la cara entre las manos y atrajo su boca hacia la suya.

Él gruñó a modo de protesta y después le correspondió en el beso, con fuerza y alivio a la vez, atrayéndola hacia él. Fue maravilloso, tan lleno de deseo y pasión. Él tenía unos labios suaves y fue como ella lo recordaba, pero mejor. Esa vez parecía beber de ella, como si le diera la vida.

Después se apartó, sacudió la cabeza para recuperar el control.

–Esto no va bien. Lo siento.

Ella se sintió culpable por la expresión que veía en su cara.

–Pero lo he empezado yo –logró decir.

–¿Estás bien? –preguntó él.

–Sí –dijo ella, a pesar del mareo.

–Creo que me tengo que marchar –dijo él.

–Claro –ella aún luchaba por respirar.

–La próxima vez, estaremos con el comité al completo.

–Buena idea.

Cuando él se marchó, la dejó temblando. Había pasado de escucharlo a besarlo.

Y, a pesar de que estaba mal, sólo podía pensar en repetirlo desde el principio.

Capítulo Cinco

Una semana más tarde, Cricket se dirigía a casa de Harvey y Nadine Winfield para la cena de bienvenida de los nuevos profesores en su viejo Volkswagen escarabajo. Cuando llegó frente a la tradicional casita blanca, ya había muchos coches aparcados frente a la puerta. No vio el de Tucker, pero tal vez hubiera conducido Julie.

Harvey le abrió la puerta y ella le dio un emocionado abrazo que le hizo sonrojarse. A ella le encantaba hacer que el director se sonrojara.

–Tenéis una casa preciosa –dijo ella, tras echar un vistazo al salón.

Las paredes que no estaban forradas de libros, tenían fotos de Nikki y de sus hermanas a todas las edades. El efecto era acogedor y académico, como los propietarios.

Parecía que Tucker no había llegado aún y se sintió algo aliviada.

–¿Es Cricket? –preguntó Nadine saliendo de la cocina–. Estás preciosa.

Nikki, la amiga de Cricket, siempre le había dicho que en casa se sentía como en una cama con sábanas limpias y recién planchadas. Ahora entendía a qué se refería, y era gracias a la intensidad y al calor de Nadine.

–Tú también –dijo ella. Nadine llevaba un delantal y, sorprendentemente, un collar de perlas.

–¿Te gusta el trabajo en el instituto? –preguntó Nadine.

–Mucho. Me recuerda al lugar donde crecí –había estado desesperada por salir de Chino Valley, su ciudad, pero más por la limitada vida de sus padres que por el sitio en sí mismo. A veces echaba de menos la comodidad de conocer a todo el mundo.

–Me alegro. Nuestros jóvenes se van, así que estamos encantados de mostrar a otros lo feliz que se puede ser aquí.

–Veré si me gusta –no podía imaginarse viviendo allí para siempre, pero captaba el encanto del lugar.

–Ven a comer algo –dijo Nadine, tomándola del brazo y conduciéndola frente a la mesa del comedor, que crujía bajo el peso de los entrantes–. Empezaremos a comer cuando lleguen Tucker y

su mujer. El pollo se está haciendo a fuego lento.

Tucker. Ese nombre le producía escalofríos, pero se avergonzaba de no haber dejado de pensar en aquel beso día y noche.

Por un acuerdo silencioso mutuo, ambos se habían evitado desde lo del beso, excepto para la reunión del comité, pero no habían cruzado ni una palabra en privado.

Nadine puso un plato de porcelana en las manos de Cricket y empezó a amontonar aperitivos en él.

–Si me como todo lo que me estás poniendo, no me quedará sitio para la cena –protestó ella.

Nadine no le hizo caso y dijo:

–Ya sé que las chicas de ahora pasáis mucha hambre, pero no podéis sobrevivir a base de apio y yogurt. Te pondré unas sobras en un cacharro para que te lo lleves a casa.

–Gracias –dijo Cricket, sucumbiendo al ataque de maternidad de Nadine.

–Nikki y su marido, Hollis, van a venir con el niño de visita dentro de unas semanas. Quería que te lo dijera para ver si podéis juntaros con Mariah para poneros al día.

–Qué bien. Apenas veo a Mariah. Está muy ocupada.

–Ella y Nathan son muy felices, y su hija, la pequeña Ángela, es tan traviesa como solía serlo ella.

–Desde luego, parecen muy felices.

Hacía tres años, Mariah había vuelto desde Phoenix para convencer a su antiguo prometido, Nathan, de que no dejara el negocio familiar, una fábrica de dulces llamada Cactus Confections. Mariah logró su cometido, además de volver a enamorarse de Nathan y de la fábrica, y casarse con él. La niña tenía ya dos años.

–Hablando de todo un poco... ¿Te han presentado a Phil Williams? Es el entrenador –dijo Nadine, guiñándole un ojo–. Está soltero y es guapo, según tengo entendido.

Oh, sí, conocía a Phil. Ya la había invitado a salir un día a tomar una cerveza, pero ella esperaba que ese día nunca llegara. Tenía un cuerpo impresionante, a diferencia de su habilidad conversadora.

Nadine la condujo hasta él.

–Phil, no sé si has tenido tiempo de hablar con Cricket en el instituto. ¿Por qué no le cuentas los logros del equipo de fútbol de la pasada temporada?

Y Nadine se alejó, satisfecha por haber cumplido con su deber de alimentar y buscar pareja a sus invitados.

–Eso tiene buena pinta –dijo él.

–Sírvete –dijo ella, ofreciéndole el plato.

–Gracias –y tomó un pinchito–. Si quieres un poco de cerveza, aún no la he tocado –dijo, levantando su vaso de plástico.

–Pues sí –dijo ella. Él la miraba de un modo como si pensara «primero una cita y después a la cama desnudos»–. La verdad es que no tengo mucho tiempo para hacer vida social con todo el trabajo de clase –previno ella.

–Tal vez podamos quedar un día para ir a la bolera o algo así... físico, ya sabes.

–No me gustan mucho los deportes.

–Ah, entiendo –dijo él, tomando un poco de guacamole del plato de ella. Después la miró de arriba abajo–. ¿Cómo controlas tu peso comiendo de este modo?

–Compartiendo la comida con un amigo –dijo ella.

–Muy buena –dijo él, que ya había tomado otro bocadito relleno de su plato.

Ella echó un vistazo a su alrededor, deseando poder acercarse a algún otro profesor. Había dos mujeres y un hombre, que enseñaban Inglés, Historia y Matemáticas respectivamente. Todos tenían experiencia y estaban allí con sus esposos y esposas. Cricket era la única que se estrenaba del todo y la única soltera de todo el profesorado, exceptuando a la secretaria, cuyo tercer divorcio la había desencantado definitivamente de los hombres.

Los únicos profesores solteros eran Phil y el profesor de música, que era demasiado pulcro, ordenado y fan de Cher.

Ella suspiró y miró a Phil. Tal vez si se acostara con él no desearía tanto a Tucker. Era guapo, tenía una boca perfecta, la mandíbula cuadrada y los ojos claros. Se concentró en sí misma para ver si él provocaba alguna reacción en su cuerpo. Nada de nada.

Phil la miraba como si esperase que dijese algo.

–¿Así que tienes un buen equipo de fútbol? –dijo ella, buscando una vía de escape.

Phil se enfrascó en el análisis de las debilidades y puntos fuertes de sus jugadores, cuando oyó que alguien la llamaba. Cuando se volvió, se encontró con un abrazo enorme por parte de Julie. Tucker estaba a su lado y parecía incómodo.

–Estás preciosa –dijo Julie, dando un paso atrás para verla mejor–. ¿Verdad, Tuck?

–Sí –dijo él, y se aclaró la garganta–. Estás muy bien.

–¿Y quién es éste? –dijo Julie, levantando la vista hacia Phil, como si ella la hubiera estado engañando de algún modo.

Phil se pasó la mano por los pantalones antes de darle la mano a

Julie.

–Phil Williams. Entrenador. Encantado de conocerla.

Cricket le presentó a Julie.

–Tengo que decirle que su marido nos tiene trabajando sin parar –le dijo a Julie.

–Oh, sí –después Phil se dio cuenta de algo. Cricket casi podía leerle el cerebro: insultar al jefe, malo, alabar al jefe, bueno–. Pero es genial, en serio. Tenemos que mover nuestros perezosos traseros y asistir a esas reuniones.

–Phil me estaba explicando el potencial del equipo–dijo Cricket, agradecida de tener refuerzos.

–¿En serio? Me encanta el béisbol.

–Fútbol –corrigió Phil.

–También me encanta –dijo Julie–. Tucker, ¿puedes traernos algo de comida? –después agarró el plato casi vacío de las manos de Cricket y se lo pasó a Phil–. Phil, puedes acabarte esto mientras hablamos. Cricket puede ir a por más.

Cricket se dirigió a la mesa con Tuck, enormemente aliviada de haberse librado de Phil y de estar con él, aunque fuera un poco raro. Tomaron un plato cada uno, pero ninguno de los dos hizo ningún gesto para llenarlo. Parecía que no se pudieran quitar los ojos de encima.

–Estás preciosa –dijo él.

–Tú también –él llevaba una camisa azul y unos pantalones chinos; estaba mucho más sexy con ropa informal.

–Tú y Phil... ¿estáis juntos? –preguntó él.

–¿Con Phil? Imposible. No me gustan los deportes.

–Oh –parecía aliviado. Estaba muy guapo–. Parece que el grupo de mediación ha caído en picado.

Él buscaba desesperadamente un tema de conversación aparte de lo que había pasado entre ellos en aquella sala diminuta.

–Sí, eso parece.

–¿Qué podríamos hacer para levantarlo de nuevo?

–¿En serio quieres saberlo? –sabía que la respuesta no le iba a gustar.

–Claro.

–Tienes que dejar de venir a las reuniones.

–¿Cómo?

–No es por nada personal, pero tu presencia tiene un efecto intimidante en las reuniones.

–¿De verdad? –parecía dolido

–Los chicos tienen miedo de que si dicen algo controvertido o

delicado, llames a sus padres.

–Yo no haría eso.

–Claro, pero ellos no te conocen más que porque eres quien hace cumplir los castigos.

–¿Eso te han dicho ellos?

–Yo te he defendido, pero lo creen firmemente. Eres el hueso del instituto, Tucker, aunque en realidad eres como un osito de peluche.

–¿Un osito de peluche? –su cara casi se iluminó. A veces podía ser encantador–. ¿De qué cosas delicadas no pueden hablar delante de mí?

–Drogas, alcohol, problemas con sus padres y, sobre todo, sexo.

–El sexo es un problema.

–¿No me digas?

Él la miró y esbozó una sonrisa.

–No estoy hablando de eso. Los centros educativos están en una situación complicada en cuanto a la educación sexual. Incluso sin mí, no podrás tener charlas muy profundas sobre el tema.

–Los chicos son los que están en una situación más complicada y necesitan consejo de los adultos.

–Pero no en el instituto. A no ser que quieras notificárselo a sus padres por escrito.

–¿Estás loco? Si pudiera hacer que hablaran con sus padres, no tendríamos que hacerlo en el centro. Creo que...

–Buenas tardes, señor Manning. Señorita Wilde...

Ambos se volvieron a saludar a Bradford Long, el jefe del departamento de Ciencias, un hombre muy serio que siempre estaba pidiendo silencio a sus alumnos.

Por una vez, Cricket agradeció su intromisión, ya que evitó que Tucker le prohibiera hablar de sexo.

–Quiero darte las gracias por permitir que Cricket pase por tu clase para observarte –le dijo Tucker a Bradford. Tucker se había hecho cargo de algunas de sus clases para que Cricket pudiera ver a otros profesores, y Bradford era el que menos le había impresionado.

–Me gusta ser de ayuda.

–Me gustó tu clase del laboratorio –dijo Cricket, y era cierto, porque la había ayudado a manejar su propia clase.

–Gracias –dijo Bradford–. Dejas el laboratorio muy recogido después de tus clases –dijo, como si no se le ocurriera otra cosa que alabarle–. A mí también me costó un poco al principio, hasta que preparé todo el material necesario para mis clases.

Cricket le lanzó una mirada a Tucker. En sus clases, siempre dictadas, no había lugar para la espontaneidad ni la motivación de los estudiantes. Bradford parecía dispuesto a continuar explicándoles sus métodos cuando una mujer se acercó a él.

–No estarás aburriendo a estas personas, ¿verdad, Brad? –la mujer se volvió hacia ellos–. Hola, soy Helen, su mujer.

A Cricket le gustó y decidió que Bradford no debía de ser tan malo si aquella mujer lo quería. Charlaron un rato y después se alejaron, dejándola sola con Tucker.

–¿Le contaste a Julie lo que pasó? –preguntó ella, sin poder resistirse más.

–¿A Julie? Imposible, no me hubiera dejado en paz.

–¿Cómo?

–Oh, nada –dijo Tucker–. Nada.

–Se supone que me ibas a traer algo de comer –dijo Julie en ese momento, señalando los platos vacíos–. Ese Phil es realmente soso, Cricket. Perderías el tiempo con él.

–¡A cenar! –llamó en ese momento la voz de Nadine, cortando la conversación.

Cricket salió al jardín con Tucker y Julie, y tomó asiento en una de las mesas rojas de picnic frente a ellos. Había una preciosa puesta de sol, ambientada por el incesante canto de las cigarras. Las mesas estaban a reventar de comida casera y todo el mundo sonreía a la luz de las velas y las antorchas que les iluminarían en la velada.

Las ciudades pequeñas también tenían cosas buenas, pensó Cricket.

Tucker observó a Cricket sentarse frente a Anna y suspiró. No le sería fácil tenerla delante y no mirarla. Además, Anna y Cricket eran muy parecidas y escurridizas, y eso podía significar problemas.

Aquél tenía que ser el último viaje de su «esposa» a Copper Corners. Anna estaba encantada. Menos mal que Harvey se había sentado en el extremo opuesto de la mesa, o ella se hubiera ofrecido a preparar el baile de Navidad del instituto.

De vuelta a casa él le diría que ella había aceptado la ruta de extremo oriente por un periodo de tiempo indefinido. A ella no le gustaría aquello, pero había que hacerlo. Ya le había ayudado cuando había sido necesario y seguir con aquella farsa sería un desastre.

Tucker le pasó la fuente de las patatas asadas a la nueva profesora de Historia, sin dejar de oír la sensual y alegre risa de

Cricket.

Intentó concentrarse en lo que la profesora le contaba sobre los nuevos libros de texto, pero no podía dejar de mirarla hablar con Anna.

Estaba preciosa. La blusa blanca resaltaba el moreno de su piel. Llevaba el pelo suelto y su sonrisa siempre estaba dispuesta. Casi brillaba de energía y no podía creer que los demás no estuvieran mirándola.

–¿Has oído eso, Tuck? –dijo Anna, dándole un codazo en las costillas.

–¿Cómo? –dijo él.

–Cricket va a llevar al Club de Ecología a un pleno del Ayuntamiento para defender al mochuelo caribú.

–Al mochuelo caburé. Sólo mide unos quince centímetros, pero come escorpiones y pájaros más grandes que él.

–Parece un pajarito muy valiente –dijo Anna.

–Pero están muy amenazados por el hombre. La zona donde están construyendo la segunda fase del proyecto de desarrollo inmobiliario de la ciudad es el hogar de doce parejas. En el mundo sólo existen otras cincuenta.

–Así que Cricket va a llevar a los niños para que hablen en defensa del mochuelo –dijo Anna–. ¿No es genial?

–No sé, Cricket. La situación política está muy caldeada –él había leído los periódicos y sabía que la mayoría de la población estaba del lado de los constructores.

–Pero tiene que ver con la clase de Ciencias –dijo ella, con los ojos echando chispas y levantando la barbilla.

–Entiendo que es un proyecto muy atractivo –dijo él–, pero eres nueva en el instituto, y no creo que te convenga verte mezclada en asuntos espinosos. Deberías actuar con cuidado.

–Teniendo cuidado nunca se consigue nada importante –dijo ella.

–Estoy de acuerdo –dijo Anna–. Y las mujeres modositas nunca han hecho historia.

–Es un asunto de solidaridad. ¿Estás con nosotros o no?

–Lo que te estoy diciendo es que tienes que controlar la situación. Guía a los alumnos y no los dejes meterse demasiado a fondo en esto.

–Recuerdo que hicimos una campaña para salvar a los delfines cuando estaba en el colegio –dijo Anna–. Alguien llegó a acusar a mi profesora de ser comunista. Pobre, recuerdo que se echó a llorar en clase.

–Eso es lo que yo quiero decir –repuso Tucker–. No queremos que acabes llorando, Cricket. ¿De acuerdo?

–¿O sea, que es por mi bien? –dijo ella, traviesa.

–Le sienta peor a él que a ti –añadió Anna.

–¿Cuando crezcas me lo agradecerás?

Ambas se echaron a reír... se reían de él.

–Vosotras dos tenéis mucho peligro –dijo él, deseando echarse a reír también.

–Voy al baño –dijo Anna–. De camino le diré a Harvey que vigile a la Camarada Cricket, la Amenaza Roja del departamento de Ciencias.

No tenían piedad con él.

–Estamos de broma, Tucker –dijo Cricket.

–Ya lo sé –y ése era el problema. Aquello era serio, pero no podía hacérselo ver de aquel modo Toda su capacidad de persuasión y su autoridad se venían abajo ante el derroche de energía y la determinación de Cricket. Él esperaba que hiciese caso de sus consejos y que estuviera segura de lo que hacía.

Cricket estaba acabando con el último trozo de tarta de frambuesas cuando Nadine se levantó y dijo:

–¡Todos al salón a jugar al Pictionary!

A Cricket le encantaban los juegos, así que se levantó y siguió a la anfitriona, pero no llegó muy lejos porque Julie la agarró por un brazo.

–Tenemos que hablar –susurró, y después dijo en voz alta–. ¡Nadine, nosotras nos encargamos de fregar!

Tucker quiso ayudar, pero Julie le echó de allí y pronto las dos estuvieron manos a la obra. Julie le pasó una fuente a Cricket para que la secara y echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que estaban solas.

–Bueno, ¿qué ha pasado entre Tucker y tú esta semana?

–¿Cómo? –dijo Cricket, a punto de dejar caer la fuente.

–Y no digas que «nada», como Tucker. Se pone colorado cada vez que pronuncio tu nombre.

–Bueno... Julie, él quiere arreglar las cosas contigo. ¿No crees que debes darle una oportunidad? ¿Y si os dejáis aconsejar por un profesional?

Julie se echó a reír y después sacudió la cabeza.

–Eres muy buena.

Un móvil empezó a sonar y ella lo sacó del bolsillo de su

pantalón. Miró a la pantalla y dijo:

–Llevaré estas sobras a la despensa –y salió de la cocina hablando por teléfono.

Unos minutos más tarde, Cricket llevaba los platos que había acabado de secar al aparador. Podía oír a Julie hablando por teléfono, y aunque no pretendía escuchar, no pudo evitar oír con claridad la última frase, que la dejó helada:

–Yo también te quiero –dijo Julie en un susurro–. Ten paciencia, estoy en ello. Sí, yo también te echo de menos... ¿Cómo?... Pon crema y frótasela bien. ¿Te he dicho lo sexy que estás cuando haces eso?... Genial. Estoy haciendo lo que debo. Te quiero. Adiós.

Cricket estaba alucinada. El pobre Tucker intentaba salvar su matrimonio y Julie estaba en la despensa teniendo una conversación erótica con otro, en medio de la cena con los compañeros de trabajo de él.

Cricket seguía agachada, aferrada a los platos, cuando Julie salió de la despensa y estuvo a punto de tropezar con ella.

–¡Cricket! ¿Qué estás...? ¿Me has oído hablar por teléfono?

Cricket se levantó.

–Eso no está bien. Tienes que decírselo todo a Tucker.

–Demonios –dijo Julie, más molesta que avergonzada–. Tucker me matará, pero tengo que decirte la verdad. Ven aquí –la agarró de un brazo y la metió en la despensa.

Cricket oía las risas y las voces del salón, donde deseaba estar en aquel momento, en lugar de en una despensa escuchando las confesiones de una esposa adúltera.

–Júrame que le dirás a Tucker que me obligaste a contártelo –dijo Julie.

–¿Qué? –Cricket no entendía cómo Julie estaba cada vez más animada. Pobre Tuck.

–Te tomo la palabra. Allá va: el hombre con el que estaba hablando ahora mismo...

–¿Sí?

–Es mi marido.

–¿Tu qué?

–Mi marido. El hermano de Tucker, Forest.

–¿El hermano de Tucker? –Cricket se quedó mirando a Julie, asombrada.

–Es una larga historia que Tucker podrá explicarte, pero, resumiendo, cuando Harvey le ofreció a Tuck el trabajo, la chica que había pasado la noche con Tucker, Julie, respondió al teléfono. Harvey supuso que era la esposa de Tuck y él creyó que sería mejor

no sacarlo de su error. Por eso de las ciudades pequeñas y los hombres solteros.

–¿Qué pasa con las ciudades pequeñas y los hombres solteros? –¿de qué le estaba hablando?–. Pero tú eres Julie...

–No. Me llamo Anna. Me ofrecí para fingir ser Julie, su esposa, para ayudarle y dar buena impresión. Él realmente no quería, pero le convencí. Cuando te conocí, esperé que... bueno... que con un beso se arreglase todo.

–¿Un beso?

–Sí. Y ahora que tú lo sabes, también puede arreglarse.

–Entonces, ¿el hombre de la crema era tu marido?

–Sí. Iba a meter a los niños en la cama y necesitaba ayuda. ¿Por qué los hombres se convierten en unos incompetentes con los niños?

–¿Tú y el hermano de Tucker tenéis niños? ¿Y Tucker está soltero?

–Libre como un pájaro. Así que ahora puedes decirle que lo sabes y dejar que pase lo que tenga que pasar. Tendréis que ser discretos, porque todo el mundo cree que él está casado. No sé qué querréis hacer con respecto a eso, pero estoy segura de que idearéis algo.

Cricket no salía de su asombro.

–¿Por qué no me lo dijo?

–Pensé que al final lo haría, pero se le ha metido en la cabeza que tiene que ser serio y cuidadoso, y estar centrado en el trabajo todo el tiempo.

–Entiendo... –comprendió que Tucker llevaba el anillo como el que lleva una cruz para ahuyentar a los vampiros.

–No os diré qué hacer, pero no me importará huir con mi copiloto o con un pasajero rico para que vosotros podáis estar juntos.

Ella sacudió la cabeza.

–Por favor, no...

–Es demasiado pronto, ¿verdad? Habla con Tucker. Nada de esto hubiera sido necesario si no hubiera pasado lo de Melissa.

–¿Melissa? ¿Quién es Melissa?

–La mujer por quien se volvió loco en su antiguo instituto. Te contará el resto cuando te cuente lo de Julie. Será mejor que salgamos de aquí.

¿El resto? ¿Qué más podía haber? Se dejó caer sobre un saco de patatas.

–¿Estás bien? –dijo Julie–Anna.

–Sí, pero tengo que pensar en todo esto.

–Pues date prisa, porque parece que se lo están pasando en grande en el salón.

Genial. Tucker había estado jugando con ella desde el primer día, aferrado a su historia. Incluso el día del beso, devorado por el deseo, y no había confesado nada.

Aquello le había dolido y molestado. Y le hacía pensar hasta dónde podría provocarlo…

Capítulo Seis

Cricket se sentó en el asiento trasero del coche de Tucker. Julie le había dicho a Harvey que ellos la llevarían a casa, puesto que había bebido un poco. No había tomado más que una cerveza, pero no iba a empezar una discusión por eso, así que ahora estaba allí sentada, con tres cacharros de sobras que le había obligado a llevarse Nadine. ¿Por qué todo el mundo la obligaba a comer?

Aún sin recuperarse de la revelación de Julie, estaba deseando llegar a casa. Necesitaba tiempo para decidir qué hacer y qué decir sobre el secreto de Tucker.

–Estoy muy cansada, Tuck –dijo Julie en ese momento–. ¿Puedes dejarme a mí primero en casa?

–¿Que te deje en casa?

–Está de camino y luego puedes llevar a Cricket.

Seguía manipulando. Lo que quería era que Cricket hablara con Tuck a solas, estaba claro, pero ella no estaba preparada todavía.

–A mí no me importa –dijo Cricket.

–No creo que sea una buena idea, «cariño» –dijo Tucker, pero sonó muy falso. ¿Cómo había podido creérselo antes?

–Claro que sí –dijo Julie.

–Creo que Cricket está muy cansada, ¿no es verdad, Cricket?

Ahora él hablaba por ella. ¿De qué tenía miedo? De repente se sintió harta de que jugaran con ella y decidió invertir los papeles.

–En absoluto. Deja a Julie primero en casa y así tú y yo podremos hablar tranquilamente.

–¿Hablar?

Él la miró a través del espejo retrovisor con las manos aferradas al volante y ella le dedicó una dulce sonrisa. «Espera y verás».

¿Qué pretendía Anna? Se preguntaba Tuck. Y Cricket. Ellas dos habían pasado mucho tiempo juntas a solas en la cocina. ¿De qué habían hablado? En el espejo podía ver cómo le brillaban los ojos a Cricket. Tragó saliva con dificultad.

Tal vez debiera decirle la verdad, pero ella pensaría que él era un idiota y no querría volver a hablar con él. Además, si ella supiera que él estaba soltero, y él supiera que ella lo sabía, se

pondrían a ello como dos diablos de Tasmania, o como conejos o como algún otro animal con una vida sexual muy activa. Y se metería en el lío más grande de su vida.

Dejaron a Anna a la puerta de la casa y Cricket se pasó al asiento delantero. Su falda dejaba ver buena parte de su pierna. Tucker se dirigió al barrio de caravanas donde vivía Cricket.

Para distraerse del cosquilleo que empezaba a notar a la altura de la cremallera del pantalón, Tucker no dejó de hablar de cosas sin importancia hasta que llegaron al barrio de Cricket. Hablaron de la cena, del jefe del departamento de Ciencias y de los mochuelos caburés. Por fin, Cricket le indicó su caravana y él frenó. Ella salió del coche con los cacharros de Nadine en las manos y le invitó a pasar a tomar un café.

–Será mejor que vuelva –dijo él.

–¿Qué? –dijo ella, apoyada en la puerta del coche–. ¿Me tienes miedo? –aquella posición dejaba buena parte de su escote al descubierto.

–No está bien.

–Vamos, te reto. Sólo será una taza de café y un poco de la tarta de Nadine, si quieres.

–Es una oferta tentadora, pero...

–¿Pero qué? ¿Tienes miedo de que te enseñe mi... póster de especies en peligro? –ella levantó las cejas, queriendo hacerle reír... y que deseara besarla. Por todas partes–. Vamos, Tucker. Prometo no atacarte.

Demonios, tomaría una taza de café con ella aunque no fuera más que para borrar esa cara de «no puedes conmigo». Podía controlarse. Se frotó el anillo mágico.

El interior de la caravana era como una vuelta a los sesenta. Las paredes eran de color rosa brillante con margaritas pintadas por todas partes. Los muebles eran verde brillante, como el sofá de terciopelo, y eso combinado con el aroma a vainilla y canela que impregnaba el lugar, era como un ataque a los sentidos.

–Aquí está mi póster –dijo ella, señalando un enorme póster de animales que colgaba encima del sofá.

–Muy bonito –dijo él, mirándolo. Después miró a Cricket, que le correspondía.

–Lo que te he dicho de que no te atacaría... –dijo ella, mirándolo como si quisiera comérselo de postre.

–¿Sí?

–Te mentí – ella le rodeó el cuello con los brazos y lo empujó hacia el sofá para empezar a besarlo.

–¿Qué estás haciendo? –dijo él, apartándose.

–¿Tú qué crees? Te estoy atacando.

–No podemos hacerlo.

Ella se colocó mejor en su regazo.

–¿Por qué vamos a luchar contra ello? Eres humano y sabes que esto es lo que quieres –dijo ella, tomándole una mano e introduciéndola por debajo de su blusa. Él se quedó sorprendido al notar que no encontraba el sujetador, sólo dos firmes pechos con dos frambuesas coronándolos.

–Pero… estoy…. casado… –gruñó él, besándola entre palabra y palabra, notando una fuerte erección.

–Si me vuelves a enseñar ese anillo, gritaré.

Y después de eso, él se perdió. Volvió al sofá de la universidad, con los labios de ella sobre los suyos, con aquel aroma llenándole la cabeza. Y esa vez tenía sus pechos en las manos, sus pezones entre sus dedos y nada que lo detuviera de seguir adelante.

Él saboreó el interior de su boca y apretó suavemente sus pezones, un movimiento que pareció electrizarla. Ella gimió y tembló. Él siguió y la tocó del modo que había deseado aquel día y como no lo había hecho con Sylvia.

Deseoso de un mayor contacto, él deslizó la mano desde sus magníficos pechos hasta sus braguitas, y las encontró húmedas y cálidas. Presionó ligeramente y después recorrió su sexo con un dedo.

–Oh –gimió ella, apartándose y mirándolo con los ojos muy abiertos, como si no hubiera sido eso lo que ella deseaba.

Metió el dedo bajo la tela y la tocó donde estaba hinchada, húmeda y suave al tacto.

–Sí –dijo ella, moviéndose contra sus dedos, enseñándole lo que le gustaba.

Él siguió acariciándola, sin dejar de apretarle los pezones con la otra mano. Ella arqueó el cuerpo.

–Qué bien –dijo ella–. Sabía que lo harías muy bien…

Sus movimientos se volvieron frenéticos y él sintió que ella estaba cerca del clímax.

De repente, ella se dejó caer sobre su pecho, jadeando para respirar.

–Cricket –dijo él, soltándole el pecho para acariciarle el pelo, feliz de haberla complacido. Lentamente apartó la mano de su sexo.

–Ha sido muy intenso –ella parecía confusa. Se apartó el pelo de las mejillas y sonrió con los labios enrojecidos por los besos–. Ahora te toca a ti –dijo ella, alargando la mano hacia su cremallera.

Sí, sí. ¿Por qué habían esperado tanto? Después de todo, él no estaba casado…

Pero Cricket no lo sabía.

Él se quedó helado y le interceptó la mano antes de que pudiera tocarlo.

–Para. Esto está mal –la levantó de su regazo y la sentó a su lado. Se inclinó hacia delante apoyando los codos sobre las rodillas y hundiendo la cabeza entre las manos–. Lo siento mucho, Cricket. No sé qué pensarás de mí.

Aquello no era divertido, pensó Cricket al verlo tan devastado. El pobre ni siquiera había esperado a obtener su orgasmo antes de que el sentimiento de culpa hiciera presa en él.

Ella había querido ser un poco mala con él por haberle mentido, darle un poco de su propia medicina y recordarle que no era perfecto. Pero se había pasado y había llegado al orgasmo. Ella también se sentía culpable.

–Soy una persona honrada –dijo él, angustiado–. Tengo que explicarte algo, Cricket. Te mereces la verdad.

Iba a confesarlo todo.

–No tienes que hacerlo, Tuck.

–Oh, claro que sí –dijo él–. Mira, no estoy realmente…

Ella le puso un dedo sobre los labios.

–Ya sé que no estás casado.

–¿Te lo dijo Julie?

–Anna, más bien. La oí hablar por teléfono con su marido y creí que estaba teniendo sexo telefónico, pero él estaba bañando a los niños. El caso es que me lo contó todo.

Él suspiró.

–Fue una mala idea desde el principio.

–¿Por qué no se lo dijiste a Harvey desde el principio? Estoy segura de que sabe que a veces la gente se acuesta con otras personas.

–Es una larga historia.

–Es lo de Melissa, ¿verdad?

–¿Te dijo lo de Melissa?

–Me dijo que tú me lo dirías –se sentó en su regazo y le puso los brazos alrededor del cuello–. Vamos, cuéntamelo.

–¿Tengo otra opción?

–No –dijo ella, acariciándole la oreja con la yema del dedo.

Él respondió con un escalofrío que a ella le gustó. Después le contó todo lo de Melissa, las chicas del equipo de voleibol, cómo perdió el trabajo con Ben Alton y que tenía que demostrar en

Copper Corners que valía y que podía estar alejado de asuntos sexuales. Luego le contó lo de Julie respondiendo al teléfono y cómo le propuso pasar por Las Vegas. Hasta se rió en esa parte.

–Hubiera funcionado si no hubieras aparecido tú aquí y fueras tan irresistible.

–Lo siento –dijo ella, pero no lo sentía en absoluto.

La miró primero a la cara, y luego sus ojos bajaron hacia su pecho. Él suspiró como un niño en una pastelería.

–Adelante –susurró ella–. Son todos tuyos.

Ella le puso una mano sobre su pecho, por debajo de la blusa.

–Me estás matando, Cricket –dijo él, sonriendo travieso–. Y si sigues así, acabarás con mi carrera.

–No va a pasar nada. Yo soy la única que lo sabe. Y creo que ya es hora de ese café que te prometí.

–¿Café?

–Me acabas de dar una taza de café instantáneo, pero ahora podemos tomarnos nuestro tiempo y te haré un doble expreso con nata y una pizca de canela.

–¿Y tus vecinos? –él señaló la ventana de la izquierda.

Ella alargó la mano sobre él y apagó la luz, dejando que la luna los iluminara.

–Ya está.

–Pero mi coche está aparcado frente a la puerta.

–Tendrás que marcharte antes de que la vecina saque su pekinés a pasear, así que tenemos hasta el amanecer –dijo ella, besándole el cuello.

–¿Qué voy a hacer contigo? –preguntó él, enredando los dedos en su pelo–. Besas como si lo hubieras inventado tú, y no puedo pensar más que en cómo sabes y cómo hueles –se inclinó y le rozó los labios solamente, un beso como un susurro que casi la derritió–. Pero si me pillan haciendo esto, sólo podré pensar en ti.

–Esto te despejará la cabeza para que puedas estar más concentrado en el instituto –dijo ella, devolviéndole los besos, lamiéndole los labios, pero podía notar que se estaba conteniendo.

–No. No puedo hacerlo. Soy un hombre casado en casa de una profesora soltera a la que superviso, a solas, después de las diez de la noche y con las luces apagadas. Esto es una ciudad pequeña y todo el mundo se entera cuando compras un paquete de preservativos.

–Por suerte, no los necesitas. Tomo la píldora, y si estás sano, podemos seguir adelante.

–No es eso, aunque estoy sano, por si te interesa –carraspeó–. Ya

he metido la pata una vez, Cricket. Esto tiene que acabar. Aquí y ahora.

Él se puso de pie. En sus ojos no quedaba nada del brillo de antes y su sonrisa había desaparecido igualmente.

El deseo sexual de Cricket se fundió como el hielo en agosto. Las emociones aparecían y desaparecían rápidamente para ella, y parecía que todo había acabado con Tucker Manning. Su reacción hacia él había sido un poco extrema. No tardaba mucho en llegar al clímax, pero casi había explotado desde la primera caricia.

Debía de tener algo que ver con lo delicioso que era estar entre sus brazos. Era como si hubiesen sido hechos el uno para el otro. Deseaba tocarlo, y que él la tocara.

Probablemente fuera el deseo de lo prohibido: en la universidad era de Sylvia y ahora estaba casado. O algo parecido. Y ya había tenido lo que deseaba.

Pero él no había estado dentro de ella. No había sentido el momento glorioso de su entrega. No habían estado juntos desnudos, resbaladizos de sudor, no se habían hecho confesiones entre susurros de deseo y pasión.

Oh–oh... otra vez se estaba encendiendo. Y no quería que él lo viera. Se levantó y se dirigió a la puerta. La abrió y sacó la cabeza, haciendo como que comprobaba si había vía libre.

–No hay moros en la costa –susurró ella, teatrera–. Si alguien me pregunta, le diré que tenía un problema con la fontanería. O mejor, de electricidad. Tú me has arreglado un cortocircuito.

–No quiero hacerte daño, Cricket, pero creo que sería mejor que lo dejáramos.

–Por favor –dijo ella, levantando la mano–. No pasa nada. Tienes razón. Sólo siento que no haya sido genial también para ti.

–Para mí también lo ha sido. Y en otro lugar y en otro momento...

–No hubiera habido tregua, ya lo sé –dijo ella–. Esto podría estar mal visto por tu puesto y por tu historial. Te entiendo.

Le molestaba que a él le resultara tan fácil controlarse, cuando ella, que ya había tenido un orgasmo, estaba aún temblorosa. Él debía de estar tenso y duro como el metal.

A ella tampoco le gustó que él se alejara de allí con las luces apagadas, como un delincuente huyendo de la escena del crimen. Pero probablemente para él aquello fuera casi un delito; para ella, sin embargo, el delito era dejarlo antes de haber siquiera empezado.

Miriam Fieldman, Presidenta del Club Ecología Ahora, leyó el artículo del periódico a los miembros del club reunidos en la clase de Cricket.

–«Un grupo de estudiantes del Instituto Copper Corners habló en contra de la segunda fase del desarrollo urbanístico de la ciudad en el pleno del Ayuntamiento de anoche –leyó en voz alta–, por ser un genocidio para el mochuelo caburé». Lo de genocidio lo dije yo –dijo la chica, con la mirada iluminada. A Cricket le recordó a ella misma a su edad.

–Sigue leyendo –le dijo su novio, Jason.

–De acuerdo. «Alegando que el proyecto destruiría el hábitat del ya escaso mochuelo caburé, especie nidificante en la zona, los estudiantes pidieron un estudio de impacto ambiental. Los adolescentes, que llenaban la sala, crearon tal escándalo que el pleno votó continuar escuchando sus testimonios en la próxima reunión». Ésta es tu parte, Cricket –dijo Miriam–. «Los alumnos del instituto Copper Corners están en su derecho de participar en las vida administrativa de nuestra ciudad –dijo Cricket Wilde, profesora de Ciencias y encargada del Club Ecología Ahora–. Ellos también tienen voz y deben hacerse escuchar». Genial –dijo Miriam, y el resto de los alumnos estuvo de acuerdo con ella.

Cricket sintió cierto temor. El artículo daba a entender que el instituto se sumaba a las ideas de los estudiantes. A Harvey y a Tucker no les gustaría, ni tampoco el resto del artículo, que continuaba de un modo más beligerante de lo que le había parecido el día anterior.

–¿Señorita Wilde? –la voz sonó por el intercomunicador. Era Tucker y no parecía contento.

–¿Está en un lío? –preguntó Miriam con un susurro.

Muy probablemente.

–¿Sí? –dijo ella, como si estuviera hablando con Dios.

–¿Puede venir a mi oficina, por favor?

–Estoy en una reunión en este momento.

–Venga después, en ese caso.

–De acuerdo –había dejado claro que estaba molesto.

–¿Dónde estábamos? –preguntó ella a los alumnos, intentando no sentirse nerviosa. Había pasado una semana desde su encuentro en su caravana, y Tucker y ella se habían mantenido a distancia, aunque ella pensaba a menudo en él. Demasiado a menudo.

–Si los mochuelos caburés pudieran hablar, nos darían las gracias –dijo Jenna.

Todos se volvieron hacia ella. Era la primera vez que hablaba en

una reunión sin que le hubieran hecho una pregunta.

–Exacto –dijo Miriam.

Jenna enrojeció. Cricket se dio cuenta de que era bueno para ella y que tenía que darle unos consejos acerca del borrador de su proyecto.

–Lo que hemos hecho es importante –habló Miriam–, porque alzamos la voz por unas criaturas que no pueden defenderse a sí mismas.

Los chicos valoraron la declaración durante unos segundos. Después discutieron los siguientes pasos a dar, como distribuir hojas de firmas para «Salvar al mochuelo caburé» en la ciudad y en el instituto. Miriam se encargaría de pedirle a su padre que hablara con un abogado para ver si se podía detener legalmente el plan de desarrollo hasta que hubiera un estudio ambiental.

Cricket se sintió como Pandora, insegura acerca de la caja que acababa de abrir, pero los chicos estaban tan emocionados que tenía que seguir apoyándolos.

Al final de la reunión, Cricket llamó a Jenna a su mesa.

–Tu trabajo necesita unos retoques –le dijo–. Unos cuantos datos más que sustenten tus valoraciones.

Jenna dejó caer la vista al suelo.

–Me dijiste que escribiera lo que sentía –murmuró.

–Pero necesitas hechos a los que agarrarte. Cuando unes hechos y sentimientos, tienes mayor capacidad de persuasión. Estoy de tu parte, Jenna. ¿Cómo puedo ayudarte?

–No sé cómo encontrar más datos –dijo, mirando a Cricket sólo un segundo–. El ordenador de casa está estropeado y la bibliotecaria siempre está ocupada.

A Jenna le costaba comunicarse con la gente, y Cricket lo sabía. Sin un pequeño impulso, la motivación de la chica desaparecería y Cricket tendría que ponerle una nota poco brillante.

–Haremos una cosa. Yo suelo ir a la biblioteca los miércoles después de clase. Tal vez pueda darte unas cuantas pistas.

–¿En serio?

–Claro.

–Genial –dijo ella, y sonrió–. Allí estaré –y salió de la clase con paso enérgico.

Un progreso. Cricket había animado a Jenna a acudir a las reuniones, a hablar y ahora le enseñaría cómo hacer una búsqueda de datos. Aquella chica estaba dando un cambio tremendo ante sus ojos y eso era lo que daba sentido a su trabajo.

Ni siquiera una reprimenda del subdirector conseguiría

marchitar la satisfacción que sentía Cricket en aquel momento. Se levantó y fue a encontrarse con su destino... mordiéndose el labio inferior.

Estaba nerviosa, desde luego. Sólo llevaba un mes y medio en el instituto y ya se había ganado una reputación de conflictiva. Si quería mantener su puesto, tenía que hacer que Harvey y Tucker la apoyaran. Además, necesitaba la aprobación de Tucker para el grupo de mediación de alumnos que había planeado formar, pero decidió hablarle de eso otro día.

Probablemente fuera bueno que Tucker y ella discutieran. No entendía cómo lo deseaba tanto. Él no era su tipo, demasiado estricto y conservador, así que ¿por qué se moría por él?

Tal vez necesitara tener relaciones sexuales con alguien. El sábado iría a Tucson con Mariah a un concierto de jazz de su marido, saxofonista aficionado; tal vez conociera a alguien en el bar. En la puerta del despacho de Tucker vio al entrenador, Phil.

–Hola, Cricket –dijo Phil.

¿Qué tal con él? Nah, decidió ella mientras le saludaba con la mano y pasaba de largo. Quería a alguien que la volviera loca... alguien como el hombre que había al otro lado de la puerta. Con un suspiro, llamó con los nudillos.

Tucker sintió la presencia de Cricket antes de oírla hablar con Phil, que desde luego estaba intentando algo con ella. Deseó que ella se diera cuenta de que ese tipo era un idiota, pero la verdad era que a él no tenía que importarle.

Se había mantenido lejos de ella después del asunto de la caravana y el sofá verde de terciopelo. El ser capaz de marcharse de allí aquella noche le había devuelto la fe en sí mismo, aunque no había podido pegar ojo hasta el amanecer, deseoso como estaba de conducir de nuevo hasta su casa y hasta su cama.

Iba a encontrarse con ella en su despacho, cara a cara, a solas. El corazón le latía en el pecho a toda velocidad, como el de un chiquillo enamorado. No podía apartársela de la mente; el modo en que se movía contra sus dedos, el sonido de sus gemidos...

La conversación que iba a tener con ella acabaría con todo eso. Harvey había rodeado el artículo del periódico con rotulador rojo y había escrito al lado: *Tenemos que hablar sobre ello*. El alcalde, según Harvey, estaba muy molesto y el presidente del Consejo Escolar era el abogado de la inmobiliaria que se encargaría del plan urbanístico. Tucker tenía que conseguir que Cricket parara todo

aquello.

Llamaban a su puerta. Tenía que ser Cricket. Se levantó a abrir la puerta, pero ella no esperó.

–¡Hola! –dijo, sorprendida de lo cerca que lo tenía–. ¿Querías verme?

«Sí, desnuda».

–Siéntate –dijo él, sentándose tras su escritorio para ocultar la evidencia del efecto que ella tenía sobre él: cada vez que lo miraba le hacía endurecerse como la roca.

Cricket se sentó frente a él.

–¿Qué querías? –dijo, sus pechos subían y bajaban acompañando a su respiración, como si le dijeran «tócame, saboréame». Pero ella no estaba provocándolo. Estaba nerviosa.

Él carraspeó ligeramente y señaló el artículo del periódico.

–Lo he leído. ¿Hay algún problema? –a pesar del tono de desafío, parecía preocupada.

–¿Le dijiste al periodista lo que aparece aquí escrito? –preguntó él.

–Más o menos –dijo ella, inquieta sobre su asiento–. Pero leído suena peor.

–Te advertí sobre esto, Cricket. Eres nueva y debes tener cuidado. El Consejo Escolar y el Ayuntamiento están molestos por las acciones de los estudiantes.

–Ha sido una experiencia de aprendizaje, Tucker, y ha sido muy importante para los chicos.

–Olvídate de las protestas públicas, Cricket, y céntrate en las clases. Puedes organizar un debate en clase y que los chicos presenten sus ideas.

–Pero ellos quieren hacer algo. Quieren marcar la diferencia.

–Recoge dinero para una organización conservacionista, para la Amazonia o para las ballenas. Podéis servir comida en un albergue para gente sin hogar, o cualquier otra cosa que no implique controversia.

–No me digas que es por mi propio bien –dijo ella, suspirando, y él vio que estaba cediendo. Lo miró–. De acuerdo, hablaré con ellos. Van a hacer hojas de firmas y van a hablar con un abogado. Tal vez con eso baste.

–Olvídate de la acción legal. Que sigan adelante con las peticiones.

–Pero...

–Puedes ayudar a los estudiantes sin arriesgar tu puesto.

–Lo entiendo. De acuerdo.

–Le contaré tu plan a Harvey para que tranquilice al Consejo Escolar.

–Gracias –ella le sonrió–. ¿Eso es todo?

–Sí –se levantó de su escritorio para acompañarla a la puerta. Cuando estuvieron uno al lado del otro, el recuerdo del beso de la caravana se hizo más vivo–. ¿Estás bien? –preguntó él suavemente.

–Más o menos... ¿Y tú? –Cricket estaba a sólo unos centímetros de él, y sus pechos subían y bajaban, invitándole a tocarlos. Él podía oler su piel, ver las pinceladas marrones en sus ojos verdes, el terciopelo de sus mejillas...

El reloj de pared dejaba oír su tic–tac en el silencio.

–No puedo dejar de pensar en lo de la otra noche –dijo ella por fin.

–Yo tampoco –su pulso se aceleró... a la vez que otras partes de su cuerpo. Estaban solos en el edificio, él lo sabía, pues hacía mucho que habían acabado las clases. Dwayne y su ayudante serían las únicas personas en el recinto escolar en ese momento...

Él podía besarla, como había hecho en el almacén. Se moría por sentir sus labios y el sabor de su boca. Podía agarrarla entre sus brazos y caer sobre la moqueta para hacer el amor, sin pensar en nada más que en ellos mismos.

Ella sentía lo mismo, podía verlo. Estaba temblando y respiraba con dificultad. Cricket inclinó la cabeza, levantó los labios y...

–Tuck, soy Dwayne –la voz sonó por el intercomunicador y ellos se apartaron el uno del otro como si les hubieran descubierto.

–Sí, estoy aquí –dijo él.

–Si no estás muy ocupado, me gustaría que te pasaras por el gimnasio para mostrarte el asunto de la puerta de la parte trasera del escenario.

–Claro, no hay problema –dijo Tucker, intentando controlar el aliento–. Ahora voy.

Cricket lo miró sorprendida.

–No te vayas.

–Tengo que hacerlo. Esto es una locura, Cricket –le acarició el pelo y la piel, tan suaves.

–Vayamos a algún sitio –dijo ella–. Hay un motel en la carretera de Tucson. Se llama El Escondite.

–Lo conozco –dijo, con la respiración aún acelerada–. ¿Pero y si alguien nos viera? Aun sin contar con mi matrimonio fingido, soy tu jefe, Cricket –pero lo deseaba de veras.

Ella tomó una de sus tarjetas de visita del escritorio.

–Te llamaré al móvil dentro de un rato.

–No lo hagas, en serio.

–Tenemos que hacerlo. Podemos ser discretos.

–No podemos –dijo él.

Ella le guiñó un ojo al salir por la puerta.

¿Habría aceptado ella su decisión? No estaba seguro. Se quedó allí parado unos segundos y después tomó aliento para ir a encontrarse con Dwayne.

Capítulo Siete

Dwayne le enseñó a Tuck cada reparación que habían hecho en el gimnasio con gran minuciosidad. Parecía que el hombre quisiera un poco de compañía, pero Tuck no podía pensar a derechas tras el encuentro con Cricket.

–Hay que cambiar estas cerraduras –decía Dwayne–. Y esta puerta se ha hinchado por la humedad, así que hay que lijarla.

–¿Necesitarás ayuda?

–Creo que puedo apañármelas, pero necesitaré un poco de dinero para comprar algunas piezas.

–Como quieras, pero daré aviso a la Consejería de Educación por si necesitamos algo de ellos.

Después, Dwayne le condujo al exterior hablando de barnices para madera y cosas similares. Al menos eso distrajo a Tucker de pensar en Cricket. Gracias a Dios que no había salido corriendo a un motel como un esposo adúltero.

En ese momento sonó su móvil.

–¿Sí?

–Habitación dieciséis –dijo la sensual voz de Cricket.

–Oh, hola, Forest –dijo, echándole una mirada a Dwayne–. ¿Qué pasa?

–¿Forest? Ah, ya entiendo. Aún estás con Dwayne.

–Sí –dijo, sintiéndose un poco idiota–. ¿Qué querías?

–Tienes que venir ahora. Por favor. Lo necesitamos y nadie se enterará, te lo juro.

Tucker vio que Dwayne esperaba a que acabara de hablar. Pensó en la habitación del motel donde Cricket y él podrían hacer el amor sin ser molestados toda la noche. Ambos eran solteros y mayores de edad, y tal vez lo necesitaran.

Al escuchar la voz de Cricket, la necesidad que tenía de él, supo que no podría decirle que no.

–Me encantará vigilar a los niños –dijo con un suspiro.

–Mmm... ¿Y meterme en la cama también?

–Claro –dijo él sintiendo que se ponía rojo.

–¿Y me leerás un cuento? ¿En Braille? ¿Con los dedos?

–Sí, llegaré en cuanto pueda –dijo él, tragando saliva.

–Oh, claro que espero que «llegues» esta vez –dijo ella,

utilizando un doble sentido–. Esta vez te toca a ti.

–Te veré luego.

–Te estaré esperando. Desnuda.

–Me alegra oírlo –apagó el teléfono y se volvió hacia Dwayne, con la mano aún temblorosa.

–¿Va todo bien? Estás un poco pálido.

–No pasa nada. Era mi hermano. Quiere que cuide de sus gemelos de tres años –¿por qué le daba tantos detalles?

–No hay que ponerse nervioso por eso –dijo el conserje–. Los niños son geniales. Sólo tienes que relajarte y jugar con ellos. Todo irá bien.

Claro. Jugar. Se estaba convirtiendo en un especialista en eso. Después de unos cuantos consejos más sobre cuidados infantiles, Tucker consiguió escaparse y una hora más tarde llamaba a la puerta del motel.

–¿Santo y seña? –preguntó la voz risueña de Cricket.

–¿Suicidio laboral?

Ella abrió la puerta y lo obligó a entrar. Llevaba una bata de seda negra con un dragón bordado sobre cada pecho. Él no tenía ninguna duda de que no llevaba nada debajo.

Él dejó caer su mochila, donde llevaba una muda de ropa y el cepillo de dientes, y la atrajo hacia sus brazos, hundiendo la cara en su cuello.

–Me moría por ti –dijo él.

–Yo también –dijo ella, apoyándose sobre su cuerpo–. Aquí estaremos seguros y nadie nos molestará.

Él echó una mirada a la habitación, que era tan rosa como su caravana. En la mesilla había una botella de champán y un par de copas.

–Has ido de compras –dijo él.

–Y tú llevas demasiada ropa encima –dijo ella, ocupándose de sus botones–. El problema es que nos hemos negado el uno al otro. Por eso nos deseamos tanto.

Le abrió la camisa y le acarició el pecho, cerrando los ojos de placer. Él imaginó dónde irían después esos dedos y qué harían. Ella empezó a ocuparse de los botones de los puños.

Él acabó por ella y tiró la camisa al suelo.

–¿Después todo volverá a la normalidad? –dijo él, sabiendo lo improbable que era aquello y sin importarle, con sus brazos rodeándole el cuello y aquellos pechos contra el suyo. Ni con un vehículo de asalto conseguirían apartarle de ella en ese momento.

«Pobre Tucker», pensó Cricket. «¿Por qué lo tiene que pasar tan mal para tener un encuentro sexual?» Él la agarraba como si no fuera a soltarla nunca, pero seguía conteniéndose.

–Tucker, estás conmigo. No estás engañando a nadie.

–Sólo a mí mismo.

–No. Te estás ayudando a ti mismo –tenía que atraer su atención antes de que se sintiera demasiado culpable y decidiera dejarlo, así que dio un paso atrás y se quitó la bata, invitándolo a mirarla.

Ella sintió una punzada de vergüenza hasta que vio su expresión, primero asombrada y después hambrienta.

Él la tomó entre sus brazos, donde ella se derritió contra su cuerpo. Él se inclinó y la besó. La libertad de estar en una habitación privada, de poder hacer lo que quisieran durante cuanto tiempo quisieran hizo que aquel beso fuera largo, lujurioso y profundo. Mucho mejor que los besos furtivos y llenos de culpabilidad que se habían dado hasta entonces.

Tucker bajó las manos para tocar su cuerpo desnudo, enviando una oleada de deseo y necesidad a su sexo.

–Desnúdate –pidió ella, y él no dudó un instante en ponerse manos a la obra.

Él era muy atractivo. Musculoso, pero no exagerado, y su erección la estaba llamando a gritos.

Él la sorprendió levantándola en sus brazos. Ella lo abrazó por el cuello y disfrutó del paseo hasta la cama. Él deseaba empezar cuanto antes, y ella se lo agradeció. Estaba deseosa y sentía un ardor entre las piernas.

Tucker la tumbó en la cama. Ella ya había apartado las mantas, y se acostó a su lado, poniendo un muslo entre los suyos.

Ella no pudo contener un gemido.

–Te he deseado desde aquella noche hace seis años –dijo él, acariciándole el pecho con una mano, pasando el pulgar con delicadeza sobre el pezón y asegurándose de que le gustaba–. Te he deseado desnuda y deseándome como ahora.

–Me alegro porque ¡oh! –no pudo seguir hablando porque él le había tomado el pezón entre los labios y estaba lamiéndolo, lo cual envió una oleada de calor a todos los rincones de su cuerpo, sensación que se multiplicó cuando él llevó una mano hasta el punto de ella donde más lo deseaba.

Ella arqueó el cuerpo y gritó. Si seguía así, acabaría demasiado pronto, y ella lo quería dentro de sí, llenando el espacio que había sentido tan vacío.

–Entra dentro de mí –logró decir ella.

Él soltó el pezón.

–Buena idea –murmuró él.

Él se levantó sobre ella, sin apoyar su peso sobre su cuerpo, y sin dejar de mirarla, la penetró lentamente, deteniéndose a cada pocos milímetros, midiendo su reacción y su placer.

Ella gimió y levantó las caderas para mostrar que quería más.

–Oh, sí –dijo él, y empujó hacia dentro.

–Qué bien –dijo ella, sintiendo la presión y el placer. Le rodeó la cintura con las piernas y el entró y salió una y otra vez, haciéndole sentir un inmenso calor en el sexo–. Oh, estoy llegando –logró decir para que él no se preocupara por que ella sintiera o no placer.

–Bien –dijo él, y se movió con más rapidez, mirándola a los ojos y mandándole un mensaje muy claro con la mirada: «Eres mía… y yo soy tuyo».

Le encantó eso, pero sintió un ligero temor. ¿Y si él quería algo más que ella no podía darle?

Pero aquella nube negra pasó enseguida, apartada por la sensación física que se empezaba a formar en su interior, como la ola que espera el surfista. El clímax la arrolló mientras ella se mordía el labio inferior.

En ese mismo momento, Tucker empezó a moverse de forma espasmódica dentro de ella. Ella intentó concentrarse en el momento y memorizarlo. Poco a poco, sus movimientos se calmaron, y tras los últimos embates de la ola, Tucker se retiró y se puso a su lado, colocándola sobre su pecho. Ella podía escuchar los fuertes latidos de su corazón.

Tucker le acarició la espalda, pero ninguno dijo nada. Cricket tenía el corazón demasiado contento y el cuerpo demasiado satisfecho.

La luz de la luna bañaba el pecho de Tucker. Su piel era cálida y pudo encontrar algunas gotas de sudor formándose sobre sus pectorales. Las lamió con la lengua,

–¿Estás bien? –dijo él abrazándola.

–Más que bien. Si pudieras embotellar el sentimiento que me invade ahora y venderlo, no volvería a haber una guerra o una pelea en el mundo.

Tucker la levantó un poco para poder besarla. Ella quiso fundirse en aquel beso y volver a hacer el amor con él, pero la intensidad de sus sentimientos la asustaba. Hacer el amor de nuevo sería demasiado poderoso, tendría un significado aún mayor.

Se habían resistido mucho tiempo a aquello y aquella noche se

trataba de aliviar tensiones. Una noche para acabar con los fantasmas. Punto.

Excepto que volvió a notar el pene de Tucker presionar contra su cuerpo. La mano que tenía sobre su espalda bajó hacia su trasero y ella supo lo que quería, pero no cómo controlarlo. Se apartó y le dio un beso juguetón en la nariz.

–¿Qué te parece un paseo a la luz de la luna?

–¿Un paseo? Se me da mucho mejor estando tumbados...

–Podemos pasear desnudos, si quieres –murmuró ella–. Tal vez encontremos un refugio entre las rocas...

Se vistieron porque a Tucker no le pareció bien la idea de pasear desnudos, y se dirigieron al sendero de grava que llevaba hacia las colinas del desierto. La suave brisa transportaba el aroma de las plantas y el polvo rojo. La grava crujía bajo sus pies y a lo lejos se oía el aullido del coyote.

Mientras caminaban, Tucker le pasó el brazo por la cintura.

–Me gusta tenerte así –dijo él.

–¿Quieres decir, después de haberte acostado conmigo?

–Debe de ser eso. Estás dulce y tranquila.

–¿No soy siempre así?

–No. Normalmente estás a la defensiva.

–Sólo me pongo así cuando tú estás mandón –dijo ella, levantando la cara para besarle el cuello y sentir su pulso contra los labios.

Él la abrazó, riendo.

–Supongo que ésta ha sido la cura para todo eso. Yo no estoy mandón y tú estás relajada.

–Me pregunto cuánto durará.

–No mucho, me temo –dijo él, deteniéndose a mirarla–. Ya te echo de menos.

¿Y si no se acabara? Ella intentó borrar el pensamiento, consciente de que era el efecto del sexo.

–No digas adiós todavía, Tucker. La noche es joven.

Ella lo tomó de la mano y lo arrastró hacia la habitación, sintiendo el calor de sus dedos entrelazados.

Alguien llamó a la puerta de la clase de Cricket y por ella asomó la cabeza de Bradford Long.

–¿Puedo molestarte unos minutos?

–Claro, no es molestia. Pasa –dijo ella, temiendo otro sermón acerca de la necesidad de un ambiente tranquilo y ordenado. Tenía

sólo unos minutos antes de la reunión del Club de Ecología.

–Tal vez sepas que la Consejería de Educación nos ha pedido que impliquemos a nuestros alumnos en actividades de aprendizaje trasversal.

–No exactamente –¿de qué diablos estaban hablando?

–Como jefe de departamento, el señor Manning me ha pedido que ponga en marcha estas actividades.

–De acuerdo. ¿Qué tengo que hacer? –más normas, pensó suspirando.

–Es justo eso. Tú ya lo estás haciendo. El señor Manning sugirió que revisara los proyectos de ciencias de tus alumnos y que los comentara contigo.

–¿Los que están expuestos en el tablón de la entrada?

–Sí, y tengo que decir que estoy impresionado. Los trabajos están muy avanzados, y en ellos hay elementos matemáticos, conceptos científicos, conocimientos lingüísticos y gráficos por ordenador.

–Gracias, Brad. Es todo un cumplido.

–Me preguntaba si me podrías explicar cómo lo haces –se aclaró la garganta, algo sonrojado por tener que pedir ayuda.

Ella contuvo una sonrisa: el Doctor Ciencias estaba pidiéndole ayuda a la desordenada profesora nueva.

–No sé si he hecho nada especial –dijo ella–. Hablamos de los temas de sus trabajos en clase durante bastante tiempo.

La mayoría había escogido el mochuelo caburé como tema de su trabajo, o algún otro asunto relacionado con la protección de las especies, ya fueran medioambientales, legales o implicaciones biológicas.

–Has debido de implicarte mucho en el proceso para conseguir esos resultados.

–Creo que ha sido porque se apasionaron por los temas de sus trabajos.

–¿Se apasionaron? –sonrió levemente–. No estoy seguro de poder inculcar eso a mis alumnos.

–Claro que sí. Empieza a hablar de algo que te apasione y verás dónde os lleva eso.

–Es posible.

–Es cuestión de olvidarse del libro de vez en cuando, Brad. Estoy segura de que ninguna policía vigilante del programa te perseguirá por eso.

En aquel momento, Tucker apareció en la puerta haciendo que a ella le diera un vuelco el corazón.

–Hablando del rey de Roma.

–¿Yo soy el rey de Roma? –dijo Tucker. Ella lo vio luchar para componer una expresión neutra en su cara al mirarla.

Había pasado casi una semana desde lo del motel, pero sólo con verlo de lejos se le erizaba la piel y el corazón parecía a punto de estallarle. Parecía que él sufría una tortura similar.

–Tú eres el policía del programa.

–Estaba hablando con la señorita Wilde sobre los trabajos de sus alumnos, como sugeriste –dijo Bradford.

–Ha hecho un trabajo excelente, ¿verdad? –sus ojos se encontraron con los de ella y chispearon, pero volvió a mirar a Bradford antes de que detectara el magnetismo.

–En efecto –se levantó–. Gracias, señorita Wilde. Veré qué puedo hacer para inyectar un poco de pasión a mis alumnos –le sonrió.

–Ya me contarás –dijo ella.

Cuando se marchó, Tucker la miró con una ceja levantada.

–¿Pasión? ¿Qué le has hecho a ese hombre?

Ella se echó a reír, pero su risa sonó nerviosa. Tuck estaba muy cerca de ella. Le encantaba que apareciera por sorpresa en su clase. Había estado con ella algunas clases para observar su método, pero a veces, cuando lo miraba, encontraba en sus ojos una expresión que le decía que estaba pensado en la noche del motel. A ella le pasaba muy a menudo también. Parecía que había pasado hacía siglos.

–Le dije que les hablara a sus alumnos de algo que le apasionase, de modo que ellos se dieran cuenta de que aquello podía tener algún interés.

–Si consigues que Bradford Long intente algo nuevo, es que eres mejor de lo que había imaginado.

Ella enrojeció de placer. Por Tucker, siempre que se encontraban en el centro se comportaban de un modo completamente profesional, pero ella consideraba que él se excedía en la frialdad cuando había alguna otra persona con ellos.

–Sólo venía a saludarte –dijo él con suavidad. Ella notaba que él quería tocarla, pero se resistía–. ¿Te veré mañana en el ensayo de la obra? –parecía un niño ansioso–. ¿Es el viernes, verdad?

–Así es. Y los chicos tienen permiso de sus padres.

Ella no le había contado toda la historia del grupo de mediación y la obra que habían pensado hacer, que tendría como tema principal el sexo, pero cuando viera que estaba bien y era importante, lo aprobaría.

–Me alegra ver que te estás haciendo más responsable con

ciertas cosas.

Ella contuvo una mueca. No diría lo mismo cuando viera lo que el grupo de ecología estaba preparando para el siguiente pleno del Ayuntamiento para salvar a los mochuelos.

–Te echo de menos–susurró Tuck, logrando sorprenderla.

Aquella noche no había ayudado, sino que había empeorado las cosas. En aquel momento se dio cuenta de que un grupo de alumnos acababa de entrar en el aula.

–Tengo reunión del Club de Ecología Ahora –dijo ella, rompiendo la magia del momento.

–¿Qué? Oh, comprendo. Me marcho –dijo, sin moverse.

Los chicos hablaban en voz baja al fondo de la clase mientras que ellos se intercambiaban mirabas diciéndose que se deseaban, preguntándose qué hacer y no encontrando solución posible.

Por fin, Tucker se marchó.

Si pudieran volver a estar juntos... Entonces ella no cerraría los ojos, trataría de memorizar cada movimiento, empaparse de su sonrisa, de su olor y de cada palabra cariñosa que le dijera.

–Cricket –llamó uno de sus alumnos.

–¿Cómo? –estaban ya sentados en círculo, esperándola.

–Para la manifestación del pleno... ¿querrás hacer de constructor avaricioso?

Se suponía que tenía que quitarles la idea de la cabeza, no participar en ella.

–No tengo muy claro lo de la manifestación. Me parece que sería mejor organizar un debate.

Las protestas de los alumnos fueron tan sonoras que ahogaron sus palabras.

–El sketch del señor Preservativo no se representará –dijo Tucker a Cricket una vez que los actores hubieron desaparecido del escenario la tarde del día siguiente.

–Pero es divertido y habla de cosas importantes –dijo ella, enfrentándose a Tucker sobre el escenario con las manos en las caderas.

Ya no estaban sentados juntos en un banco de la cafetería, con sus brazos tocándose, mirando los sketches e intercambiando alguna mirada que silbaba como un motor en funcionamiento.

–Dijiste que era una representación, nada de un grupo con nombre y un tema concreto: el sexo.

–La Trouppe Hablemos. Es un nombre genial.

–Tenías que haberme consultado, Cricket.

–Es lo que estoy haciendo ahora.

–Genial. Lo haces cuando es demasiado tarde para no decepcionar a los chicos. La idea está muy bien, el sketch sobre el embarazo está bien y no toca ningún punto controvertido.

–Pero no podemos asustarlos sobre el sexo. Tenemos que prepararlos para ello.

–¿Con un preservativo gigante que habla como un muñeco de la tele? Ni hablar. Los padres se enfurecerán.

–Pero es el más divertido. Y los chicos han investigado sobre los métodos de anticoncepción y sus tasas de eficacia.

–No quiero que los padres pidan mi cabeza por permitir un club sobre sexo en el instituto.

–¿Vas a acabar con un proyecto educacional positivo por lo que puedan decir los padres?

–¿Te parece educativo un preservativo parlante?

–Los chicos responden al humor.

–No vamos a discutir sobre esto, Cricket. Haré que la asociación de padres vea los sketches, menos el del señor Preservativo, y si los aprueban, podrán representarlos en las clases de relaciones sociales.

–Pero a esas clases asisten muy pocos chicos y esto les interesa a todos. Estás actuando como un burócrata, no como un educador progresista.

–Llámame lo que quieras, pero hazme caso.

–Vamos, yo sé que no eres tan serio –dijo en un tono íntimo. No pretendía entrar en el terreno personal, pero era cierto y su cuerpo lo sabía–. No va contigo el actuar así. Vamos... relájate.

–Estamos en el instituto, Cricket. No puedes... No podemos... Sígueme –dijo, entrando en el camerino tras el escenario–. No puedes hablarme en ese tono aquí.

–¿Como si fuéramos amigos?

–¡Como si fuéramos amantes! Y lo sabes.

–De acuerdo. Tienes razón.

–Soy tu jefe y tengo que evaluar tu trabajo –se pasó la mano por el pelo–. La otra noche nos saltamos todas las normas, pero me hago cargo.

–¿Te arrepientes?

–¿Que si me...? ¡No! En absoluto. De hecho, desearía... –la miró con los ojos llenos de deseo y su cuerpo respondió–. No... olvídalo.

–¿Que olvide qué? –dijo ella, nerviosísima–. ¿Querrías volver a hacerlo?

Sus ojos se llenaron de fuegos artificiales que le decían que sí.

–Seguro que podemos volver a la misma habitación.
–Sería una locura y tentar la mala suerte –pero estaba sonriendo.
–Pero sería bueno para nosotros, ¿no crees?
–No puedo dejar de pensar en aquella noche –dijo él.
El calor, ya familiar, se adueñó de la situación y de la sala donde estaban.
–Intento recordar los detalles, pero se me escapan.
–Yo no puedo dejar de pensar en tu boca y en la suavidad de tu piel –dijo él, con voz grave–. No aguanto estar cerca de ti sin tocarte –le apartó el pelo de la cara y le rozó la piel, lo que le produjo un escalofrío a ella–. Sé lo que se siente estando dentro de ti.
–¿En serio? –dijo ella, colocándole las manos en las mejillas, notando el calor de su cuerpo–. A veces estoy en clase e imagino que estás dentro de mí, y me siento como si fuera a desmayarme.
Él tembló. Empezó a acercarse a ella, a inclinarse sobre ella, empujó la puerta para que se cerrase y una nube cruzó su rostro.
–En el instituto no. Así fue como me metí en líos con Melissa. Me recordaba a ti, pero ahora te tengo a ti en carne y hueso y te deseo mucho más.
Ella lo veía luchar contra sus deseos, sabiendo que ella también deseaba que lo hiciera.
Ella deseaba lanzarse a sus brazos con todas sus fuerzas, llevarle al montón de colchonetas del rincón y hacer el amor con él, pero no podía hacerlo. Tucker había pasado por una mala experiencia en su antiguo instituto y sería demasiado arriesgarse el repetirlo en Copper Corners.
–Tenemos que ir al motel, Tucker –dijo ella–, para poder soportar la tortura de estar juntos en el instituto.
–Sólo serviría para empeorar las cosas –dijo él, decidido, dando un paso atrás–. No podemos.
Ella odiaba que fuera tan responsable, mucho más que ella. Justo cuando lo creía perdido de deseo, él recomponía sus sentidos y se volvía estricto y responsable. Por supuesto, seguro que tenía razón.
Alargó la mano hacia el tirador, pero la puerta no se abrió.
–¿Qué pasa?
–Creía que Dwayne había arreglado esta puerta.
–Parece que no. ¿Y ahora qué?
–La forzaremos –pero no encontró con qué forzarla.
–¿Seguirá Dwayne por aquí?
–¿Quieres que le llame? No es un lince, pero se dará cuenta de

lo que estábamos haciendo.

–Vale. Yo me esconderé tras las colchonetas mientras tú le llamas porque te has quedado encerrado mientras comprobabas la puerta o algo así.

–Creo que prefiero quedar como un idiota a parecer un maniaco sexual –sacó su móvil–. De hecho, me comporto como un idiota cuando tú estás delante –apretó un botón–. ¿Dwayne? Soy Tucker... ¿Te acuerdas de la puerta del gimnasio que se atascaba...?

Dwayne llegó a los cinco minutos y Cricket, escondida tras las colchonetas, le oyó disculparse sobre por qué no había arreglado aún la puerta. Tras unos minutos de charla, Dwayne se marchó y ella pudo salir de su escondite.

–¿Es seguro que salga?

–Por Dwayne, sí, pero no por nosotros –Tucker tenía una expresión realmente triste y ella deseó abrazarlo, pero sabía que a él no le gustaría–. No tengo ni idea de qué le he dicho –confesó Tuck–. Sólo podía pensar en ti.

–Es un sentimiento desesperado.

–De acuerdo –suspiró él–. Una noche más en el motel, lo suficiente para aclararnos las ideas y se acabó.

–Suena bien –sonaba a gloria y respiró aliviada–. Te veré en la dieciséis dentro de hora y media.

–Allí estaré –dijo él, como si estuviera acordando un pacto de suicidio.

Ella se juró hacer que mereciera la pena. Después de todo, ¿cómo algo que deseaban tanto podía ser malo?

Capítulo Ocho

Tucker sujetó con fuerza a Cricket mientras su cuerpo se estremecía con las últimas sacudidas, y sonrió con la cara hundida en su pelo. Se sentía feliz teniéndola de ese modo. Podía sentir latir su corazón, como si intercambiara un mensaje secreto con el suyo.

Era sábado por la noche y Cricket le había convencido para que pasaran todo el fin de semana juntos. Tenía argumentos muy convincentes: su boca, sus dedos y algunas promesas susurradas que le habían hecho enrojecer de deseo.

Él le apartó el pelo de la mejilla para poder acariciarle la piel. Le encantaba sentir su cuerpo relajado y tranquilo, confiando junto a él. Le pareció que ejercía un efecto beneficioso sobre ella.

–Ha estado bien –dijo ella, acurrucándose contra su pecho.

–¿Bien? Pensé que había sido un terremoto.

Ella se rió y se incorporó sobre un hombro, rozándole el brazo con el pezón, lo que tuvo el efecto de una descarga eléctrica sobre él. La deseaba demasiado.

–Pues sí, la tierra ha temblado y se ha partido por la mitad –dijo ella, sonriendo y dibujando círculos sobre su pecho.

–Eso me gusta más –dijo él, besándole el pecho.

–El fin de semana casi ha acabado –dijo ella con tristeza. Desde el viernes apenas habían salido de la habitación más que para comprar algo de comer en la tienda de la esquina.

–Ha pasado muy rápido –dijo él, intentando memorizar la dulce expresión de su rostro y su pelo enredado–. Eres distinta, ¿lo sabías?

–¿Distinta? ¿En qué? –bromeó ella.

Pero él quería ponerse serio. Tal vez aquélla fuera su última oportunidad. La tomó de la mano y entrecruzó sus dedos con los de ella para besarle los nudillos.

–Eres una mujer preciosa, una amante maravillosa y una apasionada idealista.

–¿Y una buena profesora? –preguntó ella, también en serio–. ¿Soy buena, Tucker? Quiero una opinión profesional.

Él hizo una mueca ante su pregunta. Le recordaba lo poco procedente que era estar en la cama con una profesora a la que él supervisaba.

–Dejemos la evaluación formal para el mes que viene. No quiero hablar del trabajo cuando estemos aquí.

–De acuerdo, pero, ¿qué piensas sobre mis clases? Como amigo... Bueno, y como amante. Me provoca cuando hablas de pedagogía.

Él se rió. Adoraba el modo en que ella conseguía hacer desaparecer su sentimiento de culpa.

–Bien, en mi opinión, lo estás haciendo genial. Tienes una relación muy buena con los chavales y preparas bien tus clases. Tienes ideas innovadoras y, aunque necesitas un poco más de experiencia con la disciplina, pronto serás una profesora excepcional.

–Pero aún tengo que mejorar...

–Nadie lo hace perfecto a la primera.

–Lo dices por el laboratorio de química en que me viste un poco perdida, ¿verdad? Estaba un poco perdida.

–Es normal. Cuando lo hayas hecho más veces, te será más fácil.

No –dijo, dejando caer la cabeza sobre la almohada, derrotada–. Ése es mi problema. Mi supervisor de trabajo social me dijo que me encanta empezar trabajos y que tengo grandes metas, pero que nunca acabo nada.

Tucker se incorporó para mirarla. Parecía preocupada. Se sintió conmovido por que se hubiera abierto de ese modo con él.

–Tienes un don especial que no se enseña en los libros, Cricket. Te encantan los niños y te gusta apasionarlos por aprender. Por sorprendente que parezca, a algunos profesores no les gustan los niños y no los comprenden. Para ellos, los contenidos son más importantes que los chavales.

–Me cuesta creerlo.

–Es porque para ti el motivarlos es algo natural. Ése es el don de un buen profesor.

–¿En serio?

–Por supuesto.

–Gracias –dijo ella con las mejillas sonrosadas. Era muy dulce y por más que construyese una muralla a su alrededor, era tan vulnerable y tierna como los alumnos–. Ahora me siento mejor.

–Deberías sentirte genial –la emoción le hizo añadir–: Me importas mucho.

–Gracias. Yo... tú también me importas –pero su cuerpo se tensó y él vio que estaban tratando un tema espinoso: su relación tenía que seguir siendo puramente sexual.

–¿Entonces? ¿Por qué habíamos venido aquí? ¿Para tener sexo ilícito? –intentó hablar de forma animada, pero no lo consiguió.

Cricket lo empujó para que se tumbara boca arriba y lo miró con una seriedad sorprendente.

–No te culpes, Tucker –dijo ella, interpretando mal su mirada–. Esto no tiene nada que ver con el instituto y sé que cuando hagas mi evaluación serás completamente profesional. Tendré cuidado para no mostrar que tenemos confianza cuando haya más gente delante.

–De acuerdo –dijo él, sin estar convencido del todo.

–Demonios, incluso los subdirectores entregados a su trabajo se van un fin de semana a descansar de vez en cuando.

–Pero no los casados –suspiró él–. Ojalá no hubiera fingido estar casado.

–Fue una tontería, está claro, pero lo hiciste por una razón, ¿no? Será sólo un tiempo y luego volverás a Phoenix. Todo arreglado.

–¿Y tú? ¿Te quedarás en Copper Corners?

–Oh, no. Es una ciudad agradable, pero no me atrae demasiado. Apenas veo a mi amiga Mariah. Si me decido a dar clases, tendré que hacer unos cursos específicos. He pensado marcharme a California. Allí los sueldos son mejores y me gusta el estado.

–Es bastante lógico –dijo él. Ambos cambiarían de lugar, pero la idea le dejó un gran vacío interior.

–Yo me iré a California y tú volverás con Ben. Debes de estar deseándolo.

–Sí. Siento que le debo algo por haberme ayudado cuando estaba perdido.

–Al final te hubieras encontrado. Eres una persona muy recta.

–No estoy seguro de eso. Forest estaba en la universidad, mis padres estaban obsesionados con su divorcio y yo flotaba en total libertad como si nada importase. Ben me enseñó que el pasado no importaba y que yo podía decidir cambiar. Me mostró que tenía poder sobre mi vida.

–Pero no pareces divertirte demasiado de ese modo. Ben también debió decirte que tenías que relajarte a veces.

–Cuando me relajo acabo en un lío como el de Melissa –dijo él–. O pasando el fin de semana en un motel.

–Para. Ya decidimos que esto eran unas merecidas vacaciones.

–Ya –dijo él, pero seguía sin estar bien.

–¿Cuándo volverás a Phoenix? Supongo que cuando te asientes, te casarás de verdad –dijo ella.

–Me gustaría.

–Eres el tipo de chico que debe estar casado. A pesar del modo en que me agarraste la pierna en la escalera.

–Intentaba evitar que te cayeras.

–Ya. La seguridad siempre es lo primero.

–Me has pillado. ¿Y tú? –se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento.

Su mirada, casi siempre llena de confianza, se llenó de dudas según hablaba.

–Tal vez. Es difícil imaginarse con una sola persona para el resto de la vida. ¿Cómo eliges? ¿Cómo puedes estar seguro?

–Mucha gente lo hace.

–Y la tasa de divorcios es del cincuenta por ciento.

Su negatividad lo irritaba. Y no le parecía propia de ella.

–Mi hermano y mi cuñada son muy felices.

–Me alegro. Julie, perdón, Anna, es genial.

–¿Y tu amiga Mariah?

–Sí, está felizmente casada, y lo mismo se puede decir de Nikki, la hija de Harvey y Nadine.

–Eso hacen tres matrimonios felices. ¿Y tus padres?

–Tienen miedo de separarse.

–No tiene por qué ser eso.

–Confía en mí.

–Lo cierto es que para mucha gente, funciona.

–Pero yo no soy como la mayoría de la gente.

–Eso es cierto –dijo él, mirándola. Ella era diferente de todas las personas a las que había conocido y de las que conocería jamás. Probablemente. Lo cual tenía un extraño efecto sobre su corazón: una mezcla de deseo y pérdida esperada que no le gustaba nada. Estar junto a ella le hacía sentirse vivo, siempre alerta.

–Me lo he trabajado. Mis padres no han salido nunca de la ciudad en la que nacieron y aún conservan los mismos trabajos que consiguieron al salir del instituto. Por las noches ven la tele y se maravillan de qué peligroso es el mundo. Juré no ser como ellos.

–Y lo conseguiste.

–Sí –ella se sintió asaltada por una duda que se reflejó en su rostro–. Me sorprende que estés tan predispuesto hacia el matrimonio, después del divorcio de tus padres.

–El problema eran mis padres, no el matrimonio. No encontraron en el otro lo que esperaban y se acosaban por no ser suficiente.

–Lo cual demuestra mi razonamiento. Mis padres pusieron el listón bajo. Los tuyos, demasiado alto. Incluso cuando funciona, ¿cuánto durará?

–Para mí, un matrimonio sólido se consigue trabajándoselo.

–Parece una ardua tarea.

–Se trata de dar y recibir, compromisos y ajustes, pero si el amor es mutuo, siempre compensa.

–A no ser que te hayas acomodado, como mis padres.

–Creo que estás tirando la toalla demasiado pronto.

Se quedaron mirándose en silencio. Después, ella sonrió traviesa y se golpeó la muñeca, como si llevara reloj.

–Es hora de hacer el amor en serio antes de que tengas que volver a casa a ver a tu mujer, que acaba de regresar de un vuelo por Tadjikistan.

Él sonrió.

–Tengo que terminar una petición de una beca mañana –dijo él.

–¿Vas a trabajar en domingo? Qué subdirector tan entregado a su trabajo...

–Casi se nos ha acabado el tiempo –dijo él, que no se sentía nada dispuesto a hacerlo.

–Podemos repetirlo el viernes que viene... –ella pareció esperanzada y él se sintió halagado, pero estaban tentando a la mala suerte. Además, iba a cuidar a los gemelos ese fin de semana.

–Lo siento. Les prometí a Anna y a Forest que cuidaría de los niños.

–Oh, de acuerdo –su cuerpo se encogió de decepción y él sintió una punzada de dolor en el corazón–. Se supone que ésta iba a ser la última vez, de todos modos.

–¿Por qué no vienes conmigo?

–¿Qué? –dijo ella con los ojos muy abiertos.

–Te caerán bien los gemelos y podrás ver a mi hermano y a Anna en su ambiente habitual.

–Oh, pero será un encuentro familiar... –a él le encantaba sorprenderla.

–Será divertido y los niños se van a la cama temprano. Tendremos mucho tiempo para estar solos –la besó, como muestra de cómo podía ser.

–Mmm –sus ojos se llenaron de deseo–. ¿Por qué no?

Por muchas razones, reconoció él mientras volvía a besarla. Su relación tenía la esperanza de vida de un insecto diminuto y sus carreras estaban en juego.

Pero cuando ella lo tocaba, él volvía a encenderse, a navegar en el mar de la sensualidad por ella hasta olvidar todo lo que le rodeaba.

–Pasa, pasa –dijo Anna, que le dio un abrazo a Cricket antes de decirle «hola».

–¡Ouch! Se había pinchado con algo. Su intuición le decía que tal vez aquella escena fuera demasiado doméstica para la relación que Tucker y ella tenían.

–Lo siento –dijo Anna–. Debe de haber sido el pendiente.

–No pasa nada –dijo Cricket.

–Cuando Tucker me dijo que ibas a venir, me dejó emocionada –dijo Anna. Ni siquiera había saludado a Tucker, que había pasado directamente al salón.

–He venido para ayudarle con los niños –aclaró Cricket–. Tuck y yo lo pasamos bien juntos.

–Oh, claro. Podéis pasarlo todo lo bien que queráis.

No había cambiado el tono ni un poco. Señor.

Un hombre muy parecido a Tucker, aunque más bajo y ancho que él, bajaba las escaleras con dos niños pelirrojos aferrados a sus piernas.

–¡Tío Tuck! –gritaron a coro antes de correr hacia él.

–¡Hola, chicos!

–Stewart, no ahogues al tío Tuck. Cuando se le ponga la cara roja es que no puede respirar –dijo Anna, irónica.

–Es el ataque de los sobrinos asesinos –dijo Tucker, cayendo de espaldas. Los niños, riendo, se subieron encima de él.

Anna, mirándolos, dijo:

–Qué buen tío eres, Tucker –y luego le guiñó un ojo a Cricket.

–Yo soy Forest –se presentó el hermano de Tuck–. No dejes que los comentarios de Anna te impresionen.

–Encantada de conocerte –dijo ella–. Tus hijos son preciosos –también Tucker estaba de lo más adorable jugando con los niños. Y también muy sexy.

–¿Nos leerás un cuento, tío Tuck? –preguntó uno de los gemelos

–¡Claro que sí!

–¿Y jugaremos al escondite? –dijo el otro.

–Seguro.

–¿Y nos darás chucherías?

–¡Ssss! –dijo él mirando a Forest, como si no quisiera que su padre se enterara.

–Hay galletas de chocolate en el bote con forma de osito –dijo Forest.

–Me toca cosquillas –dijo el otro niño levantándose el pijama

–¡No, yo! –dijo el otro, empujando a su hermano a un lado.

Tucker les hizo cosquillas a los dos y cayeron al suelo de nuevo.

–Estoy lista –dijo Anna que, cuando llegó al lado de Forest le echó los brazos al cuello y lo besó–. Es como antes, ¿verdad?

–Sí –dijo Forest sonriendo feliz a su mujer. Tucker no había exagerado. Eran realmente felices.

Tras intercambiar números de teléfonos, besos y peticiones de «portarse bien», Anna y Forest recogieron la bolsa de viaje y se marcharon. Volverían al día siguiente a mediodía.

Cricket miró a Tucker, que estaba en el suelo con sus sobrinos. Parecía joven y feliz, con el pelo revuelto. Sintió que el corazón se le derretía de afecto y tal vez algo más... Intentó apartar el sentimiento de su corazón, pero era imposible. «No es real», se dijo. Aquello no era lo que ella quería, al menos por mucho tiempo. No hasta que sintiera la necesidad de asentarse o pudiera mantener sus sentimientos durante más de tres meses.

Tucker era diferente. Él estaba listo para aquello, para casarse y vivir en una preciosa casita de las afueras con su esposa y sus hijos. No le veía con ella.

Ni ella quería verse con él. El sexo con él era genial, pero era uno de esos hombres mandones y controladores y la volvería loca.

De todas maneras, antes de darse cuenta, estaba pasándoselo de miedo. Jugaron al escondite, comieron galletas y los gemelos les enseñaron todos sus juguetes para impresionar a la «tita Cricket».

La primera vez que uno de los dos la llamó así, Tucker les tomó a los dos de la mano y les dijo:

–Cricket no es vuestra tita, chicos. Es la amiga del tío Tuck. ¿De acuerdo?

–Sí –dijeron al unísono, y después uno añadió–: ¿Quieres ver mi helicóptero, tita Cricket?

–¡No! Yo se lo enseño –protestó el otro.

–Lo siento –dijo Tucker.

–No pasa nada –dijo ella, con un nudo en la garganta por aquellas emociones tan poco habituales.

Cuando no quedó ni un juguete en el armario, Tucker miró la hora y dijo:

–Es hora de irse a la cama, chicos, o vuestra madre no me dejará volver a cuidaros.

Hubo protestas, como siempre, pero la promesa de los cuentos consiguió calmarlos. Unos minutos después, los niños, cada uno sobre el regazo de un adulto, escuchaban atentamente las historias de Tucker. A Cricket le encantó tener a Stewart sobre ella, cálido y confiado. Además, olía muy bien. Había aprendido a distinguirlos: Steven tenía la cara más fina que su hermano.

Los cuentos relajaron a los niños y cuando Cricket acabó de leerles *Cuando le das a un ratón una galleta*, se dio cuenta de que los dos estaban dormidos y que Tucker la estaba mirando del modo más adorable que se puede mirar a alguien.

Parecía estar diciéndole: «podríamos estar así, enamorados, con nuestros hijos». Y por un segundo, lo deseó profundamente. Debía de ser el olor del champú para niños.

–Será mejor llevar a estos chicos a la cama –dijo ella, levantándose con Stewart en brazos.

Tucker levantó a Steven y subieron juntos las escaleras para meterlos en la cama junto con sus peluches favoritos. La escena de los niños durmiendo plácidamente en sus camitas era de lo más seductora, no había duda. Probablemente fuera una reacción biológica dirigida a asegurar la propagación de las especies.

Por favor, estaba leyendo demasiados libros de biología. Al mirar a Tucker, lo vio mirando a los niños con tanto cariño y dulzura que no pudo recordar ningún momento en que se hubiera mostrado mandón y autoritario, y era que el ambiente y la escena lo impedían totalmente.

Tucker le indicó la puerta con un gesto de la cabeza y ambos salieron del cuarto de puntillas.

Cricket cerró la puerta con cuidado.

–Ha sido muy bonito.

–Me alegro de que pienses así –dijo él, con un tono de esperanza que la llenó de alegría y la asustó al mismo tiempo.

–Pero ya es hora de la diversión sólo para adultos –dijo ella, intentando volver al camino correcto.

Le rodeó el cuello con los brazos y lo besó con lascivia, aunque su corazón se negaba a dejar de latir con ternura.

Por suerte, Tucker cambió al plano sexual enseguida y fue tras ella a la habitación de invitados después de haber tomado el receptor de escucha conectado a la habitación de los niños. Hicieron el amor con ardor, había pasado una semana, después de todo, conteniendo los gritos y gemidos para no despertar a los niños. Él era muy buen amante y sabía cuándo acelerar, cuándo ralentizar, cuándo pedir y cuándo dar, y ella levantó las piernas sobre sus hombros para sentirlo completamente dentro de ella. No le importaba entrar en el terreno doméstico si tenía sexo como aquél.

Tras su segundo orgasmo, Cricket colocó la cabeza sobre su pecho y miró la luna a través de las cortinas abiertas. Era adorable estar con Tuck en aquella pequeña habitación. El aparato de escucha crujió y se oyó la voz adormilada de un niño. Al momento

se calló.

–Los gemelos son geniales –murmuró ella–. Y me ha caído bien tu hermano. Parece adorar a Anna.

–Te dije que existían los matrimonios felices –dijo él, girándose para mirarla.

–Sí, pero ellos son especiales.

–Y tú también, Cricket. Tú podrías tener una vida como ésta –la miró fijamente. Iba en serio.

Tenía que acabar con todas las ilusiones que él pudiera estar haciéndose sobre un futuro juntos.

–Si quisiera, pero no quiero. Al menos no ahora. Tal vez no lo quiera nunca. Eso es lo que tú quieres, Tucker, y sé que encontrarás a alguien que lo desee como tú.

Él la miró un momento en silencio mientras asimilaba su mensaje.

–Sólo te estoy diciendo que no bases tu vida en una teoría –dijo él, ocultando el dolor que sus palabras pudieran haberle causado. Después le dio un beso–. Buenas noches, Cricket.

Se acercó más a ella y la arropó con la sábana.

Ella se sintió un poco sola, pero al menos le había dicho lo que sentía. La intensidad sexual que había entre ellos era suficiente para tener que hacer especulaciones sobre un futuro imposible.

Pero en aquella acogedora casa, con los niños durmiendo en la habitación de al lado y un hombre adorable a su lado, abrazándola como si no fuera a dejarla marchar nunca, podía sentir el atractivo que tenía ese tipo de vida. Desde luego, podía sentirlo.

Le había dicho a Tucker que no se quedaría en Copper Corners, pero la verdad era que el sitio le empezaba a gustar. Le encantaba la caravana en la que vivía y había aprendido a apreciar a sus vecinos, como a la señora Thompson, que iba en busca de cotilleos con comida a cambio. Su especialidad era la gelatina con cosas flotando en ella: pistachos, pasas, cubitos de queso fresco...

También le gustaba el instituto y sus clases de ciencias, y le gustaría aún más cuando tuviese la parte más difícil controlada.

Y estaba Tucker, que tenía un lado amable que cada vez le mostraba con más frecuencia, sobre todo cuando estaban en la cama. Le gustaba su sensatez, y tenían puntos de vista muy similares, sobre todo si él se despreocupaba un poquito...

Tal vez hablara con Mariah y con Nikki sobre ello cuando llegara Nikki. Tal vez sus amigas pudieran hacerle ver otros detalles acerca del amor y el compromiso, y que también ellas habían vivido al límite su juventud. Ahora veían el mundo de color de rosa a

través de la lente del matrimonio feliz. Ella se conocía y sabía hasta dónde podía llegar. No estaba lista para nada serio y nadie era más serio que Tucker Manning.

Cuando notó que Cricket se había dormido, Tucker abrió los ojos y se quedó mirando al techo. Con Cricket en sus brazos y sus sobrinos en la habitación de al lado, era feliz. A pesar de las objeciones de ella.

Quería tener hijos, disfrutar de ellos y compartir la tarea de cuidarlos con una esposa. Miró a Cricket. ¿Sería una buena madre? Desde luego, sería divertida; podría transformar el salón en una zona pantanosa imaginaria o el jardín en una carrera de obstáculos… una madre creativa llena de amor y energía.

Y también un incordio a la hora de discutir todas y cada una de las decisiones acerca de los niños. A Cricket le encantaba discutirlo absolutamente todo, y unos padres que discutían no eran el mejor ejemplo para los niños. Y además, no estaba lista para asentarse. Se oponía a la idea como principio general y estaba planeando marcharse a California. Demonios.

Tenía un montón de sentimientos confusos hacia ella, pero imparables, como un camión sin frenos bajando por una colina. Llevarla allí le había hecho ver su relación de otra manera y se veía anhelando una vida que deseaba de veras. Ya llegaría el momento, y la persona.

Pero no sería Cricket. Cricket era una persona difícil, no una compañera de equipo. Excepto dormida en sus brazos, donde encajaba perfectamente.

Capítulo Nueve

A la mañana siguiente, cuando Tucker se despertó se dio cuenta de que Cricket ya estaba despierta y jugando con los gemelos en su cuarto, así que no había sexo matutino. Los chicos les tuvieron ocupados hasta que llegaron Forest y Anna, pero incluso si hubieran estado solos, dudaba que hubieran hecho el amor.

Los ecos de la conversación del día anterior acerca del matrimonio aún se dejaban oír entre ellos y se sentían algo extraños. Cricket se mostraba educada, pero distante. ¿Por qué habría sacado el tema? Había matado completamente lo que tenían. Fuera lo que fuera lo que tuvieran.

Hicieron el camino de vuelta a casa casi en silencio y Cricket se durmió. Tucker supuso que ahí acabaría todo. La inesperada intimidad que se había instalado entre ellos al cuidar juntos a los gemelos había matado la pasión como el miedo a un embarazo en dos adolescentes.

El lunes se evitaron el uno al otro durante todo el día y Tucker empezó a sentir que le faltaba el aliento.

Cuando llegó a su coche después del trabajo, vio un papel de propaganda en el limpiaparabrisas que tenía un sobre grapado por detrás con su nombre. Era la letra de Cricket.

Él miró a su alrededor para asegurarse de que no había nadie cerca y lo abrió. Dentro había una nota de agradecimiento por su ayuda con los sketches de la Trouppe Hablemos, muy inocente, pero doblada dentro de la tarjeta había otra nota que decía: *Necesito tu boca sobre mi cuerpo. A las siete*.

Cricket respiró aliviada. Vaya. Tucker y ella apenas habían caído sobre la cama cuando empezaron a subir y a coronar la montaña del orgasmo. La ausencia parecía aumentar la pasión.

Antes de que Tucker llegara, Cricket había ambientado la habitación del motel con un poco de sándalo, una vela de ylang–ylang y había cubierto la lámpara con un pañuelo rojo que le daba un toque muy sensual a la luz del cuarto.

–Esto ha sido una mala idea –dijo Tucker, sin sentirlo realmente.

–Lo sé, pero estaba desesperada.

–Yo también.

Ella sonrió y se puso sobre él. Apoyando la barbilla sobre la mano, lo miró a la cara. Así estaba mucho mejor. Los sentimientos terribles acerca de asentarse que había tenido en casa de Forest y Anna la habían asustado, pero cuando volvió a pensar que era sólo algo sexual, se sintió mucho mejor. Y con más ganas de hacerlo.

–¿Qué vamos a hacer ahora? –dijo él, acariciándole el pelo.

«Con lo nuestro», quería decir, pero ella se quedó con el aquí y ahora.

–¿Qué te parece un baño de burbujas?

–Estoy hablando en serio.

–Yo también. Cuando más inspirada estoy es cuando estoy metida en agua caliente llena de espuma.

–Claro –dijo él, sin esperanza ya de resistirse a ella. Y ella estaba encantada.

Diez minutos después estaban el uno frente al otro en la enorme bañera llena de agua caliente aromatizada con la espuma de baño «cereza afrodisíaca» que ella había comprado para la ocasión.

–Yo creo que –dijo ella, poniéndose jabón en las manos para enjabonarse los pechos. Tucker se quedó mirándola con la boca ligeramente abierta. A ella le encantaba cómo el más mínimo toque de sensualidad lo volvía loco–, deberíamos seguir viniendo unos cuantos fines de semana.

–¿Unos cuantos fines de semana?

–Hasta que nos cansemos.

–¿Y cuánto crees que tardaremos en cansarnos? –dijo él, escéptico.

Ella se encogió de hombros, no tenía ganas de pensar mucho en ello.

–Un tiempo. O hasta que tengamos que asaltar un banco para pagar el motel.

–Es arriesgado seguir con esto, Cricket.

–No tan arriesgado como desnudarnos el uno al otro con la mirada en las reuniones de profesores o encerrarnos en cuartos vacíos.

–Eso es cierto.

–Además, estaremos ayudando a todos los demás profesores.

–¿Cómo es eso?

–Te haré sudar las energías que te sobran y no te quedarán fuerzas para inventarte comités raros.

–¿Cómo?

–A nadie le gusta esa idea tuya sobre los mentores para los

estudiantes de primero. La mayoría piensa que los de primero se han adaptado sin problemas y los profesores se encargan de buscarles amigos a los que no, pero de manera informal.

–No estoy de acuerdo. La gente asume ciertas cosas, pero no son así.

–Lo que yo digo es que: un subdirector que acaba de hacer el amor es un subdirector feliz –dijo ella dibujando círculos en la espuma que tenía él en el pecho con el dedo gordo del pie.

–Ya sé a qué te refieres –dijo él, agarrándole el pie–. Y me encantan tus pies.

Le echó agua limpia por encima del pie y luego le mordió suavemente los dedos sin dejar de mirarla.

Ella cerró los ojos para concentrarse en la sensación.

–¿Y qué me dices de una profesora de Ciencias que acaba de hacer el amor? –preguntó él–. Está tan relajada y feliz que no tiene ganas de meterse en líos –él no dejaba de masajearle los pies y provocarla mordiéndola y ella estaba encantada–. ¿Estás en mis manos?

–Haz conmigo lo que quieras –susurró ella.

–Bien, porque tienes que bajar el tono de ese mural de la diversidad.

–¿Qué? –abrió los ojos rápidamente.

–Los pechos de las mujeres son casi pornográficos. Podrías plantar un árbol frente a esos escotes.

–No puedo decirles a los chicos que vuelvan a pintar los pechos. Es como lo ven ellos.

–No, es su testosterona. Al menos, borra los pezones y sube los escotes.

–Eres un puritano.

–Ha habido quejas.

–Hablaré con los chicos, pero lo triste es que tal vez no tengamos suficiente pintura para solucionar el problema.

–¿A qué te refieres?

–Casi no queda. Los chicos quieren lavar coches para ganar algo de dinero y comprar más.

–No hará falta… creo que tengo un poco de margen en el presupuesto. O tal vez alguna casa de pinturas quiera colaborar. No te preocupes más por eso, yo me encargaré de todo.

–Ahora sí que estás utilizando tus habilidades como subdirector para hacer algo bueno. Gracias –y se inclinó sobre él para besarlo y tumbarse sobre su pecho.

Le encantaba la sensación de estar rodeada por su cuerpo; le

hacía sentir segura y querida, un sentimiento que le gustaba, en pequeñas dosis.

–El otro día trajeron a una de tus alumnas a mi despacho, Jenna Garson. Tenía que trabajar en tu informe, pero en vez de eso se dedicaba a molestar a los demás y a crear problemas.

Cricket suspiró. Jenna.

–Estoy trabajando con ella. La ayudé a empezar la investigación para su proyecto, pero no quiere trabajar sola.

Lo que estaba ayudando a Jenna era el Club de Ecología. Y sobre todo, la manifestación, lo cual era un gran problema para Cricket. Un problema que no quería que estropease aquel momento.

–A veces los chicos problemáticos tratan de poner sus vidas en tus manos, como si te considerasen su salvador. Tienes que poner los límites.

–Ya lo sé y lo intento.

–Muy bien. También tengo que agradecerte que tranquilizases a tus chicos en el asunto de los mochuelos.

A Cricket se le hizo un nudo en el estómago. No había logrado controlar aquello. Les había explicado a los chicos que la manifestación provocaría una gran controversia, pero algunos padres se habían implicado y estaban haciendo los disfraces. Miriam se había puesto en contacto con unos periodistas y Jenna estaba más viva que nunca porque los otros le habían pedido que hiciese el papel del activista defensor de la ecología. ¿Cómo podía quitarles aquello a Jenna y a los otros chicos? ¿Tendría que hacerlo sólo por proteger su puesto de trabajo? No le parecía un motivo lo suficientemente honrado.

–¿Cricket? –dijo Tucker, que había sentido su súbita frialdad–. ¿Lo controlaste, verdad?

–Estoy en ello –dijo ella, que había pensado proponer a los chicos hacer la manifestación en el instituto, a la hora de comer, en lugar de frente al ayuntamiento como querían los chicos–. Oye, se supone que no tenemos que hablar de cosas de trabajo cuando estamos en nuestro tiempo libre.

Bajo la espuma encontró una de las manos de Tucker y la colocó bajo su pecho. Le encantaba el tacto de sus dedos mojados y escurridizos.

–Bien dicho –dijo él, con voz grave y moviéndose contra su espalda.

Ella se acercó más a él, olvidándose de todo excepto de él y ella, juntos en el agua.

Lo mejor de todo era que tendrían muchos más fines de semana

como aquél en el nidito de amor en que habían convertido aquella habitación del motel. Le preguntaría al director si podía dejar allí las velas y las cosas del baño. Era la solución perfecta: pasar los fines de semana juntos hasta que aquello se acabase. Los dos tenían claro que aquella relación no tenía ningún futuro. ¿Qué más podía pedir?

–¿Querías verme? –preguntó Cricket, dos semanas más tarde, entrando en la oficina de Tucker. Aunque su tono fuera despreocupado, estaba muy nerviosa.

–Sí, pase, señorita Wilde –dijo con voz de subdirector.

Ella estaba segura de que quería verla a solas unos minutos. Tucker solía pasarse con alguna excusa por su clase todos los días. Los fines de semana parecían no llegar nunca.

Cricket cerró la puerta tras de sí y se sentó frente a él.

–¿Qué querías decirme? –preguntó ella, guiñándole un ojo.

–Hay un par de cosas –dijo él seriamente–. Primero, la Trouppe Hablemos.

–¿Qué pasa? –preguntó ella en voz alta y fingida, para añadir en un susurro–: Te echo de menos.

La sonrisa torcida de Tucker asomó por un instante en sus labios, pero enseguida desapareció.

–A la asociación de padres les han gustado todos los sketches, excepto el del señor Preservativo, como yo dije.

–Bien –dijo ella, sin escuchar apenas aquella historia–. Estoy deseando tocarte.

Y se quitó la sandalia, buscó la pierna de Tucker bajo la mesa y empezó a deslizar el pie bajo su pantalón.

–Cricket –dijo él, apartando la silla hacia atrás.

–¿Sí? –dijo ella, en tono inocente.

–La asociación de padres no tiene ningún problema en que todos los alumnos vean los sketches y se invite a los padres a acudir con sus hijos. Y nada del señor Preservativo, por supuesto.

–Esto va en serio –dijo ella, dándose cuenta de que era una reunión real.

–Bastante.

Ella se detuvo un instante a ordenar sus ideas.

–¿Para todos los alumnos? ¿Si dejamos fuera al señor Preservativo?

–¿Lo tomas o lo dejas?

No estaba mal, pensó ella. Había sido casi una victoria completa.

–Trato hecho –dijo ella, estrechándole la mano, encantada de tener una oportunidad para tocarlo.

Él retuvo su mano más tiempo de lo necesario y su expresión se suavizó.

–Gracias por la pintura, Tucker. Los chicos piensan que eres un héroe.

Él sonrió, y su sonrisa era tan amplia que ella dedujo que no sólo era por lo que acababa de decir, sino por el placer de verla.

Ella sentía lo mismo. Al estar con él, aunque fueran sólo unos minutos, se sentía más viva, más feliz.

–Te deseo tanto que no sé ni por dónde voy –dijo ella, algo asustada de reconocer la verdad.

–A mí me pasa lo mismo.

–Tengo que tocarte –dijo ella.

–¿Tienes?

–Sí. Es vital –deseaba lanzarse a su regazo, apoyar su silla contra la pared y empezar a hacerlo, pero aquello era imposible–. Si estuviéramos a solas, ¿sabes qué haría?

Tucker escuchó con creciente deseo los eróticos detalles que le dio Cricket sobre lo que haría con su lengua, sus dedos y sus piernas. Parecía que había pasado un siglo desde el fin de semana. Cada vez que hacían el amor la deseaba más. Y ahora estaba haciéndole el amor a un paso de distancia y con palabras.

Él miró por encima de ella, intentando pensar en las cosas habituales de la oficina.

–Me tienes desesperado –susurró él.

–Ya lo sé –suspiró ella.

–Pensé que se nos pasaría la obsesión, no al revés.

–¿Quién lo iba a decir?

Después él se acordó de las malas noticias.

–No puedo ir al Escondite este fin de semana. Forest y Anna han ganado un viaje a Las Vegas y tengo que cuidar de los niños –deseaba invitarla, pero sabía que ella no aceptaría.

–Pues vamos esta noche para compensar.

–¿Esta noche? Pero, mañana hay clase –qué buena idea–. Y tengo que acabar dos informes antes de mañana.

–Empecemos temprano y así podremos dormir –dijo ella, levantándose de un salto–. Te echo una carrera hasta allí –y salió sin más.

Él se quedó allí sentado un segundo, inmovilizado por sus

sentimientos hacia ella. Sabía que los chicos planeaban una manifestación y no había logrado que ella le confirmara que la había cancelado. Tenía que ejercer su autoridad, pero, le era imposible si ella disolvía sus defensas con un solo beso.

Al amanecer de la mañana siguiente, Tucker aparcó frente a su casa y bajó exhausto y adormilado de su todoterreno. Apenas había dormido un par de horas, porque la idea de no estar juntos el fin de semana había espoleado su deseo.

–¡Hola, Tucker! –su vecino estaba en el porche leyendo el periódico–. ¿Has estado cuidando de tus sobrinos de nuevo?

–Sí –excusaba sus ausencias diciendo que iba a casa de su hermano, y lo odiaba.

–Seguro que eres el mejor tío del mundo –dijo, sacudiendo la cabeza como si estuviera loco–. Como pasas tanto tiempo fuera, el césped y las flores se te están secando.

–Ya lo veo –dijo él. Pasaba tanto tiempo con Cricket que apenas tenía tiempo de hacer la colada.

–Seguro que mi hijo estaría encantado de ayudarte y ganar un poco de dinero para un nuevo videojuego.

–Pues no estaría mal. Dile que se pase después de clase y discutiremos los detalles.

–A tu mujer le gustará verlo cuando vuelva. ¿Cuándo volverá?

–Aún tardará porque está ocupándose de las rutas de Asia –los vecinos preguntaban por Anna... Ben tenía razón: en una ciudad así no se podía mantener un secreto. ¿Qué demonios estaba haciendo?

Tras la última clase, Cricket dejó caer la cabeza, agotada, sobre el montón de exámenes que tenía que corregir. La noche en el motel había acabado con sus fuerzas, pero no podía marcharse porque tenía reunión con el Club de Ecología.

Se había equivocado al proponer la visita al motel. Tal vez Tucker tuviera razón en que su relación podía afectar a su trabajo; ella iba muy retrasada en la corrección de exámenes y la preparación de las clases. Además, les había dicho a los chicos que evaluaran su esfuerzo y ella haría la media entre su nota y la del examen. Pero el experimento no había ido bien y los chicos trabajadores se habían dado notas escasas, mientras que los que no habían tocado un libro se habían valorado por encima de lo que se merecían. Tucker tenía razón; no era nada divertido poner notas.

Además, los exámenes no habían salido bien, lo cual significaba

que no había explicado bien la materia. Dudó de sus posibilidades; tal vez tuviera momentos buenos como profesora, pero el día a día no era lo suyo. Tal vez debiera probar con otra asignatura más fácil, como educación física o teatro.

Con un suspiro intentó ponerse a corregir exámenes para aprovechar el tiempo hasta que empezara la reunión, que también le provocaba un temor considerable, ya que le había prometido a Tucker hacer algo con la manifestación.

Un segundo después, Bradford apareció para darle las gracias por sus consejos y para mostrarle el nuevo programa informático para introducir las calificaciones en el sistema del instituto. Después llegó Miriam seguida por otros compañeros, deseosos de hablarle del proyecto de clase y de la manifestación. Los chicos estaban tan emocionados que no sabía cómo iba a cancelarlo. Entonces vio a Jenna en el pasillo. La chica frunció el ceño y se marchó.

¿Jenna no iba a acudir a la reunión? Cricket se dio cuenta de que la chica no había estado atenta en clase y aún no había entregado su trabajo.

–Ahora vuelvo –le dijo a Miriam–. No hagáis ningún plan sin mí –y corrió tras Jenna.

Tucker había tenido un mal día después de haber pasado la noche en el motel. Cuando sonó la campana, sacudió la cabeza como si así pudiera liberarse del montón de cosas que aún tenía por hacer.

–¿Tienes un segundo? –dijo Harvey.

–Claro –Tucker se levantó y siguió a Harvey al despacho del director. Sabía que algo le preocupaba.

Probablemente quería que Tucker le hablara de sus proyectos, que últimamente parecían abrumarle un poco.

–Ya tengo el programa de mentores para los alumnos de primero controlado. Sé que ha tardado un poco, pero al final lo hemos sacado adelante.

–No estoy seguro de que necesitemos algo así, pero si has encontrado voluntarios, no hará ningún daño.

Tucker pensaba que más bien todo lo contrario, pero no discutió. Harvey parecía preocupado.

–¿Qué ocurre, Harvey? Si es por el mural, Cricket me ha prometido que los chicos...

–No es el mural lo que me preocupa, aunque me alegro de que eso se solucione. Esto tiene que ver con Cricket.

Tal vez se hubiera enterado de lo de la manifestación.

–He hablado con ella del asunto de los mochuelos y me ha prometido que calmará a los chicos.

–Me alegro –dijo Harvey–. No me gusta la idea de limitar a una profesora nueva tan llena de pasión, pero me gustaría evitar otro encuentro con el presidente del consejo, si es posible.

–Me aseguraré personalmente. Cuenta conmigo.

–Ya lo hago. Te agradezco que hayas trabajado tanto con Cricket. Parece que os lleváis muy bien –oh –oh...–. Me recuerda mucho a mi hija Nikki, tan pasional, tan llena de energía, pero me culpo a mí mismo por haber dejado que las cosas llegaran a este punto.

–¿Disculpa?

Harvey carraspeó y se movió, incómodo, en su asiento.

–Sé que todo el trabajo que has hecho con Cricket, supervisar sus clases, su rendimiento, las actividades extraescolares... todo eso son cosas buenas, pero algunas personas han observado que tal vez estés demasiado pendiente de ella. Éste es un centro pequeño, Tucker, y a la gente le gusta hablar.

–¿La gente habla sobre Cricket y sobre mí? –el terror lo invadió y sintió la garganta seca y rasposa como una lija.

–Son personas que os quieren y se preocupan por vosotros. Es sólo que... no sé cómo decir esto –Harvey estaba rojo–. Te tengo en muy alta estima, Tucker, y tu mujer es una esposa muy colaboradora, pero pasa mucho tiempo fuera de casa y somos humanos. Cricket podría ser fácilmente una distracción y ella es muy especial.

Tucker sintió que se ponía rojo de vergüenza y de sentimiento de culpa. Abrió la boca para decir algo, pero Harvey lo contuvo.

–Sé que no pondrías en peligro tu matrimonio y que no quieres hacer daño a tu esposa, pero, aunque sólo sea por las apariencias, debes tener cuidado. ¿Me entiendes?

–Claro –dijo él con un hilo de voz.

–Cricket no necesita meterse en más problemas de los que tiene ya con el grupo de ecología. Quiero que la protejamos.

–Tienes razón, Harvey, y opino igual que tú.

–Sólo recuerda lo que te he dicho.

–Lo haré –le ponía enfermo que Harvey se preocupara por él, porque confiaba en él y había violado esa confianza en el momento en que aceptó el trabajo.

–Me alegro de que lo entiendas –dijo Harvey, aliviado.

Tucker salió del despacho de Harvey tembloroso, sudoroso y

avergonzado. De algún modo, aquello era peor que verse descubierto por el equipo de voleibol, y era una advertencia que él y Cricket no podían ignorar. Salió al patio.

Definitivamente se mantendría alejado de ella en el instituto. Se acabarían las reuniones, las visitas a su clase y el presenciar ensayos sólo para estar con ella, pero eso no sería suficiente, y él lo sabía.

Tenía que dejar de verla, aunque se ponía enfermo con sólo pensarlo. Tenía que contarle lo que había hablado con Harvey, pero no se atrevía a ir a su clase. La llamaría más tarde.

Entonces vio a unos chicos disfrazados con pieles falsas y unos extraños ojos entrando en el edificio de ciencias. Eran ojos de búho. O de mochuelo. Aquello sólo podía significar una cosa: que la manifestación no había sido cancelada. Ahora sí que tenía que hablar con Cricket, y la charla no sería agradable.

Ella no estaba en su clase con los alumnos, que estaban muy excitados con sus disfraces. Tenían unas hojas grapadas en las manos y llevaban pancartas en las que se podía leer *Hablamos por los mochuelos*.

–¿Dónde está la señorita Wilde? –le preguntó a una alumna.

–Está en el pasillo, hablando con Jenna.

Recordó la conversación en la bañera sobre Jenna y supuso que estaría estableciendo los límites de su ayuda. Sabía que no le gustaba contrariar a los alumnos, pero era parte del trabajo del profesor. Pensó que tal vez podría ayudarla un poco y ahorrarle un mal trago, viendo lo nerviosos que estaban los chicos:

–Chicos –dijo en voz alta–. ¿Me escucháis un segundo?

–Callaos –gritó alguien–. El señor Manning quiere decir algo.

Capítulo Diez

Jenna interrumpió súbitamente su conversación con Cricket, dolida por no haberla encontrado en la biblioteca la tarde anterior. Estaba con Tucker. Ella no le había prometido que estaría allí para ayudarla, pero lo había dado a entender y se imaginaba cómo debía de sentirse la chica. Aquello le hacía sentirse aún peor por la visita al motel, y todavía le quedaba volver a la clase y contarles a los chicos que no habría manifestación.

De repente, en el pasillo vacío, se sintió atrapada. ¿Qué estaba haciendo allí? Todo iba mal. Conteniendo el deseo de salir de allí corriendo, tomó aliento y volvió a la clase.

Una vez allí, vio a Tucker hablando a los alumnos, que parecían tristes y desilusionados.

–El señor Manning dice que no podemos hacer la manifestación –dijo Jason.

–¿Qué? –preguntó a Tucker.

–Les he dicho que no era culpa tuya, sino política de la consejería –su expresión le advertía que no debía discutir con él.

–¿Y si lo hacemos de todos modos? –dijo Jason.

–No sería una buena idea, puesto que ya os he advertido –dijo él con serenidad.

–Pero no puede prohibirnos que asistamos como individuos.

Algunos alumnos estuvieron de acuerdo con esa afirmación.

–¿Qué pasará con Cricket? –preguntó Miriam–. ¿Tendrá problemas si nos manifestamos?

–Como os he dicho, los profesores tienen que ser cuidadosos con las actividades políticas en las que se involucran –la miró de forma muy directa. ¿Era una amenaza? Se sintió frustrada y tuvo que contener las ganas de protestar–. Harvey y yo queremos que la señorita Wilde siga trabajando en este centro el curso que viene. La apreciamos tanto como vosotros, y la ayudaréis mucho si canceláis la manifestación.

–¿Pretende que nos crucemos de brazos y no hagamos nada? –protestó Miriam.

–Enviad un representante al pleno que lleve las firmas que habéis recogido.

–¿Y nada más?

–Exacto.

Todos protestaron, pero a Tucker no pareció afectarle como le hubiera afectado a Cricket.

–Os repito que no es culpa de la señorita Wilde. Ella no se dio cuenta de lo serio que podía ser esto, pero aún podéis hacer valer vuestro esfuerzo entregando las hojas de firmas.

Cricket lo miró. Sabía que él intentaba ayudarla y se echaba encima parte de la responsabilidad que no tenía, pero no le gustó que no confiara en ella para hacerlo. Ella pensaba hacerlo y lo hubiera hecho, por mucho que le doliera.

–Os dejo para que lo habléis con vuestra profesora –dijo–. El señor Winfield y yo estamos orgullosos de vosotros por apoyar una causa noble y ahora os pedimos que seáis razonables.

Tucker la miró y se marchó, y ella sintió irritación y agradecimiento a la vez.

–No queremos que la despidan –dijo Miriam, rodeada de muchas caras tristes–, así que haremos caso al señor Manning. Tal vez mi padre pueda hacer que el abogado hable en el pleno y presente las firmas.

Juntos, discutieron las opciones que tenían, pero los alumnos, desilusionados, se marcharon pronto. Cricket se sintió terriblemente descorazonada, porque sentía que aquello era culpa suya, a pesar de lo que dijera Tucker. Y ella no había sido capaz de infundirles esperanza ni ayudarles a aceptar el fracaso. Y la aparición de Tucker, haciéndose cargo de la situación, le había pillado desprevenida. Tendría que hablarlo con él, así que fue directamente a su oficina y le preguntó por lo que había pasado.

–Vi a algunos chicos disfrazados y me imaginé que no habían cancelado la manifestación, así que supuse que te vendría bien que te echara una mano.

–No me preguntaste –sabía que lo había hecho con buena intención, pero odiaba el tono paternal de su voz.

–Lo sé, pero ahora estarán enfadados conmigo y no contigo.

–Pero era mi trabajo.

–Tienes razón, pero el mío era haber hablado seriamente contigo por no haber cancelado la manifestación y no lo he hecho. No he podido. Porque estamos juntos –ella vio en su rostro que había algo más que le atormentaba.

–¿Qué ocurre, Tucker? –dijo, sentándose.

–Harvey me ha llamado a su despacho hace un rato. Quería avisarme de que pasaba demasiado tiempo contigo.

–¿En serio? ¿Sabe algo? –el temor ante la posibilidad se apoderó de ella.

–No, pero está preocupado por nuestra reputación. Me agradece que te haya «ayudado» tanto, pero, aunque «sabe» que no haré daño a Julie, tiene miedo de que me sienta atraído hacia ti, ya que eres una mujer muy interesante.

–Oh, no. Lo siento mucho –Tucker había tenido que enfrentarse a las inocentes preocupaciones de Harvey sabiendo que la situación era mucho peor.

–Es culpa mía. Él siempre ha confiado en mí y yo le he mentido desde el principio.

–No has sido sólo tú. Lo del motel fue idea mía –no era justo que Tucker se sintiera tan culpable–. ¿Qué hacemos ahora? Tenemos que dejarlo –se contestó a sí misma.

Él asintió.

–No quiero hacer la mentira más grande de lo que ya es.

–Tienes razón –se miraron el uno al otro sin decir nada–. Me marcho. No debemos estar solos con la puerta cerrada –sonrió y se levantó.

Él la acompañó hasta la puerta. Ella se sentía aliviada, por extraño que pareciera, pero era lo mejor, antes de hacerle daño. Sus sentimientos no eran muy duraderos.

–Qué pena que no pudiéramos tener una última vez –dijo él con ojos chispeantes.

–Podrían vernos.

–Ahora te preocupas por eso –dijo él, acariciándole la mejilla.

–En algún momento tenía que ser –su caricia casi borró la sensación de alivio y la hizo desearlo más–. Esto es un adiós.

–Sí –dijo él, con la voz rota de deseo.

–De acuerdo –ella se contuvo para no abrazarlo y besarlo hasta perder el conocimiento.

–Se acabó.

Y se encontraron en un beso tan fuerte que sus dientes entrechocaron, se abrazaron desesperadamente, hasta que uno de los dos consiguió separarse.

–Ya está –repitió ella, como en una nube–. El final.

–Se acabó –dijo él con la respiración pesada.

Ella giró el pomo de la puerta con el corazón latiéndole desesperadamente en el pecho.

–¿Cricket? –ella se giró, dispuesta a lanzarse en los brazos de Tucker sin importarle nada ni nadie, pero su rostro serio la detuvo–. ¿Te asegurarás de cancelar la manifestación?

Eso le dolió. Ella se moría de deseo y el subdirector volvía a las normas.

–Lo haré –dijo ella–. Pero no me digas que es por mi bien.

El sábado, Tucker esperaba arrodillado en el salón de su hermano a sus sobrinos, que corrían hacia él. Justo antes de llegar a sus brazos, se detuvieron en seco.

–¿Dónde está la tita Cricket? –preguntó Steven mientras su hermano la buscaba con la mirada.

–¿No ha venido? –preguntó Anna, tan decepcionada como los niños.

–Estaba ocupada este fin de semana.

–Pero tengo que enseñarle mi juguete nuevo –dijo Stewart.

Tucker no sabía qué decirles.

–¿Qué le has hecho, Tucker? –preguntó Anna cruzándose de brazos.

–Acordamos dejar de vernos –su voz sonó fría y solitaria–. Es demasiado arriesgado y Harvey está preocupado por mí. Como mi esposa está siempre de viaje… –dijo, mirándola.

–Chicos, id a buscar un libro para que os lo lea el tío Tucker –los niños obedecieron desganados–. ¿Sospecha de vosotros?

–Peor aún. Está preocupado por nuestra reputación. No teníamos que haber mentido.

–Fue lo mejor en ese momento –se excusó ella–. No pensamos que se complicaría, ni que te enamorarías.

–No estoy enamorado.

–Oh, por favor –dijo ella–. Puedo fugarme con un copiloto si quieres y así podrás divorciarte…

–No más líos, Anna. Se acabó.

–No puedes abandonar ahora –dijo ella, compadeciéndose de él–. Tienes un aspecto horrible, como si vinieras de un funeral.

–¿Quién se ha muerto? –preguntó Forest, bajando las escaleras con la bolsa de mano.

–Nadie por ahora, pero Tucker no está muy bien que se diga. Ha dejado a Cricket –dijo Anna.

–No te rindas, Tuck –dijo Forest–. Cuando se encuentra a la mujer perfecta, hay que hacer lo que sea para estar con ella.

Tucker los miró, primero a Forest y luego a Anna. Ambos estaban seguros de lo que decían.

–Incluso si quisiera algo más con ella, si algo ha quedado claro es que ella no desea nada más.

Se la veía aliviada cuando acordaron acabar. Alivio. Y también deseo, claro, pero ella quería terminar y eso le había dolido.

Sin darse cuenta, había empezado a pensar en un futuro con Cricket y había estado a punto de entrar en la oficina de Harvey para confesarlo todo, sin importarle las consecuencias. Estaba claro que ella no había pensado lo mismo que él. Se sentía un idiota.

–Está asustada –dijo Anna–. Todas las mujeres sienten miedo ante la idea de enamorarse. ¿Le has dicho lo que sientes?

–El caso es que no sé lo que siento. No exactamente.

–Oh, por Dios. Estás enamorado de ella, idiota. ¿No lo sabes aún? ¡Díselo!

–¿Y qué si lo estoy? No hacemos buena pareja. Vamos en direcciones distintas.

–¿Quieres que la llame?

–¡No! Por favor, no me ayudes más, Anna.

–Es Tucker quien tiene que solucionar esto –dijo Forest–. Acaba de recoger tus cosas y vámonos.

Anna subió las escaleras sin darse prisa.

–Habla con Cricket, hermanito –dijo Forest con cariño–. No podré contener a Anna mucho tiempo, ya lo sabes.

–No sé si es eso lo que quiero, Forest –dijo él.

¿Qué le hacía pensar que quería algo más? ¿Su energía, su carácter, su alegría? Sí, estaba claro. Todo eso hacía que estuviera siempre alerta. Ella era divertida, creativa y fresca, pero también testaruda y poco realista. Tal vez se había confundido por lo buenos que eran juntos en la cama, pero el día a día con Cricket podía ser una locura.

Los chicos llegaron con un libro cada uno y él se sentó en el sofá sonriendo con uno de ellos a cada lado. Uno de los libros era el que les había leído Cricket. Tucker empezó a leer, pero carraspeaba cada poco tiempo.

–Tita Cricket lee mucho mejor que tú. Tráela la próxima vez, ¿vale? –dijo Stewart.

–No sé si podrá ser –dijo él con el corazón encogido.

¿Acaso Anna tenía razón? Tal vez ella lo amara y simplemente estaba asustada. Tenía que hablar con ella; lo peor que podía pasar era que le llamase loco y le hiriera en su orgullo, pero se recuperaría. Al menos tendría algo claro. Pero, ¿qué harían para estar juntos si se querían?

–¿Vas a seguir leyendo, tío Tuck? –preguntó Steven.

Cricket quedó con Mariah y Nikki en el restaurante italiano donde actuaría aquella noche el marido de Mariah. Cuando las vio en una mesa frente al escenario, tomó aliento y echó a andar hacia ellas, decidida a guardarse sus miserias para sí misma y no mencionar a Tucker. Por otro lado, tenía cierto temor a contarle a Nikki que había tenido un lío con alguien en el instituto de su padre.

–¡Chicas! –saludó, contenta de verlas.

–¡Cricket! –las dos se levantaron de un salto y corrieron a abrazarla.

Se intercambiaron piropos, noticias sobre sus familias y Cricket vio las fotos de la hija de Mariah y del niño de Nikki, que se había quedado a cargo de sus abuelos Nadine y Harvey.

Cricket casi sintió una punzada de envidia al ver la felicidad que irradiaban sus amigas.

–Me alegro mucho por vosotras, chicas.

–¿Y qué tal te va en este agujero, Cricket? –preguntó Nikki mientras guardaba las fotos.

–Pues me gusta –dijo ella–. La gente es muy amable –se había acostumbrado a las extrañas combinaciones de gelatina de la señora Thompson, y gestos como el de la madre de Nikki dándole las sobras de la cena, hacían que se sintiera querida y parte de la ciudad.

–Mmmm –dijo Nikki mirándole por encima de la cabeza–. A ti te pasa algo raro. Tu aura está muy revuelta, con rasgos de gris y rojo, y algún toque dorado.

Nikki era muy especial y, según decía, podía ver el aura de la gente.

–Debe de ser el trabajo –dijo Cricket, que les contó algunas de las dificultades que estaba teniendo con las calificaciones y los problemas de los chicos, hasta que Nikki la interrumpió.

–No, no. Esto tiene que ver con el amor.

–¿Amo mi trabajo?

–Tal vez necesite acostarse con alguien –dijo Mariah–. Deberías pasarte por la fábrica, Cricket. Hay algunos chicos que no tienen desperdicio.

–¡Eres una mujer casada! –le dijo Nikki.

–¿Acaso no puedo darle un poco de emoción a la vida de mis amigas solteras?

–Pero Cricket no se enamorará del primer tío bueno que se cruce en su camino.

–Lo mío con Nathan empezó así, pura atracción física... –Mariah

se volvió a mirar a su marido, que le lanzó un beso–. Y cómo lo quiero…

–Basta de cháchara –la interrumpió Nikki–. Cricket, ¿qué problema amoroso tienes?

–Ninguno –dijo ella con un hilo de voz. Si Nikki se enteraba y se lo decía a sus padres, sería el desastre total.

–Mariah, ¿crees que el tequila funcionará esta vez?

Ella asintió y levantó la mano para atraer la atención del camarero.

Las amigas de Cricket le pusieron un cóctel margarita delante hasta que acabó confesando la verdad acerca de Tucker. Cuando acabó, agarró a Nikki por los brazos y le hizo prometer que no le contaría nada a su padre.

–Es tu historia, así que debes ser tú quien se la cuente. Pero creo que mi padre lo entenderá. Últimamente se ha relajado mucho.

–No hay nada que contarle, realmente –dijo Cricket–. Somos demasiado diferentes.

–Eso es bueno –dijo Nikki–. Los polos opuestos se atraen, y a veces saltan chispas. Y de las chispas sale fuego. Eso es bueno, créeme.

–No en este caso. Él es el señor normas y además quiere asentarse, casarse, tener hijos… yo no.

–Ya veo a qué te refieres –Nikki y Mariah se miraron y sonrieron.

–Sois perfectos el uno para el otro.

Algo en la expresión de Cricket hizo que sus amigas se echaran a reír a la vez.

–Cariño, ¡estás coladísima!

–¡No lo estoy! –dijo Cricket, gruñona.

–Él cambiará, cariño. Y nosotras te ayudaremos a que eso ocurra.

–Si alguna vez llegara a cambiar, está el pequeño detalle de que en teoría está casado y, además, ¿cuánto tiempo querré estar con él?

–Para siempre –dijeron las dos a la vez, como el coro de las tragedias griegas, que decía en alto lo que el personaje no quería oír o… no quería creer.

Llegaba tarde a la primera clase. Había estado pensando en Tucker todo el domingo. ¿Y si chocaran en el buen sentido? ¿Podría cambiar Tucker? ¿Durarían sus sentimientos por él? Parecía

imposible. Ella no era como sus amigas, ¿o sí?

Al doblar la esquina del pasillo se encontró con Jenna Garson.

–¡Cricket! –le dijo, muy excitada, sin rastro de la expresión de sentirse traicionada del día anterior.

La chica le pasó un panfleto amarillo con el titular *Salvemos al mochuelo caburé* anunciando la manifestación. Unas líneas al final de la hoja hablaban de *estudiantes independientes sin ninguna relación con el instituto Copper Corners ni con ninguno de sus profesores*.

–Fue idea mía lo de poner «estudiantes independientes» y los imprimí yo misma en casa.

–¿Sí? –¿qué iba a hacer para no decepcionar a la chica?–. Pero tienes que recordar lo que dijo el señor Manning, y le di mi palabra de que le haríamos caso.

–Esta manifestación es distinta y te hemos dejado fuera de ella –estaba feliz y orgullosa.

Genial. Ahora los alumnos se buscaban problemas pero procuraban apartarla a ella.

–Vosotros también podéis meteros en líos, Jenna. Pueden expulsaros del centro.

–No nos importa. Como tú dices, si nos echásemos atrás cada vez que nos amenazan, nunca se lograría nada.

Ella había dicho eso. Le gustaba ver a Jenna tan orgullosa y llena de vida, pero se sentía una cobarde a su lado. ¿Qué ejemplo iba a darles para que lucharan por lo que creían justo?

No tenía tiempo para seguir hablando de aquello, la clase iba a empezar.

–Gracias por decírmelo, Jenna –dijo, guardándose la hoja en el bolso.

Cuando acabaron las clases fue a ver a Tucker, y a pedirle que no castigara a los chicos.

–Iba a llamarte –le dijo al verla en la puerta de su despacho con una tierna sonrisa, y cerró la puerta.

–¿No deberías dejar la puerta abierta? –preguntó ella, sorprendida.

–Los gemelos te han echado de menos. Ya no soy suficiente para ellos.

–¿En serio? –el que los niños la recordaran le tocó la fibra sensible–. Escucha, tenemos que hablar –dijo, sacando el papel del bolso, pero él ni lo miró.

–Ni siquiera me dejaron leerles el libro que les habías leído tú. Querían que lo hicieras tú.

–¿En serio? Lee esto –su corazón se debatía entre los nervios y la

confusión.

–Creo que estoy enamorado de ti, Cricket –dijo él.

–¿Qué? ¿Que estás...? –se sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

–¿Qué dices? –preguntó él.

Tucker la quería... ¡la quería! Primero sintió alegría y después... pánico. ¿Lo querría ella? ¿Y cuánto duraría?

–No sé... –dijo ella–. Es decir... ¿Cómo...? Somos muy distintos y se supone que estás casado.

–Ya lo sé –contestó él–. Pero si queremos estar juntos... si nos amamos... –él se detuvo, emocionado y esperanzado, esperando a que ella dijera algo.

«Yo también te quiero», era lo que deseaba decir, pero también tenía miedo. Miedo de que no durara, de que no fuera de verdad.

–Los chicos van a hacer la manifestación.

–¿Qué? –él pareció sorprendido.

Ella le enseñó la hoja de nuevo y él la leyó por fin. Después la miró fijamente.

–Me prometiste que acabarías con esto.

–Lo intenté. Van a hacerlo sin mí.

–¿Esperas que me crea que no sabías nada?

–Sí. ¿Crees que te mentiría?

–No lo sé, Cricket. Acabo de decirte que estoy enamorado de ti y en respuesta me enseñas esto –arrugó el papel y lo tiró a la papelera–. No te entiendo.

Y era cierto. No la entendía y nunca lo haría. Con esa perspectiva, el amor no importaba, porque no duraría.

–No. No me entiendes y yo a ti tampoco.

–¿Qué quieres de mí? –ella pudo ver que estaba dolido, pero tenía que ser fuerte por los dos. Él hablaba de la relación y ella estaba centrada en el instituto.

–Lo que quiero es que no castigues a los chicos por hacer lo que creen justo. Sólo tienes que mirar hacia otro lado. Hazlo por ellos.

Se miraron en silencio un rato y ella vio cómo su expresión pasó de reflejar amor a resignación.

–Haré lo que pueda –dijo, cansado–. No quiero que ellos paguen por tu falta de juicio.

–Gracias, Tucker.

–Espero que no vayas a la manifestación –dijo con fiereza–. Si lo haces no tendré más opción que imponerte una sanción.

–¿Una sanción? ¿Por apoyar a los alumnos?

–Por desobedecerme deliberadamente y según se lo tome el

consejo escolar, puede significar un despido. No fuerces las cosas, Cricket –sus ojos estaban llenos de fuego–. No arriesgues tu trabajo para convertirme en el enemigo. No acabes de estropear lo nuestro.

–¿Qué es lo nuestro? ¿Sexo? ¿Planes de futuro? Eres tú el que está enamorado, no yo.

Y después tuvo que salir de allí corriendo, escapar de Tucker y de cómo le hacía sentirse, asustada e irritada, perdida y enamorada. Tal vez tuviera razón, y también tenía que huir de eso.

Capítulo Once

Al final, Cricket fue a la manifestación. Tenía que estar con los alumnos para mantener a raya sus comentarios y que no se culpara al instituto de la manifestación. Aquello le pareció lo más responsable que podía hacer. Si Tucker le imponía una sanción, lo asumiría, pero no podía alejarse de su deber. Y al verse allí, se dio cuenta de que era lo que tenía que hacer.

Estaba muy orgullosa de sus alumnos, que hablaron, como dijo Jenna, por las criaturas que no tenían voz. Sólo por eso mereció la pena, y no lamentaría las consecuencias.

Los aplausos y los gritos de ánimo de padres y amigos, invadían el ambiente. También estaba la prensa y las cámaras de televisión. El pleno empezaría en breve frente al parque donde estaban.

Un periodista se acercó a Cricket con un micrófono en la mano.

–Señorita Wilde... –cuando ella se volvió ya tenía el micrófono bajo la barbilla–. Se entiende que usted es la responsable de organizar esta protesta...

Ella tomó aliento y se preparó para aprovechar la oportunidad de aclarar las cosas.

–No. Lo organizaron los chicos.

–¿Pero no es usted la responsable del Club de Ecología donde empezó todo?

–En efecto, pero ésta es una manifestación independiente en la que el centro no tiene nada que ver –con eso esperaba dejar las cosas claras.

–¿Cree en lo que hacen sus alumnos? ¿Que el plan debe detenerse?

Ella miró fijamente al periodista. Podía eludir la pregunta, pero los alumnos contaban con ella.

–Sí. Mis alumnos me presentaron la causa y yo creo en ella.

–Gracias –dijo el periodista–. Eso es todo –y se marchó.

Cuando ella levantó la vista, vio a Tucker dirigiéndose hacia ella con una expresión pétrea. Al llegar a su lado, le dijo sin sonreír:

–Quiero verte en mi despacho mañana a las siete y media. Trae a tu representante sindical. Es Bradford, y escúchalo –se calló y su expresión se suavizó un segundo–. No tenía por qué ser así.

–No sé cómo podía haber sido –dijo ella.

Su expresión se transformó y sin decir nada más, Tucker se alejó furioso

Otro periodista se le acercó y Cricket contestó a alguna de sus preguntas antes de remitirle a Miriam, la portavoz de los chicos.

Cuando Cricket entró en la sala de plenos, ya estaba llena. Se sentía esperanzada y nerviosa, y gritó de alegría con los chicos cuando el alcalde dijo que el resto de puntos del orden del día se pospondrían al asunto del proyecto de desarrollo Bluestone. Los representantes del pleno escucharon las alegaciones a favor y en contra, las apasionadas defensas de los chicos y las racionales valoraciones económicas de los constructores. Después, el abogado medioambiental que había encontrado el padre de Miriam solicitó una moratoria para la aprobación del proyecto hasta que se hubiera realizado un estudio de valoración de impacto medioambiental. Cuando tomó la palabra el abogado de la constructora, Cricket vio que era el presidente del Consejo Escolar, lo que explicaba el afán de Harvey y Tucker por detenerla, y se asombró al oírle mentir sobre el hábitat de los mochuelos, que, según él, estaba más alejado de la zona de expansión y no se vería afectado. Los seguimientos realizados por los chicos demostraban que no tenía razón. Tras esto, el alcalde decidió no escuchar más testimonios y proceder a la votación de otros asuntos antes de votar el del proyecto Bluestone.

El tiempo pasaba y la sala se fue vaciando progresivamente. Era medianoche cuando se procedió a la esperada votación, y ya sólo quedaban allí unos pocos miembros de Ecología Ahora. Para asombro de Cricket y de los chicos, perdieron por cuatro votos contra uno. La construcción se llevaría a cabo en el terreno de cactus donde vivían los mochuelos caburés. Habían perdido.

–¿Qué vamos a hacer? –corrieron los chicos a preguntarle, enfadados y desencantados.

–No estoy segura –dijo Cricket. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza el que saliera el no.

–Dijiste que si nos dejábamos oír, ganaríamos –dijo Jenna con mucha amargura. Se lo había tomado muy mal y el resto de los chicos se quedaron mirándola.

–Pensé que sería así, pero a veces las cosas no salen como nosotros queremos. Tal vez si…

–Olvídalo –la interrumpió un alumno–. Hemos perdido, nosotros y los mochuelos. El pez gordo se come al chico.

–Podríamos manifestarnos en el sitio –dijo Jason–, y encadenarnos a las apisonadoras.

–No –dijo Cricket–. Las acciones radicales no llevan a ningún

lado. Ya pensaremos algo.

–Pero no podemos permitir que maten a los mochuelos –dijo Jenna con fiereza.

Un rato después, Cricket se dirigía a casa pensativa y asqueada. Por un instante deseó poder verse con Tucker en el motel, apoyar la cabeza en su pecho y dejarse aconsejar. En vez de eso, escucharía su reprimenda a primera hora del día siguiente. Se lo merecía, pero no por las razones que él esgrimía, sino por no haber preparado a los chicos para la derrota.

Al llegar frente a su caravana vio que había alguien ante la puerta que se protegía los ojos de la luz de los faros de su coche. Era Tucker. A plena vista de la señora Thompson y de todo el que quisiera mirarlo. Cricket detuvo el coche y fue hacia él tan aliviada que se le saltaban las lágrimas.

Él no dijo nada, sólo la abrazó y hundió la cara entre su pelo. Ella deseó quedarse así para siempre, pero tenía que protegerlo.

–Vamos dentro –y una vez dentro, preguntó–. ¿Qué haces aquí?

–Llevo horas dando vueltas y pensando en todo esto: la manifestación, tú y yo. Cuando me quise dar cuenta, estaba frente a tu caravana y supe que deseaba verte –la miró de cerca y dijo–. Has estado llorando.

–Han votado en contra, Tucker. Van a destruir el hábitat de los mochuelos.

–Lo siento.

–Los chicos están desolados –una lágrima se deslizaba por su mejilla–. No he sabido qué decirles. Intenté darles esperanza, pero no ha funcionado.

–Los chicos son duros, lo superarán –dijo, secándole la lágrima y abrazándola–. Tenía que haberme quedado para ayudarte. Me enfadé por motivos personales y te dejé sola.

–Hiciste lo que creías que debías hacer –dijo ella.

Él parecía tan humilde y preocupado que su corazón se llenaba por momentos de ternura… y de amor. Ella lo quería. Lo supo en aquel momento. Abrió la boca para decirlo, pero él habló primero.

–Tenías razón acerca de nosotros, Cricket. Somos distintos y vamos en direcciones opuestas. Tal vez me recuerdes que yo también era impulsivo e idealista y eche de menos ser así. Sé que no deseamos lo mismo para el futuro –él estudió su cara, resignado y triste.

–Tucker, no sé qué decir –se dio cuenta de que le gustaba que fueran tan diferentes, su estabilidad, pero en el momento en que ella se decidió para darle una oportunidad al amor, Tucker se

rendía. Tal vez la quisiera, pero no lo suficiente.

–Eres una mujer muy especial, Cricket, así que supongo que me puedo perdonar haberme enamorado de ti, pero no el haberte fallado.

–¿Cómo? –le dolían los ojos de tanto contener el torrente de lágrimas que se le acumulaban–. No me has fallado. No podías evitar que me metiera en este lío. Nadie podría haberlo hecho.

–Tal vez –dijo él, sonriendo–. Eres muy obstinada, pero yo he dejado que mis sentimientos interfiriesen en mi trabajo y los chicos se han visto en medio de todo. Lo siento.

–Yo sí que lo siento –sentía que hubiera tanto que los separara. Le echó los brazos al cuello y lo abrazó para que no viera lo triste que estaba.

–Se está tan bien así –dijo él, abrazándola como si le fuera la vida en ello.

Ella cerró los ojos con fuerza, recordando el calor que había entre ellos. Sus cuerpos se ajustaban perfectamente. Y entonces él la besó.

–Puede ser nuestro adiós –susurró él, y la miró.

–Sí –dijo ella, sabiendo que él quería hacer el amor–. Una última vez.

Él la levantó en brazos y la llevó hasta la habitación, como había hecho la primera vez que estuvieron en el motel, sin dejar de mirarla.

Hicieron el amor lentamente y sin decir nada, dejando que sus ojos, sus bocas y sus cuerpos lo dijeran todo. Amor, posesión, desesperación… «Te quiero»… «No me olvides»…. «Siempre estarás conmigo».

La luz de la luna brillaba sobre la piel de Tucker y con cada penetración, Cricket sentía que él se entregaba a ella. Cada vez que ella levantaba las caderas, se entregaba más y más a él. Ella se quedó dormida sobre su pecho en la oscuridad, sabiendo que aquello era una despedida y que él se marcharía antes del amanecer sin despertarla.

Tucker sintió que Cricket ponía la cabeza sobre su pecho para dormirse. Respiró su olor a vainilla y canela para poder recordarla más adelante. Incluso mientras le decía que habían acabado, el amor crecía en su pecho como el aire en sus pulmones. Le había mentido: no le recordaba cómo había sido él, simplemente la amaba, tal y como era, pero sabía que no funcionaría. Su camino no

discurría junto al de ella. Se apartó un poco para mirarla. Cómo la quería… no podía separarse de ella, pero aunque ella hubiera estado de acuerdo, no hubiera funcionado. Eran demasiado diferentes. Se había acabado.

Se levantó y salió de la habitación. Tenía que llegar pronto al instituto para prepararse a escuchar las críticas por la manifestación. Tal vez no fuera tan mal, puesto que el pleno había votado en contra de los chavales. Protegería a Cricket todo lo que pudiera de las críticas. Salió de la caravana de puntillas, cerrando la puerta tras de sí a toda su relación. Casi esperaba ver a la señora Thompson con su pekinés, pero no le importaba en absoluto. Pero no había nadie y él se dio cuenta de que cuando se marchara sería como si nunca hubiera estado allí.

Cricket se despertó con el corazón tan vacío como la cama. Intentó ser fuerte; lo superaría, ya le había pasado antes, pero nunca se había sentido como entonces, tan hueca y dolida. Se sentó e intentó pensar en la comisión disciplinaria que tendría con Tucker a las siete y media.

Cricket se sorprendió al ver un coche de policía frente al instituto cuando llegó. Alrededor había un montón de alumnos, y entre ellos Miriam y Jason, que parecían preocupados al correr hacia ella.

–No te lo vas a creer –dijo Jason–. Han incendiado las casas que habían empezado a construir.

–Estás de broma.

–Había pintadas de «Viva el mochuelo caburé» en las paredes que se salvaron. Encontrarán el modo de culpar al club por esto –dijo Miriam–. Todos estábamos muy enfadados, sobre todo Jenna.

–Sí –dijo Jason–. Ella estaba loca de ira.

–Ella siempre está enfadada por algo –añadió Miriam, pero los tres se miraron con dudas.

Cricket recordó la cara feroz de la chica tras la reunión, pero no podía haber hecho algo tan radical. Se le hizo un nudo en el estómago.

La secretaria, al verla, la condujo al despacho de Harvey, donde un policía estaba hablando con él y con Tucker.

–La policía cree que un estudiante fue el que provocó los incendios –le dijo Tucker.

–¿Qué les hace pensar eso? –preguntó ella.

–Hay pistas: un lápiz escolar y un bote de pintura de la misma

marca que Tucker había comprado para hacer el mural –dijo el policía.

–¿Y qué pistas son ésas? ¿Acaso es suficiente?

–Pueden obtener huellas y muestras de saliva de las cáscaras de pipas que han encontrado allí.

–¿Pipas? –Jenna siempre estaba comiendo pipas en clase, por más que se lo prohibieran. Cricket se dejó caer en una silla.

–Queremos hablar con los chicos que asistieron al pleno. ¿Puede darnos una lista de nombres?

–No puedo creer que uno de mis alumnos hiciera esto –miró a Tucker, preocupada y sintiéndose culpable.

Unas horas más tarde, Cricket presenciaba cómo se llevaban a Jenna en el asiento trasero del coche de policía. Había confesado tras unas cuantas preguntas, y mientras el coche se alejaba, no había dejado de mirar a Cricket. Estaba claro que pensaba que Cricket la había abandonado. Tenía que hablar con ella, y con sus padres. Las autoridades serían condescendientes con ella, era muy joven y había actuado presa de la rabia y el pánico.

Como si aquello no hubiera sido suficiente, a Cricket aún le esperaban más malas noticias. Jenna había acusado a Cricket de ayudarla a llevar a cabo los actos vandálicos. También había dicho que la había ayudado a encontrar páginas en Internet de grupos radicales y que les había sugerido lecturas radicales. Era cierto que les había sugerido la lectura de una novela de los años sesenta sobre la lucha contra la destrucción de la naturaleza, pero la acusación era ridícula.

Trató de explicarle al policía que Jenna había actuado así presa del pánico, pero él le preguntó con expresión impasible:

–¿Dónde estuvo anoche entre medianoche y las tres de la madrugada, señorita Wilde?

–En casa. Fui allí directamente después de la votación del pleno –directa a los brazos de Tucker.

–¿Puede probarlo?

Tucker podía, porque había dormido sobre su pecho, pero si lo hiciera, saldría a la luz la verdad sobre su relación, y eso era imposible.

–No –dijo ella–. Nadie puede.

El policía le dijo que buscaría en los archivos de los ordenadores que había usado de la biblioteca, como si eso fuera a hacerla confesar. Sugirió que podía haber dicho algo que la chica interpretara mal. Sus palabras eran tan terribles que el enfado de Cricket creció progresivamente, lo cual le hizo parecer más culpable

aún. Por fin, el policía le dijo que fuera a casa y que no hablara del asunto con nadie.

–No te preocupes –Harvey trató de consolarla–. Tucker y yo estaremos en contacto contigo.

Cuando salió hacia el aparcamiento, Tucker corrió hacia ella.

–¿Qué ha pasado?

–Es terrible, pero no puedo hablar de ello –dijo, luchando con las lágrimas–. Habla con Harvey.

–Luego te llamaré –dijo él con decisión.

Ella condujo hasta casa temblorosa y asustada, apenas sin poder respirar. Se sentía desgraciada, más sola y perdida que en toda su vida. Y culpable. ¿Cómo no se había dado cuenta de los signos de desequilibrio de Jenna? Estaba deseando llegar a casa para echarse a llorar, pero la señora Thompson la estaba esperando a la entrada de su caravana con dos boles de gelatina en las manos. Uno era azul y el otro amarillo.

–Siento que las cosas no fueran bien en la manifestación.

–Gracias –dijo Cricket, aceptando los boles de gelatina.

–Supuse que estarías demasiado disgustada para prepararte algo de comer. Yo creo que lo que has estado haciendo por los mochuelos es bueno.

–Se lo agradezco mucho, señora Thompson, pero tengo que entrar en casa –estaba desesperada por llorar tranquilamente y responder al teléfono cuando llamara Tucker.

Cuando entró, vio que tenía un mensaje en el contestador y se apresuró a escucharlo, pensando que sería de él:

–¿Cómo se atreve a lavarle el cerebro a nuestra hija con esa basura? Nos ha arruinado la vida, pero lo pagará caro. ¡La hundiré, con la ayuda de Dios! –la madre de Jenna la llamaba cosas horribles; aquella mujer estaba tan llena de rabia que era normal que la hija tuviera problemas.

El teléfono sonó y Cricket corrió a responder, aún temblorosa por el mensaje que acababa de escuchar. No podía ni hablar.

–¿Cricket? –era Tucker, menos mal. Harvey le había contado todo–. ¡Es ridículo que te acusen! Les diré que estuve contigo y acabaré con esto.

–No puedes hacer eso.

–Tengo que hacerlo.

–Estoy segura de que Jenna dirá la verdad pronto –tenía el corazón lleno de gratitud y cariño por lo que él quería hacer por ella–. Probablemente tenga miedo de su madre.

–No te dejaré sufrir esto, Cricket. Ya tienes bastante.

–¿A qué te refieres?

–Cricket, te han suspendido de empleo.

–¿Qué?

–Cobrarás tu sueldo, pero la consejería piensa que no debes dar clase hasta que se arregle todo.

–¿Harvey cree que he hecho algo malo?

–No, él está preocupado por ti. Es el presidente del Consejo Escolar. El periódico puso a los chicos como unos héroes, lo que le molestó muchísimo y lo va a pagar contigo, por apoyarlos. Además se sospecha que colaboraste en las acciones de Jenna y sus padres han pedido tu despido, pero lo aclararemos en la comparecencia.

–¿Qué comparecencia? ¿Puedo perder mi trabajo?

–Ya sé que es injusto –dijo Tucker después de una pausa–. Nunca había pasado algo así.

–¿Piensan que ayudé a Jenna? –el miedo invadía su mente y su cuerpo.

–No pasará nada, no te preocupes. Cuando acabe de hablar de ti, te nombrarán profesora del año.

–No ha sido culpa tuya. Yo he sido demasiado testaruda y no he querido escuchar.

E iba a pagar por todo lo testaruda que había sido.

Capítulo Doce

Los días previos a la comparecencia fueron un infierno para Cricket. Recibía muchas llamadas, la mayoría de apoyo y ánimo de padres y alumnos, pero también había de las otras. La señora Thompson iba a tomar el café con ella y a ayudarla a acabarse la gelatina que ella no podía tragar. Tucker llamaba todos los días para animarla y asegurarse de que estaba ocupada. Su calma y confianza realmente la animaban y ansiaba entonces más que nunca su presencia estable y serena.

Una tarde aparecieron los chicos del Club de Ecología cargados de flores y regalos. Querían declarar en la comparecencia, pero Tucker se lo prohibió para que no pareciera que los había manipulado Cricket.

Al principio estaba furiosa con el Consejo Escolar por creer algo así de ella, pero según pasaba el tiempo, se fue convenciendo de que tenían razón. Ella tal vez no había sido lo suficientemente tajante sobre el vandalismo y les había incitado sin darse cuenta. Y no había escuchado a Tucker cuando él le había pedido que se centrara en las clases. Se había centrado tanto en su integridad y su misión en la vida que se había olvidado de lo demás. Tal vez tuvieran razón…

El miércoles por la tarde, Tucker estudiaba sus notas para la comparecencia del día siguiente. No iba a permitir que la despidieran, antes dimitiría él por no haber sabido controlar el ímpetu de una profesora entusiasta y haberla mantenido a salvo.

Harvey entró a preguntarle si estaba listo para el día siguiente. Él estaba tan comprometido como Tucker en que Cricket mantuviera su trabajo. Había hablado con todos los miembros del consejo y los votos estaban muy igualados; el presidente tenía un gran peso, o influencia, entre ellos.

–Tengo cartas de apoyo de los padres, alumnos y profesores. Incluso Dwayne dice que todo está más limpio porque los chicos están tan ocupados en las actividades de Cricket que no tienen tiempo para gamberradas –sonrió–. Todo el mundo quiere ayudarla.

–Es una chica excelente.

–Desde luego –y él la amaba desesperadamente. Carraspeó para seguir explicándole el plan–. Bradford hablará como representante sindical y jefe del departamento. Después yo daré mi evaluación de sus clases, y hablaré de mi fallo para establecer los límites –miró a Harvey–. Lo he estropeado todo. Ya lo sé.

–A veces las cosas se aprenden por el camino duro, Tucker. Yo me culpo por haberlo dejado todo en tus manos.

–Yo me hago único responsable, Harvey. Después puedes hablar tú.

–Parece un buen plan, Tucker

–Genial –se miraron el uno al otro–. Harvey, siempre has confiado en mí, y tal vez no me haya merecido esa confianza –no quería decir más entonces–. Cuando llegue el momento, quiero hablar contigo de cómo mejorar ciertas cosas.

–¿A qué te refieres? Hablemos ahora –dijo Harvey, sorprendido.

–Bueno, para el curso que viene…

–¿Cómo? Creía que no te quedarías aquí un año más. Puedo recomendarte…

–¿Quieres que me marche? –no podía creerlo.

–La verdad es que estoy buscando alguien que me suceda. Nadine y yo queremos pasar más tiempo con nuestro nieto en Phoenix.

–¿Y no me ves capaz de ocuparme de tu puesto?

–Eres una persona dedicada y concienzuda, Tucker, pero tienes mayores aspiraciones que quedarte en Copper Corners. Aquí te aburres, por eso has empezado un proyecto tras otro.

–¿Crees que lo he hecho por aburrimiento?

–Quería que fueras autónomo, pero hubiera tenido que decirte algo el año que viene. El caso es que he encontrado un buen candidato… un antiguo alumno del instituto que desea quedarse y ver crecer a sus hijos aquí.

–¿Y quieres contratarlo?

–Tiene muy buen currículum y quiere vivir aquí.

–Pero he disfrutado mucho trabajando contigo, Harvey –más de lo que se podía imaginar. Hacía tiempo que no pensaba en Western Sun.

–Y yo contigo, y supongo que me podrás perdonar que te considere casi un hijo

–Eso me honra, Harvey.

–Tu sitio está en un centro más grande que éste, no todo el mundo está hecho para esto –Tucker sintió que el suelo se tambaleaba bajo sus pies. Creía que había trabajado bien, pero en

su lugar había hecho que Harvey pensase en la jubilación–. No quiero ser cotilla, pero con Julie tanto tiempo fuera, ¿va todo bien en casa?

Oh, señor.

–Sí, bien. Todo bien –dijo, tragando saliva con dificultad por el sentimiento de culpa.

–Todo el mundo tiene problemas en algún momento, no hay que avergonzarse. La verdad es siempre más fácil de aceptar que una mentira. No se puede fingir ser quien no se es. Hay que estar con quien se quiere estar, donde se quiere estar.

–Agradezco tu preocupación, Harvey, y tus consejos –básicamente, había fracasado en todo, en las nuevas ideas y proyectos, en controlar a los profesores, y Harvey le pedía que se marchara.

–¿Qué dices entonces? ¿Escribo esas cartas de recomendación y llamo a unos amigos?

Tucker miró a la cara a su director, al hombre que admiraba y al que había mentido desde el principio. Le iba a dar una carta de recomendación; podía llamar a Ben y dar clase en Western High un par de años más antes de presentarse de nuevo al puesto de subdirector, pero en aquel momento sólo se sentía incomprendido y herido.

–¿Puedo pensármelo?

–Claro –dijo Harvey, dándole una palmada en el hombro–. Dímelo antes del viernes, que es cuando vendrá Roger, el hombre del que te he hablado.

Cricket bajó del coche el día de la comparecencia hecha un manojo de nervios. El aparcamiento estaba lleno; aquello sería un circo. Sólo esperaba que los chicos hubieran hecho caso a Tucker y no estuvieran allí.

–No te preocupes –le había dicho él cuando se encontraron en las escaleras del auditorio–. No les daremos tregua –pero también él parecía nervioso.

–Ya has hecho mucho por mí, Tucker. Tú también tienes que proteger tu puesto de trabajo.

–¿Mi trabajo? Parece que no lo he hecho demasiado bien –dijo él, sin confianza. ¿Hasta eso le había quitado?

Tucker intentaba animarla, pero ella no podía evitar pensar que había sido la causante de un desastre sobre su persona, sobre el instituto y sobre los estudiantes. Entonces supo lo que tenía que

hacer. La idea se le había pasado por la cabeza, pero siempre la había desestimado por la rabia.

–Gracias por todo lo que has hecho por mí. Significa mucho –dijo apretándole el brazo. Cuando lo soltó se dirigió a la multitud que la esperaba.

Los bancos estaban llenos, pero los pocos alumnos presentes estaban acompañados de sus padres, así que Cricket no podría ser culpada de su presencia allí. Todos le hicieron gestos de ánimo cuando pasó a su lado, menos la madre de Jenna, que le dedicó frías miradas.

Los cinco miembros del consejo estaban sentados a una mesa leyendo papeles. Bradford, que se había sentido muy sereno hasta entonces, la esperaba de pie en el pasillo y le sonrió. Cricket se había dado cuenta de lo buena persona y buen profesor, a su modo, que era. Se sentó a su lado y Harvey al de ella. Tucker se sentó también con ellos.

El presidente invitó a hablar a Bradford, pero Cricket se le adelantó.

–Me gustaría hablar en primer lugar –dijo, poniéndose en pie a pesar del temblor de piernas.

–Adelante –dijo el presidente, sonriendo.

–Primero me gustaría agradecer la ayuda que he recibido de todo el mundo. Especialmente de mis alumnos, que me han apoyado siempre. Ahora es mi turno de apoyarlos –todos los presentes parecían estar conteniendo el aliento–. Quiero dejar claro que no tengo nada que ver con los actos vandálicos. Les pedí a mis alumnos que investigaran y que se levantaran por lo que creían era justo. Era lo correcto –algunos presentes aplaudieron–. Pero estaba equivocada.

Bradford se levantó y le advirtió que no siguiera, temeroso de que echara a perder su defensa, pero ésa era la última de las preocupaciones de Cricket en ese momento.

–Me equivoqué porque me dejé llevar por mis ideas –continuó–, e ignoré la realidad, especialmente cuando el señor Manning me advirtió tantas veces del riesgo que corría. Tenías razón, Tucker –lo miró, pero al ver su cara de preocupación sintió ganas de echarse a llorar y volvió la vista–. El señor Manning me pidió en repetidas ocasiones que cancelara la manifestación sugiriendo otras opciones. Yo lo desafié y lo ignoré. Él sólo es culpable de darle demasiadas oportunidades a una profesora demasiado entusiasta, y no debe ser castigado por ello. Sé que intentará cargar con la culpa por mí, pero no lo permitiré.

–Cricket, no sigas –dijo Tucker, levantándose.

–Tengo que hacerlo. Os debo una disculpa a ti y a Harvey –se volvió a los presentes–. Pero sobre todo os debo una disculpa a vosotros. Quería lo mejor para vosotros, pero no os preparé para los golpes duros ni supe ayudar en aquellos momentos. Lo siento especialmente por Jenna Garson. No supe estar donde ella me necesitaba y eso me hace sentirme terriblemente mal –de forma borrosa pudo ver que Miriam estaba llorando–. Cometí un error muy serio –dijo, mirando al consejo–. He hecho daño a mucha gente y por eso espero que acepten mi dimisión.

Los presentes protestaron. Bradford y Tucker se pusieron en pie de nuevo y el presidente pidió orden.

–¿No lo va a consultar con su representante, señorita Wilde?

–Mi decisión ya está tomada. Es lo mejor para todos. Necesitan una profesora que sepa lo que está haciendo, yo me comporté de forma irresponsable. He aprendido la lección y nunca os olvidaré, pero tengo que marcharme de aquí –le dolía tanto la garganta que sabía que rompería a llorar de un momento a otro–. Gracias –dijo, mordiéndose el labio inferior, antes de salir de allí entre el bullicio de la gente.

Una vez fuera, echó a correr. Se sentía libre, asustada y triste. Arrancó el coche pensando en lo que dejaba atrás. Volvería a intentarlo y tal vez en unos años pudiera volver a la educación. Tucker tenía razón, la enseñanza era un modo de influir sobre la nueva generación; su trabajo afectaba el futuro.

–¿Puedo tomar la palabra? –dijo Tucker, pero no esperó a tener el permiso del presidente del Consejo Escolar–. Debo pedir encarecidamente al consejo que rechace la dimisión de la señorita Wilde –sus palabras acallaron al gentío.

–Continúe, señor Manning –dijo el presidente.

–Cricket Wilde es el tipo de profesora que todos los padres quieren para sus hijos. Se preocupa y se entrega a sus alumnos, está llena de ideas y de entusiasmo, y ha contagiado su vitalidad al instituto. Nuestro conserje dice que los chicos hacen menos travesuras porque Cricket los mantiene ocupados. Deberían darle un premio, y no obligarla a defenderse –se giró hacia los presentes–. Mire cuántos alumnos hay aquí. No tienen nada que ver con los adolescentes despreocupados por todo excepto por los videojuegos o la música que hoy se ven por todas partes. Ellos se preocupan, se involucran en una causa que creen justa, y lo hacen gracias a Cricket. Tal vez, en su inexperiencia, no apreció algunas pistas que hubieran prevenido los actos que han ocurrido, pero sé que ella

nunca fomentaría tales acciones. Yo estaba muy cercano a ella –aquélla era la parte dura, el primer paso para arreglar las cosas, para empezar desde el principio–. Yo estaba con Cricket la noche del incendio.

–Tucker no lo hagas –lo previno Bradford.

–En su casa –siguió él–, despidiéndome de ella y terminando nuestra relación. Estaba enamorado de ella, y aún lo estoy –la gente se quedó muda–. No estoy casado, eso fue una farsa. Cuando Harvey Winfield me ofreció el puesto, él pensó que estaba casado y yo pensé que sería mejor así para Copper Corners. Olvidé que la primera regla para el éxito es ser honrado con uno mismo –el Consejo Escolar no salía de su asombro, al igual que Harvey–. Muchas de las cosas que creí buenas para este sitio al final no lo fueron, Harvey me lo ha hecho ver, pero no: no estoy preparado para irme a otro sitio más grande. Desearía empezar de nuevo, tal y como soy, el hombre que escucha a los demás en lugar de hacer lo que piensa que los demás necesitan.

Harvey carraspeó, se levantó y dijo:

–Me gustaría verte mañana para hablar sobre esto, Tucker –parecía aliviado.

–Gracias –dijo; le estaba dando una oportunidad, que era lo que necesitaba. Se volvió al consejo de nuevo–. Por eso les pido que rechacen la dimisión de Cricket Wilde. No la dejen abandonarnos, ni a nosotros ni a los chicos de Copper Corners.

La sala rompió en aplausos y gritos, y por primera vez en cinco meses, Tucker se sintió libre. A partir de entonces sería él mismo, no quien creía que tenía que ser para ganarse la aprobación de Ben Alton. Haría el trabajo que le gustaba donde le gustaba: en Copper Corners. Tenía que decírselo a Cricket.

Cricket no fue a casa, sino a ver por última vez su clase, y lo que le sorprendió fue que todo el recinto escolar estaba lleno de carteles y pancartas que decían *Liberad a la señorita Wilde* y cosas similares. Le costó contener el llanto ante aquellas muestras de cariño.

Al entrar en el edificio D, lo primero que notó fue el olor del laboratorio y los rotuladores para las pizarras. Había echado de menos el instituto aquella semana. Al llegar a su clase se le aceleró el pulso. Le encantaba cómo había quedado su selva, con sus habitantes en terrarios al fondo. Sobre su mesa había un montón de trabajos sin corregir que habría propuesto su substituta. El primero del montón se titulaba: *Cómo la señorita Wilde apoyó a sus alumnos*.

También había una cinta de vídeo con un trabajo sobre el mochuelo caburé. Tal vez aquello sirviera como prueba ante el pleno, pero tendría que ocuparse otra profesora, ella ya no estaría allí.

–¿Señorita Wilde?

Era Jenna Garson, parada en el umbral de la puerta.

–¡Jenna! ¡Pasa! –avanzó hacia ella.

–No puede marcharse –dijo la chica sin moverse–. Mi madre me ha dicho que se ha despedido. No puede hacerlo. Todo el mundo me culpará a mí.

–No es culpa tuya –dijo Cricket–. Me equivoqué y no te guié lo suficiente.

–Entonces dígales que se queda.

–No puedo –dijo, tragando saliva–. ¿Qué pasará contigo?

–Los constructores nos quieren publicidad, así que mis padres tendrán que pagar por los daños y yo haré servicios a la comunidad. Pero quiero que nos marchemos de aquí.

–Todos entienden por qué lo hiciste y sé que lo superarás.

–Usted también.

–Mi caso es diferente –¿pero lo era realmente?

–Creí que quería que hiciera algo, que estaría orgullosa de mí –dijo Jenna, con los ojos llenos de agonía–. Que volvería a preocuparse por mí.

–Siempre me he preocupado. ¿Por qué no hablaste conmigo?

–Lo intenté, pero estaba ocupada con los demás. Ya no me hacía caso –a Jenna se le quebró la voz.

Otra vez había fallado en el punto intermedio, pensó Cricket. Empezó muy bien con Jenna, pero en algún punto intermedio, perdió la conexión con ella.

–Lo siento, Jenna –dijo, avanzando hacia ella–. ¿Puedo darte un abrazo?

La chica asintió y se abrazaron.

–Espero que puedas perdonarme –dijo Cricket, y la chica asintió con la cabeza.

Entonces Cricket oyó un ruido y al levantar la mirada, vio a Tucker en la puerta. Les había oído hablar.

–El consejo ha rechazado tu dimisión –dijo él.

–¿En serio?

–Les conté todo lo nuestro y pedí una oportunidad para empezar de cero. Los dos.

–¿Estás bromeando?

–Nunca he hablado tan en serio.

–Entonces, ¿se queda? –preguntó Jenna, mirando a Cricket.

Cricket miró los ojos llenos de esperanza de Jenna y pensó que si podía seguir adelante, ella también podría hacerlo. Si se marchara sería como abandonar el trabajo a mitad de camino.

–Sí, Jenna. Me quedo. Y prometo que seguiremos trabajando juntas.

–De acuerdo –dijo la chica sonriendo a pesar de las lágrimas.

–Y quiero que nos eches una mano cuando presentemos el plan de alegaciones al proyecto Bluestone –dijo Cricket, llena de orgullo–. Y tú también, señor Manning –dijo, con el corazón lleno de amor.

Él parecía distinto. Tenía fuego en la mirada y una solidez en la postura que no había visto antes.

–¿Puedes dejarnos hablar a la señorita Wilde y a mí un momento, Jenna? –pidió Tucker.

–Claro –dijo Jenna, pero no se marchó sin darle otro abrazo a su profesora.

Tucker cerró la puerta tras la chica y fue hacia Cricket.

–¿Les dijiste que no estás casado?

–Y que estoy enamorado de ti.

–No puedo creerlo. ¿Qué dijo Harvey?

–Me va a dar otra oportunidad. Aquí, donde debo estar. Contigo –aquél era el hombre que la había enamorado en la universidad, lleno de ardor, fiel a sus pensamientos y a sí mismo–. Te quiero, Cricket. Con todo mi corazón y sólo me siento realmente vivo cuando estoy a tu lado. Anna tenía razón en que necesito a una mujer con carácter a mi lado. Lo que no necesité que me dijera era que necesito tu amor para sentirme completo.

–Tucker –apenas podía hablar de felicidad–. Yo también te quiero –se detuvo–. Supongo que estoy asustada. ¿Qué pasará si no te quiero lo suficiente?

–¿El punto intermedio? –se rió él. Ella asintió–. Relájate. Soy muy bueno en el punto intermedio –y la besó.

Aquel beso tuvo la magia de todos los besos anteriores juntos y algo más: la promesa del para siempre.

–Y voy a relajarme un poco para hacer lo que Copper Corners necesita, y no lo que yo creo que necesita –dijo él.

–¿Me estás diciendo que tenía razón?

–En algunas cosas. Y yo la tenía en otras. Por ejemplo, hay demasiados enchufes conectados a ese ladrón –le sonrió.

–Oh, no, otro riesgo de incendio.

–¿A quién le importa? –dijo él, aunque ella sabía que le haría

cambiarlo al día siguiente–. ¿Qué te parece si nosotros provocamos un fuego?

–Pero, estamos en el instituto –bromeó ella–. ¿No será muy poco apropiado?

–La puerta está cerrada y los únicos ojos que nos miran tienen el cerebro del tamaño de una pasa.

–Éste parece el Tucker que besé bajo el muérdago.

–¿Sabes? Creo que no había muérdago por ningún lado.

–Estaba en nuestros corazones.

–Sí. Y lo llevaremos todos los días. Nos encantará la parte intermedia.

Era la parte que más trabajo requería, como aprender a controlar el laboratorio de química o calificar a los chavales, pero también sería divertido.

–De acuerdo –dijo ella, tomándole la mano y encontrando algo raro en ella–. Vaya –dijo, señalando el anillo–. ¿Qué crees que dirá tu mujer de esto?

Él se rió y se lo sacó del dedo.

–Tal vez podamos usarlo cuando estemos listos para la mejor parte.

–Desde luego –asintió Cricket, en absoluto temerosa. De hecho, estaba deseando ver qué tipo de gelatina llevaría la señora Thompson a la fiesta de pedida de mano.